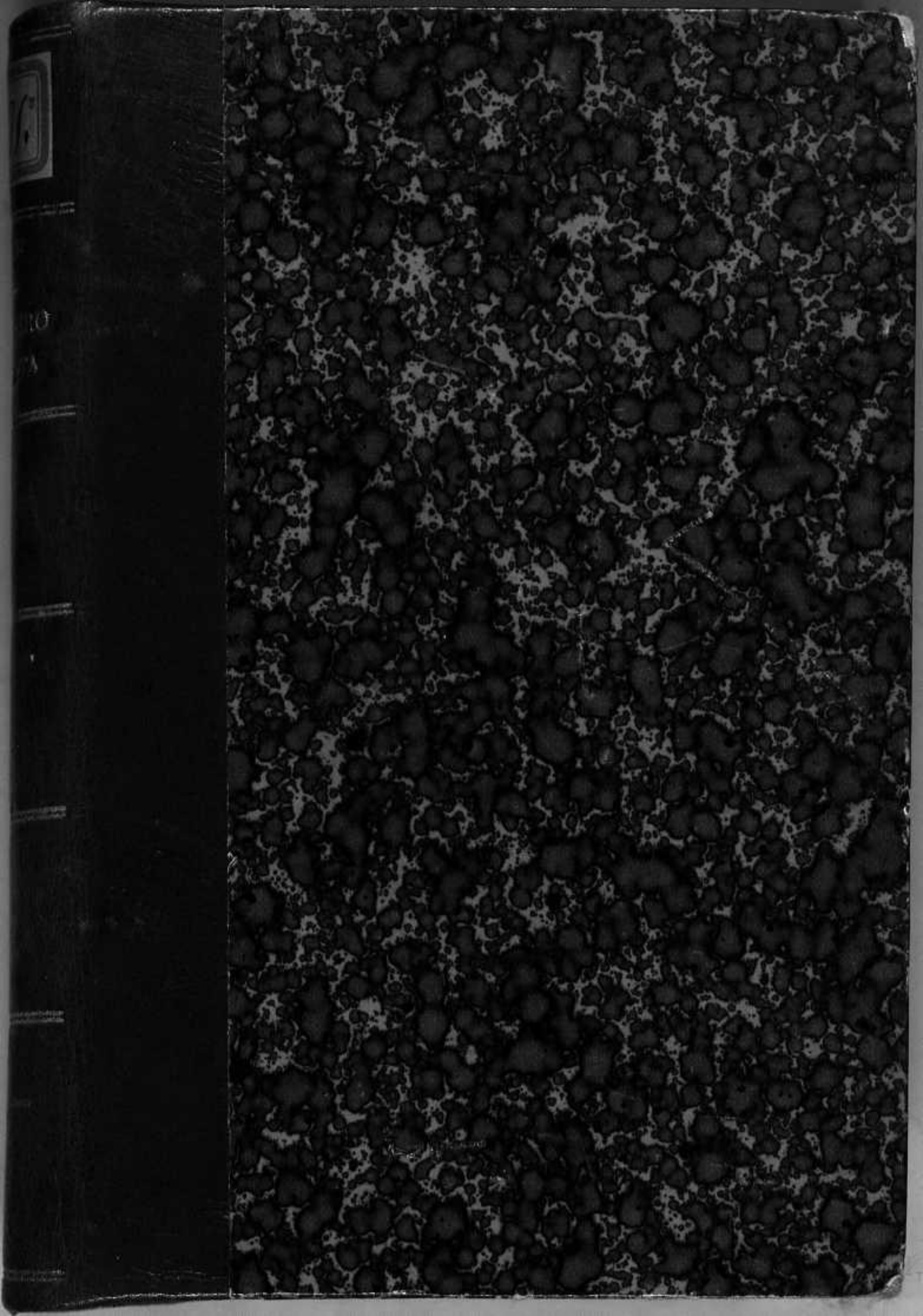
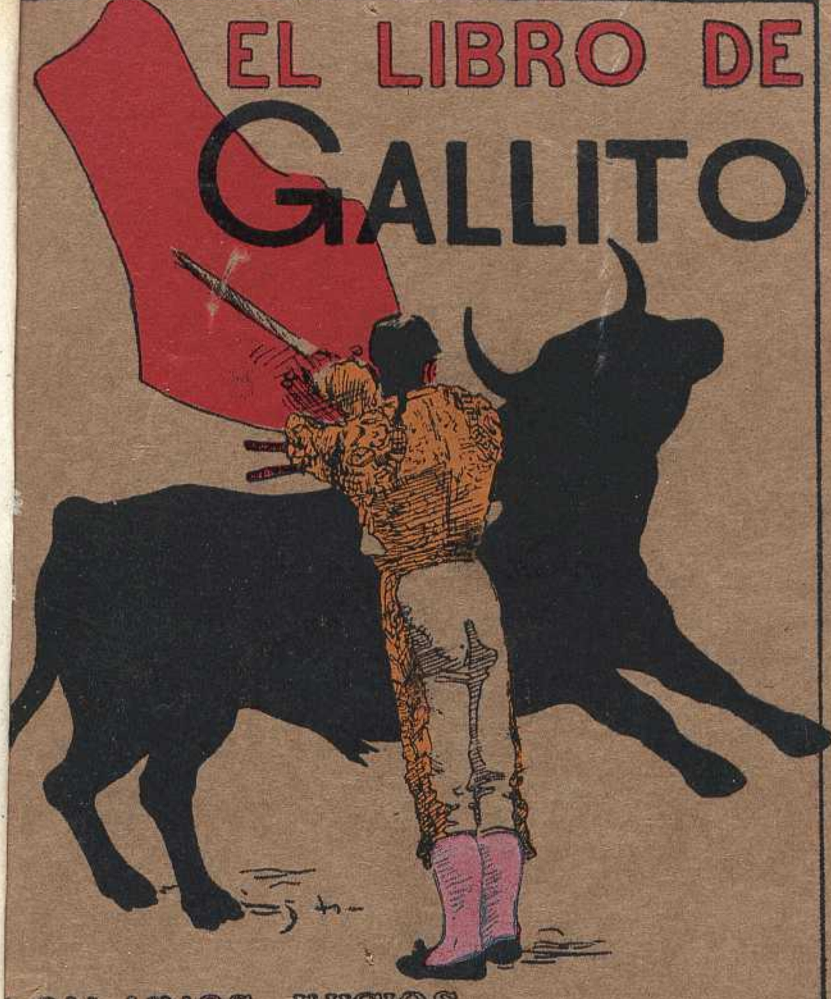



MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS



CON UNOS JUICIOS
A MANERA DE
PROLOGO
DE GUERRITA

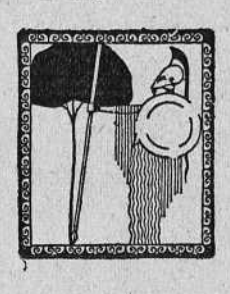
EL TORERO ARTISTA

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN
(DON PÍO)

EL TORERO ARTISTA

RAFAEL GÓMEZ (GALLITO)

(APUNTES PARA LA HISTORIA)





MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COMP.ª, EDITORES
Pontejos, núm. 8
1911



Imprenta Artística Española, San Roque, 7. Madrid

A RAFAEL GUERRA
(GUERRITA)

EN RECUERDO DE TANTAS TARDES DE EMOCIÓN Y DE ENTUSIASMO.

DON PÍO

Rafael Gomez (Gallo)
MATADOR DE TOROS
Sevilla

Sr Don Alejandro Perez Lugin
Madrid

Muy señor mio y amigo
me pide V. en carta que tengo a la vista, le esplique que la faena de muleta realisada por mi al torear el toro Cabrifano: Lidiado en Sevilla el segundo dia de Feria de Abril que brindé a mi amigo los eminentes artistas señores Diaz de Mendoza, y Como esto seria aser mis propios elogios cosa que pugna con mi caracter le pido me dispense no tratemos con migo. Sin embargo para complacerle me permito Copiar algo de lo que dijo Don Cobra Critorio en el Liberal de Sevilla.

"Con una majestad una gallardia asombrosa con los pies clabados en la arena y mas derecho que una bela dio el primer pase un ayudado monumental. conosido por pase de la muerte y despues otro alto inmenso parando en ambos con los buelos de la muleta los tornos del cornupeto, Ã estos dos pases Siguieron ciertos otros notabilisimos en los que hubo derroche de arte y balentia Mi enhorabuena al coloso."

Queda asi satisfecha su curiosidad y yo complacido de haberle facilitado los datos que pedia a su afmo y
S.S. Q.B.S.M.
Rafael Gomez
Gallo

Un autógrafo de "Gallito,,

"GALLITO,,
JUZGADO POR "GUERRITA,,

A Córdoba.—Anoche en el Club Guerrita.—El cortijo de Rafael. — Cuevas bajas. — Recuerdos del tiempo viejo.—Mazzantini, Fuentes, «Bombita».—La larga de «Lagartijo» y la del «Gallo».—En puntillas.—Y de «Gallito», ¿qué?—Pues de «Gallito»... la mar.—«Guerrita» en pie.—«Hay que quitarse el sombrero».—La familia de «Guerrita».—Rafael en los toros.—Cuándo se cortó la trenza...—«¡Viva Córdoba!»

Cuando hace algo más de un mes entregué á los editores el original de este libro, me preguntaron:

—¿Y prólogo?

—Yo había pensado que *Gallito* le pidiese á *Guerrita* un breve juicio crítico en una carta que hubiésemos publicado autógrafa á manera de prólogo. En un libro de estos hacen, indudablemente, mejor prefación, exordio, preámbulo, isagoge, atrio, pórtico, vestíbulo ó zaguán, que de todos estos y otros varios modos se dice ahora, las palabras contundentes de un torero que las frases divagatorias de un literato. Y si el torero es el mayor de todos los habidos, no digamos. Pero como *Gallito* es así y desconoce el arte del reclamo, por modestia ó por temor, se niega á pedir al Rafael cordobés la carta; de modo que, como no vaya yo á que me la dicte...

—¿Y por qué no? ¿Usted cree que *Guerrita* le dirá cosas?

—Seguramente.

—¿Es usted amigo suyo?

—No, señor; pero tengo el sombrero de mi criado. Soy periodista y sin vanagloria puedo decir que sé mi oficio de hacer hablar á las gentes.

—Pues á Córdoba.

—¡Viajeros al tren!

Me interesa referir este diálogo, porque habiendo, para satisfacción mía, coincidencia entre los juicios del gran torero acerca de *Gallito*, y otras cosas y personas del toreo y los que yo he estampado en este libro, quiero que conste, para evitar trabajo á los maliciosos, que las páginas que siguen á este prólogo estaban en poder de los editores un mes antes de salir yo para Córdoba á confesar al César del toreo. Para aquellos de mis lectores que hayan tenido la debilidad de posar su vista en algunos de mis artículos taurinos de *El Mundo*, es innecesaria esta advertencia, porque allí he consignado repetidamente opiniones que ahora he tenido el contento de saber que son las de la mayor autoridad tauromáquica. Y si ustedes creen que decir esto es vanidad, soberbia ó autobombo, yo contesto que sí; que tienen ustedes razón y que me busquen alguien que en mi caso no hiciera lo que yo hago... salvo que no tendría la sinceridad de confesarlo.

A lo que estamos:

Aquella noche, deseando asegurarme con la amable compañía de un buen amigo de *Guerrita*, un eficaz introductor de mi embajada, le dije al cordobés Pepe Domínguez, también amigo mío y plumeador taurino las fiestas de guardar:

—¿Quiere usted venir conmigo á su pueblo á dar un vistazo á la Mezquita y charlar un rato de toros con su ídolo?

—¿A Córdoba á hablar de toros con *Guerrita?* ¿A qué hora va á ser eso?

Conque de allí á unos días nos plantamos en la patria de Séneca y Gachosito, en tan buena oportunidad que, mientras descansábamos un rato del tute del tren, aquella misma mañana partía *Guerrita* con toda su familia para su cortijo de las Cuevas.

—Si llegan ustedes á venir ayer, la aciertan—nos dijeron en el Club—. Desde las tres de la tarde hasta las doce de la noche estuvo *Guerrita* dando una conferencia de tauromaquia con explicaciones prácticas. Como si dijéramos, con proyecciones. Se hartó de torear, hasta hacerla vieja, con la muleta de ese trofeo.

¡Y nosotros en el tren!

A la mañana siguiente nos fuímos á las Cuevas.

El cortijo de *Guerrita* se alza sobre un cerro, atalaya de un hermoso paisaje, alegría de los ojos que no se cansan de ir, enamorados, del valle blando á la quebrada sierra cubierta de olivos y de encinas. La casa, de ladrillo rojo, de dos pisos, grande, sin pretensiones, revela sólido bienestar y comodidad. Algunas macetas en los balcones y, sobre la puerta principal, á manera de escudo de armas, una lápida de mármol blanco con esta inscripción:

CUEVAS BAJAS
QUINTA DE SAN RAFAEL
Y NUESTRA SRA. DE LOS DOLORES
SE EDIFICÓ EN EL AÑO DE 1892 POR
EL PROPIETARIO DON RAFAEL GUERRA BEJARANO
GUERRITA MATADOR DE TOROS

A tiempo que llegamos nosotros á las Cuevas, *Guerrita* desciende de un monte cercano, escopeta al hombro y la cintura orlada de conejos. Con él viene su hijo, un mozo de quince años, espigado y simpático, airosamente vestido de campo á la anda-

luza, como su padre: sombrero cordobés, chaquetilla corta, historiados zahones y pantalón y botas vaqueras.

La castiza figura del torero trae á mi memoria la cervantina y castellana de Don Diego de Miranda, aquel «hombre de chapa, de edad que mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, el rostro aguileño y la vista entre alegre y grave, que en el traje y la apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas»; imaginación que se aferró más en mí cuando vi luego la casa y después de atravesar el breve zaguán, me encontré en un largo y limpísimo pasillo cuyas paredes adornan carteles de toros, recuerdo de tardes hazañosas, que me hicieron exclamar, como á Don Quijote las tinajas tobosinas que halló al entrar en la morada de Don Diego:

¡Oh, dulces prendas por mi mal halladas...

Guerrita nos dispensó la más amable y cortés acogida. Para los que sólo saben de este hombre admirable lo que cuenta una leyenda calumniosa, que se ha complacido en pintarle como no fué nunca y creen que es Rafael un ogro que se traga á la gente cruda, aunque esté tan profusa de carnes como yo, con la misma facilidad que se comía los toros, será esta una noticia sorprendente, mas no para cuantos conocen con qué cortés llaneza practica Rafael Guerra la hospitalidad.

Sentados en cómodos sillones, junto á la chimenea del comedor, apagada en este templado día de Diciembre, con unas copas de oloroso y exquisito Montilla delante, charlamos largamente de toros. Es decir, habla él. Nosotros le oímos encantados y sólo de vez en cuando terciamos con unas palabras para tirarle de la lengua.

Nos refiere su conferencia de la víspera en el Club, que tuvo por auditorio á toda la torería y á lo más florido de la afición cordobesa, y por motivo una de las machaquísticas estocadas de *Machaquito*, y por ahí siguió haciendo desfilar, desordenadamente, recuerdos y hazañas de sus días de triunfador y juicios y apreciaciones sobre los toreros de entonces y los de ahora. Los volapiés de Luis Mazzantini, «el mejor, más bonito y más limpio ejecutor de esta suerte que él ha conocido»; los lances de Fuentes, «un torero que tiene mucho que ver»; la alegría de Emilio *Bombita*.

—Yo hice que lo llevasen á Madrid. Le había visto torear en Granada, me gustó mucho, y le dije á Bartolo: «Traiga usted á ese muchacho, que le va á agradar, y hará un tercer espada muy del gusto del público, que se colocará en seguida.» Y ya vieron ustedes si acerté. Ocho ó nueve años estuvo de temporada... Tenía otra alegría y otro aquel.

Después nos habla de la elegancia y el arte de *Lagartijo*, y la belleza del toreo del *Gallo* (padre), sus dos maestros. ¡La larga de *Lagartijo!* ¡La larga del *Gallo!*

—*Gallito* la daba en puntillas; *Lagartijo* sobre los talones. Torear en la punta de los pies es menos expuesto, porque te vas en seguida; en los talones no te puedes ir así.

El *Gallo* era una maravilla; pero amigo, *Lagartijo*... Y, sin embargo, hay ahora toreros que en cuanto oyen cuatro palmas se creen superiores á todos los habidos y por haber. El, *Guerrita*, en cierta ocasión no muy lejana, sentado con varios amigos á la mesa de un título de Castilla, en un cortijo de éste donde se hallaban de montería, oyó á un torero hablar con cierto desdén de *Lagartijo*.

No se pudo contener y le dijo:

—Oigasté, pa tomar en la boca el nombre de ese gran torero, tienusté que enjuagársela antes con agua colonia.—Y le repitió su muletilla:—¡Pos hombre, si sólo el verle jasé er paseíllo valía dinero!

—Tú no te olvidas nunca de tus tiempos ni de tu gente—tercia Domínguez.

—¿Que si me olvido? Para dentro de tres días he arreglado una cacería con la gente de mi cuadrilla: *Zurito*, Antonio, el *Patatero*... ¿Y saben ustedes lo que hacemos en estas monterías?

—Hablar de toros.

—Más que cazar. Yo les chillo como en los buenos tiempos; discutimos lances de entonces como si acabásemos de ejecutarlos, y, por unas horas, me parece vivir en aquéllas...

*
* *

Así, de una en otra, vinimos á parar en la que íbamos buscando. Por temor á que *Guerrita* se negase á dictarme el juicio acerca de *Gallito*, que había ido á pedirle, convine con Domínguez en que no le diríamos á Rafael el verdadero objeto de nuestra visita hasta haberle arrancado, como quien no lo hace, su opinión sobre el hijo de su maestro. De este modo si luego, como nos habían anunciado todos esos sabios en libertad que no saben nada de estas cosas, ni de otras, *Guerrita* se negaba á hablar, yo tendría ya provisiones bastantes para no volverme de vacío.

Fiel á nuestro plan, Domínguez, en cuanto encontró ocasión, se dejó caer:

—¿Y de *Gallito*, qué te parece?

—Que es un artista.

Así: «*Que-es-un-ar-tis-ta.*»

Imagínate, lector, que sabes cómo se pusieron

conmigo los que se empeñan en que traguemos las ruedas de molino que quieren administrarnos á la fuerza, cuando yo dije el verano último: «*Gallito* es un artista», el bote que yo pegaría en mi sillón al escuchar que *Guerrita*, *¡Guerrita!*, afirmaba lo mismo. Y aunque no sepas lo que entonces ocurrió y cómo se escandalizaron cual monjas asustadizas algunas personas, figúrate mi alegría, mi satisfacción al oir á *Guerrita*, ¡Á GUERRITA! hablar así.

—Es un artista. ¡Lástima que sea á veces tan medroso! Pero ya en esto se va corrigiendo y no es en este punto el que ha sido. Yo le he visto este año hacer muchas cosas de valiente. Y matar. Es un torero de lo que no hay.

Entonces me descubrí. Hablé á *Guerrita* de este libro y le rogué que me dictase un juicio más amplio de Rafael Gómez.

—Pues ponga usted de él todo lo bueno que usted quiera, porque eso será lo que yo pienso de este torero.

—No, no. Quiero las palabras de usted.

—Pues esas que le he dicho. Ponga usted que es un artista de lo poco que he visto. Un torero que, como salgan los toros que él se confíe, hay que quitarse el sombrero. Tiene el defecto que dije antes. Los toreros cuando empiezan se arriman, éste se arrima más ahora. Pero... Fulano que tú veas, no está tranquilo en un toro bueno; mas el *Gallo* que huye, llega su toro y está tranquilo; él no tiene facultades y está superior.

(Yo, amigo lector, voy trasladando fielmente, literalmente, con toda su pintoresca sintaxis, las palabras de *Guerrita*, sin ser osado á añadir ni á quitar una palabra, una letra, un signo.)

—A mí—continúa el coloso—me encanta el *Gallo* por todo lo que hace toreando. De los que hay aho-

ra él es el que más me gusta. Los demás me dejan mucho que desear. *Gallito* es un torero de inspiración. Con los demás ya sabes lo que vas á ver. Los ves marchar hacia el toro y cantas el golpe. *Gallito* no, con *Gallito* hay siempre la sorpresa de lo inesperado. Por eso digo yo que es un artista.

Hace quites como nadie, y nadie trae mejor estilo. Es un torero que inventa, y si hace lo que otros, lo hace con más gracia.

—Banderilleando no es tanto—digo yo.

—No, no. Trae muy buen estilo con los palos. Tiene más ángel que tóos. Yo le he visto este año, en Ecija, poner un par á un Saltillo, que es el mejor que he visto en mi vida. Estuvo media hora cuadrado.

Y *Guerrita* se levanta entusiasmado, alza los codos y junta las manos en ademán de poner un magnífico par.

—Vamos—agrega—. Es un torero que á todo lo que hace le tiene usted que decir ole... y con los otros se queda uno sentado. En esta corrida de Ecija no puede usted imaginarse cómo estuvo. Nos puso en pie á todos. Y le advierto á usted que estábamos allí muy buenos aficionados que han visto muchos toreros. Calcule usted: yo era el más joven y tengo cuarenta y nueve años...

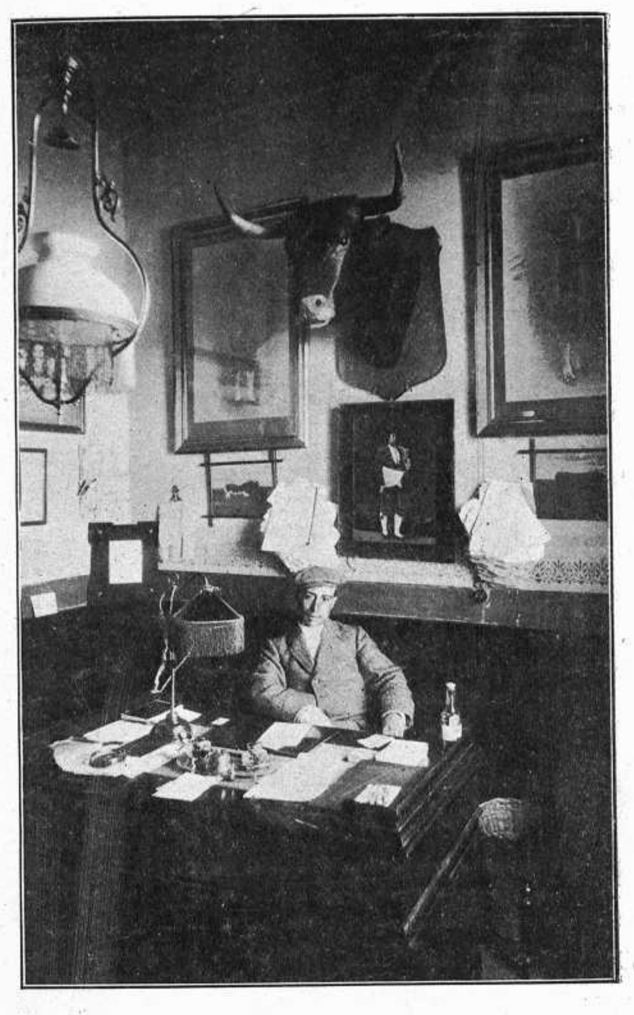
Yo recuerdo que entonces no vi ningún telegrama noticiero de esta corrida que se acomode á esta autorizadísima versión. Después he leído, en un conocido libro, crónica del año taurino, este juicio lapidario y breve: «Su trabajo (el de *Gallito*) en esta corrida fué bueno en general.»

«Bueno.»

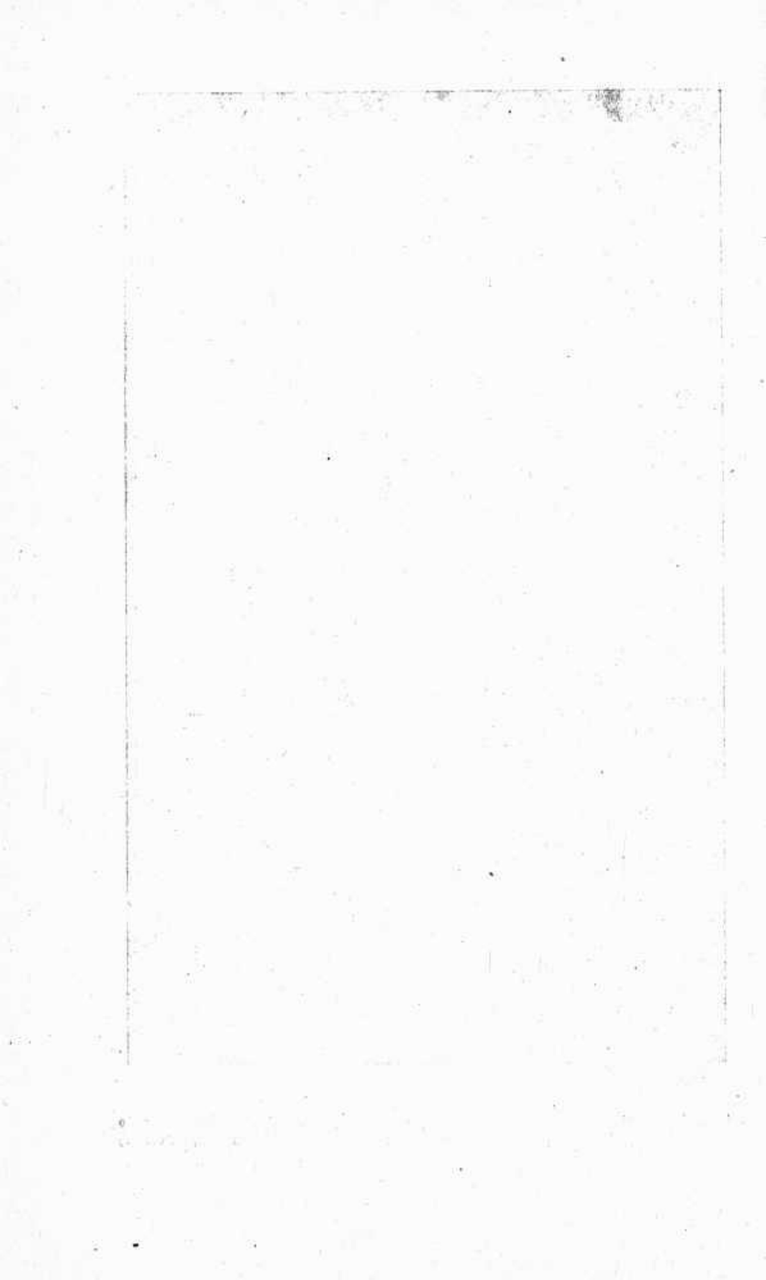
¡Bueno!

Sigue *Guerrita:*

—Toreando de muleta es imposible que nadie dé



"Gallito„ en su despacho
La cabeza del toro es la del que toreó y mató en Écija con tanto entusiasmo de "Guerrita„ (Fot. Dubois, Sevilla.)



esos pases tan variados que el público no espera... En quites y con la muleta compite con todos los que hay y los que ha habido.

—¿No influye la amistad en estos juicios de usted?—le pregunto.

—Ya sabe usted y sabe todo el mundo que yo digo siempre la verdad de lo que siento. ¡No tengo yo fama de claro por ahí! Y en cuanto á que la amistad influya... sepa usted que no nos hablamos hace tiempo *Gallito* y yo; desde que una vez, en San Sebastián, le vi matar un toro de modo que no me gustó y le pregunté luego: «¿Por qué has matado mal ese toro que estaba tan bueno?» No me dijo entonces nada; pero se picó y no hemos vuelto á hablarnos.

—Como matador ya no se puede hablar de él tan bien.

—¡Hombre! claro que no; pero matando ha adelantado, y lo que yo le he visto este año me gusta muchísimo. Está cerca y es otro, vamos. Claro que no mata lo que torea. Matando se equivoca uno, porque entras, hace un extraño el toro y pinchas mal; pero toreando, no. El que torea debe torear bien en un toro bueno. Y el *Gallo* lo hace.



Entró en este momento en el comedor la esposa de Rafael. ¿Tengo que poner aquí un elogio de su belleza pálida y serena en la que las inquietudes de los años de lucha han dejado un leve sello de melancolía, que no ha podido borrar del todo la alegría del vivir tranquilo? La señora de Guerra es muy guapa; pero sobre su belleza quiero colocar yo, aquí, los mayores encomios para su simpatía.

—Dejen ustedes eso y vamos á comer. Rafael,

hablando de toros, está en sus glorias y no se acuerda de otra cosa.

—Siempre le queda á uno la afición—contesta él.

Viene ahora al comedor la alegría de las hijas de *Guerrita*. Primero, las mayores, dos señoritas muy distinguidas: Lola, una muchacha de las que dicen en Andalucía, como el mayor elogio, que tiene mucho ángel, y Juanita, una morena, como su hermana bella y graciosa. Detrás llegó la chiquillería: Emilia, Pilar, María Luisa, Carmen, Rosario y Pepita, seis botoncitos de rosa de Alejandría; luego Rafael.

—¿Cuántos hijos tiene usted?—pregunto á *Guerrita*.

—Nueve, y la casada diez—responde su señora—. Ahora estamos esperando que venga á pasar unos días con nosotros.

Aquí, ó unas líneas antes, conseguido el objeto de ahora, como decimos los abogados, debiera concluir esta interviú; pero es siempre tan interesante, tan actual la figura del enorme torero, que yo, pecador periodista, me confieso, y les pido desde aquí perdón, de haber acribillado á preguntas á aquellas señoritas tan finas, tan amables y simpáticas, y a la bondad de la señora de la casa, para inquirir un poco de la vida y modo de ser del que durante tantos años nos tuvo rendidos á la majestad de su arte único é inigualado. Supe así, por ejemplo, que el proverbial buen sentido de *Guerrita* ha sabido educar admirablemente á sus hijas con una educación cristiana y castizamente española en una sencillez de gustos, aficiones y sentimientos, realmente extraordinaria en estos tiempos de complejismo psicológico femenino.

—¿No se aburren ustedes aquí?

—¿Aburrirnos? ¿Por qué? Nos gusta mucho el

campo... ¿Los bailes? Papá no ha querido nunca que vayamos á ellos, y como no hemos visto ninguno, no los podemos echar de menos. Al teatro sí, vamos bastante y nos gusta mucho.

Yo les hablo—curioso de juzgar el efecto—de las noches del Real y de la Princesa; del lujo de las *toilettes*, y lo que se me alcanza, que es bien poco, de los últimos chillidos de la moda; del brillo de aquellas salas... Todo ello les inspira un relativo interés. En cambio, quieren saber quiénes son los mejores artistas y cuáles las obras más bonitas.

—¿Y á los toros, no son ustedes aficionadas?

—¡Ay, no, no!—exclama la madre.

—Yo, sí; soy algo—dice mi vecina Lolita—. Y como vamos con papá, de oirle á él, entiendo alguna cosa.

—¿Qué hace su papá en los toros?

—Rabiar—responde Juanita.

—Y hablar por los codos—agrega Lola—dando consejos á los toreros como si le pudiesen oir.

—¿Aplaude mucho?

—De las veces que he ido con él, sólo le he visto aplaudir dos.

—¿A quién?

—A *Zurito*.

Entonces referimos nosotros algunas de las proezas de Rafael, que oyen todos embobados; hasta la chiquillería, que deja quietos los tenedores. Se ve en todos el orgullo de ser hijos del gran artista del toreo. Y en Rafael el de haberlo sido. Por eso no reniega él de su condición y va siempre de corto.

—Hasta que me muera.

—No, papá, no—rectifica vivamente mi vecinita—. Hasta que eches joroba. Con joroba no se puede llevar chaquetilla.

Ahora pido á la esposa de Rafael noticias de sus días de inquietud y angustia. Prefiere hablar de estos de ahora, tranquilos y felices.

—¿Fué usted, verdad, quien nos lo arrebató tan prematuramente?

Sí, ella. Llevaba mucho tiempo pidiéndole que se quitase de los toros. «Si ya somos ricos, le decía, ¿para qué quieres más?» «No es el dinero—respondía él—; es que me gusta torear». Pero lo que le decidió fué el público de Bilbao. Rafael la había prometido solemnemente aquel verano retirarse: se lo había dicho también, con todo secreto, á su amigo don José Noval, que asimismo le empujaba á esta resolución; pero Dolores no las tenía todas consigo.

—Se va á retirar; ya verá usted—había dicho á la madre de Rafael.

—No lo creas, hija. Le tiene mucha afición á los toros.

—Por fortuna—continúa la esposa de *Guerrita*—, ocurrió lo de Bilbao, y cuando vino á San Sebastián, me dijo:

—Ahora es la fija. Las del Pilar son las últimas.

—¿Por qué no éstas?

—Porque si no se las torease, arruinaría al pobre Navarro—el empresario de Zaragoza, á quien aludo en otro lugar de este libro—, que espera su salvación de estas corridas.

—Entonces avisé á Noval para que estuviese preparado, y á otro amigo de Málaga, que también estaba en el secreto.

El telegrama de la corrida de despedida sí que tardó en llegar.

Y al día siguiente, la alegría. Los de la cuadrilla no lo querían creer, hasta que éste, al bajar del coche en la puerta de casa, les dijo: «Ya lo sabéis; el que quiera verme cortar la trenza, que esté aquí

á las doce»... Juan Molina se incomodó mucho cuando vió que la cosa iba de veras.

—Y en el momento de cortar la trenza á Rafael, ¿qué sintió usted?

—Yo no lo sé. Tenía una alegría muy grande.

—¿Lloró usted?

—¡Ca! Estaba muy alegre; ¿no le digo á usted? La que lloró fué mamá, después que cortó la coleta á su hijo Antonio. Y yo la decía: «Pero si no es hoy día de llorar. ¿No me ve usted á mí?»

—Y Rafael, ¿no echó sus lagrimitas?

—Hablen ustedes de otra cosa—dice él.

Todavía tuvimos otro rato de charla taurina. Le leí y aprobó *Guerrita*, por encontrarlas conformes, las notas que tomé y que he transcrito literalmente, de cuanto expuso sobre *Gallito*. Hablamos de otras cosas de toros. Si yo fuese vanidoso, trasladaría aquí mucho de lo que dijo Rafael, patente del acierto de algunos juicios míos. Renuncio á esta satisfacción. Me basta con saber yo que estuve acertado.

Quede aquí mi gratitud á Rafael, á su señora y á sus bellas hijas por las atenciones con que hicieron tan breves las agradables horas que pasé en las Cuevas.

Cuando arrancó el coche que nos volvió á Córdoba, *Guerrita* se quitó la gorra y nos saludó con aquel su airoso ademán, tan familiar á todos los aficionados, con que tantas tardes gloriosas correspondió á las ovaciones. Y yo, evocando el grito que vibró tantas veces en los circos, entusiasmados y enardecidos con el arte supremo del monstruo del toreo, puesto en pie y aplaudiendo, grité como entonces:

—¡Viva Córdoba! ¡Viva *Guerrita!*

INTRODUCCIÓN

Dios nos ampare. — La tirilla y el léxico. — Ni del «Gallo» ni de nadie.—El libro de «Bombita», el de «Machaquito» y éste.—Los toreros y sus Memorias íntimas.—Profesión de fe.—Cómo se ha hecho este libro.—«Currito», Angel Pastor, yo y los que vengan detrás.

Escribo porque es mi gusto,
Y en mi gusto nadie manda.
Escribo porque me da
La repajolera gana.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén, y Dios me coja confesado y me dé paciencia para oir las cosas que van á decirme por este atrevimiento mío de escribir unas páginas acerca de un torero que no es el otro. Pero, ¿qué quieren ustedes?, á mí la figura del *Gallo* me interesa extraordinariamente por lo que tiene de pintoresca y por lo que tiene de torero; y aunque Rafael no contase con otros méritos que este de ser torero y únicamente torero, sería más que sobrado título á la pública estima en estos tiempos de desolación en que los toreros ponen todo su empeño en olvidarse de lo que son y aparentar lo que no pueden ser, y se visten de señoritos... para parecer mozos de comedor.

Una tarde ó una noche, hace no sé cuánto tiempo, entró en el Club cordobés de la calle de Gondo-

mar, que preside aquel coloso que, retirado de los toros, considerado por todo Córdoba y disfrutando de la amistad de todo el mundo, nobles y plebeyos, no por lo que tuvo de gran torero, sino por lo que tiene de hombre honrado, de buen sentido y amante de su pueblo, no usa otra ropa que la airosa chaquetilla corta, pantalón entallado, camisa bordada y sombrero cordobés; una tarde ó una noche—digo—entró en el Club Guerrita un torerito muy compuesto. Pantalón acampanado, vuelto por abajo; americana larga, con más vuelo que un miriñaque; diez mil reales de puños saliendo por las bocamangas; corbata de última moda, con un nudo irreprochable, y un cuello alto, alto, de esos doblados, que tenía el pescuezo del amigo en el máximo de tensión y le apretaba y le segaba, no permitiendo paz ni descanso á la cabeza, en movimiento continuo, como para escapar de aquel tormento, ni á los dedos, que no cesaban de meterse entre tela y carne, procurando ensanchar el corbatín agarrotador.

Guerrita miraba al pollo entre indignado y burlón, sin decir palabra. Uno del corro, dirigiéndose al elegante, le preguntó:

—¿Cuándo os vais?

—Pues tendremos que *dirnos* mañana—contestó el figurín.

Y *Guerrita* saltó como una flecha:

—¿Con esa tirilla *dirnos?*

Bueno, pues la primera razón que tengo para que esta figura torera del *Gallo* me sea simpática es esa: que dice *dir* y no usa tirilla ni corbata, aunque sí una pecadora americana larga.

Después tengo otras razones para escribir estas cuartillas, algunas de las cuales quiero decir ahora y otras irán saliendo luego, porque no es cosa de

contarlo todo de una vez en la primera parrafada y quedarse luego sin conversación.

Para adelantarme á cualquier suspicacia y borrarla antes de que se apunte, me interesa consignar en primer término y declarar por centésima vez que no soy gallista. Ni del *Gallo* ni de nadie. No es una razón de partido la que me lleva á escribir este libro. Desde que, no hace mucho tiempo, empecé á escribir de esta vaga, amena y á poco más trascendental materia, vengo diciendo y probando que yo no pertenezco á ninguna de las agrupaciones taurinas conocidas.

Este no es un libro de alabanzas, sino de justicia. No es un himno al *Gallo*, sino unos apuntes para el estudio de esta figura interesante, en los que se cuenta todo: lo bueno y lo malo. En el curso de estas páginas se irá viendo esto, y no hablemos más de ello.

Yo tengo para escribir este libro una porción de razones. La primera de orden completamente económico, la de los billetes que por ello me ha dado la BIBLIOTECA RENACIMIENTO, editora de este libro, y nadie, absolutamente nadie más que la BIBLIOTECA RENACIMIENTO. Conviene también que conste. Existen muchos sujetos, aficionados á pasarse de listos, que ponen á todos los porqués una sola y absolutamente falsa contestación, y es bueno prevenirse contra ella. No es que la cosa, en semejante caso, sea ilícita, ni mucho menos, sino, sencillamente, que no la hay.

El *Gallo* no ha pedido directa ni indirectamente que se escriba este libro. La BIBLIOTECA RENACIMIENTO propónese, con muy buen acuerdo, dedicar algunos tomos á figuras y asuntos taurinos de interés, y ha encargado á varios tratadistas que le escriban unos estudios, biografías ó memorias de

determinados toreros. El señor Ródenas ha compuesto el libro de *Bombita*, de que tanto se ha hablado y se hablará; el libro de *Machaquito* debe de haberlo concluído, cuando estas líneas se publiquen, la brillante pluma de *Claridades*. Yo elegí el del *Gallo*, y emprendo este trabajo con mucho entusiasmo, al que deploro no corresponda la calidad de la obra.

Este entusiasmo no nace del que á mí me produce este torero singular en sus días buenos, sino de que yo soy, sobre todas las cosas, por temperamento y por vocación, periodista, y éste es un trabajo de información periodística. Además, me gusta extraordinariamente este género literario de las Memorias íntimas que nos dan á conocer, al mismo tiempo que la psicología del protagonista, la de las personas y cosas que le rodean, su época, en fin, y concedo á estos escritos un valor de enseñanza, superior al que les presta su amenidad é interés novelesco, que tanto divierten al aburrido y curioso provinciano que todos llevamos dentro.

Estas son las principales razones, aparte las de aficionado, que tiene este periodista para escribir este modesto libro de reportaje. Cuando yo digo que no tengo más, basta. Y, en último término, para los que no lo quieran así,

Escribo porque es mi gusto,
Y en mi gusto nadie manda.
Escribo porque me da
La repajolera gana.

—Muy bien; ¿pero el *Gallo?...*

—¿El *Gallo*, qué?

—Pues, hombre, que ya tú ves... Un torero así... Hoy da un lance y mañana no da nada, y dentro



"Gallito„ paseando por el Bosque de Bolonia de vuelta de un acoso en el Cortijo del Cuarto de D. Eduardo Miura

(Fot. Dubois, Sevilla.)

de tres días da un pase, y *juye*, y es apático, y no quiere, y no mata y está muchas veces mal...

—Y las que va á estar. Pero, ¡alto ahí!, señor mío, que el *Gallo*, huyendo y haciendo cosas feas, y estando ahora bien, y luego mal, y después peor, y más tarde sublime, precisamente por todas estas cosas y esas desigualdades es un artista, como dije cierta vez, y se asustaron los que quisieron asustarse, y precisamente porque es un artista las hace. De todo esto vamos á hablar en este librito, que no diré yo que valga más que uno de papel de fumar.

Pero, vamos por partes. ¿Es el *Gallo* el único torero que tiene tardes malas? ¿No hay por ahí, y no se eche esta alusión á mala parte, quien lleva, cuando estas líneas se escriben, una temporada mediana de veras, digan lo que quieran los termómetros, y le seguimos poniendo en la más alta de las altas nubes, dejando en lugar secundario á *Machaquito*, que á los diez años de estar haciendo el héroe todas las tardes, y cuando, no sé por qué conveniencias, se cantaba por ahí su agotamiento, viene un día y otro día, y otro día y está de valiente que asusta al miedo y mata más que la muerte?...

No pretendo yo, y tonto será quien lo crea, borrar la Historia de una plumada, ni tengo la loca pretensión de derribar ningún ídolo; pero digo que, reconociendo la justicia que hay para no tomar en cuenta una racha mala de quien tantas tuvo buenas, no me explico que no se aplique el mismo criterio á los demás. ¿Que el *Gallo* tiene tardes malas? ¡A ver, la fortuna de Rotschild para el valiente que me nombre un torero que no esté en igual caso! ¿Que son muchas?

¡Ea!, caballeros: ahí están las faenas buenas del *Gallo* para ponerlas enfrente de las otras de igual calificación—y en ésta van todas esas de su-

perior, monumental, etc., que usamos para pasar el rato—. A ver quién puede más.

El *Gallo*, superior, y superior el que sea.

Así que hayan ustedes sumado, restado, multiplicado y dividido hasta encontrar las leguas que faltan para llegar á donde está Rafael Gómez, seguiremos hablando de esto.

(En la pelea, claro está, no entran los matadores de toros, que se están en el tendido con nosotros, aplaudiendo á *Gallito*... y á los otros.)

Si, pues, Rafael es por lo menos *uno*—uno entre los unos, por eso de las tardes malas, porque si no las tuviese y luciera siempre su arte de grande, de enorme torero, ¿quieren ustedes decirme la luz de cuántos soles, y cuántos microscopios necesitaríamos para descubrir á las demás *formiguitas* invisibles?—siendo Rafael *uno*, ¿por que no se va á escribir de él?

Estas Memorias, estudio, biografía, información ó como haya que llamar á este libro, que sólo aspira á ser ameno, tiene, además, otra razón de ser—éste y los otros que se han de escribir—. De los grandes toreros como de los grandes actores, ¿qué nos queda cuando se han ido ellos y los que los vieron de la distinta manera que se ve y juzga el trabajo del artista?

«Fuera—y permítaseme esta autocita—de *Pepe-Hillo* y Montes, que dejaron algo de sus personas y de su comprensión y modo de practicar el arte del toreo en las *Tauromaquias* que inspiraron, ¿qué sabemos de los demás grandes toreros á quienes no hemos alcanzado? ¿Qué fe nos deben merecer los relatos que de su arte y sus hazañas vienen rodando de boca en boca—y las de los aficionados á toros son propensas á la exageración—durante muchos años?

Los toreros deben hacer pública profesión de su fe artística, para dejar mejor noticia de sí que los relatos forzosamente incompletos y forzosamente apasionados que, mientras van realizando sus hazañas, escribimos en un ambiente de sentimientos encontrados, con los nervios en tensión y muchas veces faltos de serenidad para juzgar imparcialmente.»

Defina, pues, cada cual su concepto del arte, explíquelo, defiéndalo; los demás lo juzgarán; y de aquellas explicaciones y de estos juicios resultará á la postre una depuración cada día más indispensable y una serie de lecciones más necesarias todavía para los que vienen detrás.

Y cuando esto no sea, por lo menos habremos pasado el rato. Que es á lo que se tira.



Debo, por último, decir que este libro, de un reporter, se ha hecho como se hacen todos los *reportajes*, inquiriendo y buscando aquí y allá, y siempre en las fuentes más puras, las noticias; comprobándolas y depurándolas hasta sólo admitir las verídicas, y, por último, interrogando á *Gallito* sobre aquellos puntos en que él y no yo debía hablar. En su lugar se advertirá cuándo es el torero el dicente y yo el escribiente.

Otrosí digo: que en los juicios y opiniones que yo formule aquí no debe ver nadie la menor intención de molestar. Yo quiero escribir un libro de pasión, porque sin pasión ni bandos no habría fiesta, pero en ningún modo he de escribir un libro de injusticia. Aspiro á que, cuando acabes la lectura de éste, si tienes paciencia para ello, reconozcas que la im-

parcialidad ha sido el único guía de mi pluma. Yo no vengo á quemar incienso en ningún altar.

Por otra parte, el que yo sea el escribidor y el *Gallo* el *escribio* es una ventaja inmensa para los «hagiógrafos» y los «hagiografiados» que vengan detrás.

Toreaban una tarde en Madrid *Currito*, Angel Pastor y no recuerdo quién más. *Curro* estuvo horroroso en el primer toro y le adjudicaron una de las broncas mayores con que le obsequiaron en su vida. Calcula tú.

Cuando llegó á los estoques á dejar las armas, Angel Pastor le dijo, compasivo y contrariado:

—Mal empieza esto, señor *Curro*.

—Pa ti bien.

—¿Por qué?

—Porque ya te los he dejao roncos.

A eso vengo yo. A dejarlos roncos á ustedes.

HISTORIA

EL HÉROE Y SU GENTE

I

La parentela.—Por poquito, nieto del «Chiclanero».—«Espartero» y «Guerrita» viendo torear al señor Fernando el «Gallo».—La herencia paterna.—Señá «Grabiela».—La casa de todos.—San Martín y «Gallito».—Retamar y los otros.—¿Usted quién es?—El banderillero de confianza.—Mejía, el «Gallo» y don Juan.

Gallito nació torero.

«Por parte de madre» está emparentado con el *Lavi*, Lillo, *Barrambi*, el banderillero de Cúchares; *Paco de Oro*, Ponce, el *Marinero*, Rebujina, *Agualimpia*, *Loco* y *Potoco*. No miremos la calidad, sino el hecho genealógico.

—Hasta mi abuela—me ha dicho Rafael—le habló tres años á José Redondo.

Nada, que á poco más sale Rafael nieto del *Chiclanero*.

Pues por la línea paterna es sobrino carnal del verdadero *Gallito*, José Gómez, banderillero de *Lagartijo* durante diez y ocho años, y es todavía pariente más cercano del otro *Gallo*, el señor Fernando Gómez, un don Nadie á quien se le ha rendido en la misma plaza de toros un homenaje de admiración como jamás se tributó á ningún torero.

Fué ello que toreando en un circo manchego, creo que el de Valdepeñas, con *Espartero* y *Guerrita*, al salir un toro, el cordobés le dijo á Maoliyo, el valiente, llevándoselo al estribo:

—Siéntate, que vamos á ver torear.

El maestro hizo un alarde soberano de su arte. Cada lance de capa fué una explosión de entusiasmo; cada quite, una locura; la faena de muleta, el delirio. Toda la plaza presenció en pie la lidia de este toro, aclamando, frenética, al enorme artista. Sólo permanecieron sentados, siguiendo la magistral labor con los ojos muy abiertos y mudos de interés y emoción dos espectadores, Manuel García y Rafael Guerra.

—¡Es mucho torero!—exclamaron cuando pudieron hablar.

Pues de este gran torero, que lo fué en los tiempos difíciles del coloso de Rodas, *Lagartijo*, y de Hércules *Frascuelo*, es hijo Rafaelito Gómez Ortega, que nació, no me he cuidado de averiguar el día del año 1882, cosa de que fácilmente puedes enterarte en cualquiera de esos libros de minuciosidades, que yo admiro mucho por la paciencia que revelan, en donde las fechas se cuentan por segundos y se miden las estocadas por milímetros y á cuya clase no pertenece éste; libros de indiscutible utilidad para los historiadores futuros y los aficionados discutidores de ahora. Lo que sí sé, porque lo saben todos, es que Rafael es madrileño, nacido en el mesocrático distrito del Congreso. Y digo yo, señores que negáis el agua, el fuego y la sal á este gran torero, que algo tendrá *Gallito* cuando acá los madrileños hacemos constar que es nuestro, y allá los sevillanos lo tienen y lo diputan por suyo también.

De su padre, Fernando Gómez, ha heredado el

Gallo el arte y las desigualdades, y si ustedes quieren que llamemos á las cosas por su nombre, como debe hacerse en un libro de verdades, esa mezcla extraña de valor y miedo, que tan pronto le hace tirarse de cabeza al callejón como, al volver á la arena, le lleva á meterse en los pitones.

Lo que no ha heredado Rafael es la gracia de conversador de su padre. Sin duda éste, teniendo en cuenta que con la gracia sola no se come, aunque haya hombres que vivan de ser chistosos alguna temporada, la consideró incluída en el tercio de libre disposición y no quiso dejársela al mayorazgo.

Lo demás todo. Rafael habla admirablemente de toros, como su padre, lo cual no es frecuente, ni mucho menos, entre los toreros. Como que los hay que no quieren que se saque esta conversación y hacen mutis en cuanto oyen nombrar un cornúpeto, aunque sea del escalafón de bueyes carreteros.

De torear, no digamos. Fernando dejó á su hijo un caudal enorme de arte y ciencia. Y todavía quedaron bienes pingües con que formar la opulenta hijuela de su chico menor, Joselito, que empieza ahora á triunfar y lucir con más brillo que cien estrellas.

El *Gallo* padre tuvo pasión por su mujer, y Rafael tiene adoración por su madre. Fernando la entregaba cuanto dinero ganaba.

—Toma *Grabiela*—la decía siempre—. Pa que te diviertas.

El hijo hace lo mismo... salvo algunos naturales descuentos, y la señá *Grabiela* dispone, administra y rige la casa, y su hijo es feliz con ello.

—Mi padre la acostumbró á ser el ama y yo quiero que siga así. Es mi obligación.

Y como en tiempos de Fernando Gómez, aquella

casa continúa siendo, cuando lo hay, que no siempre lo ha habido, el paño de lágrimas, la tahona, la sastrería y el Banco de parientes y amigos necesitados. Todas las mañanas y todas las tardes es aquello una romería de gente que va á pedir.

—¡Señá *Grabiela*, que los churumbeles!...

—¡Señá *Grabiela*, que esa está con los dolores!...

—¡Señá *Grabiela* e mi arma, que ya ha parío, y dos de una, pa no jasé esperá al otro probe que iba á vení el año que viene!...

—*Grabiela* que la ropa; *Grabiela* que el casero... Todos van buscando y todos encuentran allí lo que necesitan, y mientras lo hay, hay para todos. Y cuando no, San Martín tiene en esta casa sus mejores discípulos.

—Mamá, ¿y er vestío nuevo que traje de Madrid?—preguntaba Rafael en cierta ocasión.

—Pos mira, hijo: ha venío esta mañana Joselillo er Cachetes muertesito é nesesiá y arresiito de frío, y como no había dinero en casa, le he dao tu vestío pa que se arregle.

Y por eso, y por los otros agujeritos que tiene Rafael en las manos, no posee, ni está en camino de poseer cortijos, ni casas, ni papel del tres, del cuatro ó del quinientos, ni tiene á la hora de ahora más bienes que las jacas con cresta y espolones de su gallera, y otras dos jacas andaluzas de cuatro patas, pelo castaño y buena sangre, para enganchar á un coche muy gracioso, en el que, para que suba ó baje alguien, se ven obligados los ocupantes á hacer una de posturitas que hasta las piedras de la calle se ríen.

¡Ah! También ha heredado Rafael de su padre una cosa de inapreciable valor: la amistad de Retamar, un amigo fiel de Fernando—su mejor amigo—, que ha seguido siéndolo de su hijo. Tan bueno

y tan leal que, cuando ha venido la mala, mala, y todos, como ocurre en tales casos, han huído, Retamar ha sido el único que ha quedado. Por respeto á la memoria de su padre, que lo quería mucho, y por cariño y gratitud á su lealtad, Rafael lo conserva á su lado y en su casa de amigo y consejero. Por estas páginas adelante nos iremos encontrando á este viejecillo pequeño, avellanado, vivo y gracioso, que viene á ser así como el mayordomo mayor é intendente general en los casos de apuro de la casa, estados y persona de Rafael Gómez *(Gallito)*.

Además, *Gallito* es pintoresco, no sólo por sí, sino por la gente que le rodea: Retamar; *Blanquito*, el maravilloso *Blanquito*, que usa mil rodeos y se pone misterioso para decir al oído las cosas más sencillas y naturales; Joselillo Alá, el *Niño del Buzo*, su mozo de estoques, que echa las cuentas dactilográficamente, como el personaje de la conocida zarzuela, y en los comienzos de su profesión táurico-administrativa, para no equivocarse y hasta que aprendió á distinguirlos por «la coló», clasificaba los billetes en el archivo de sus dedos: los de veinticinco en el pulgar y «er líndise»; los de cincuenta, «al lao, entre er deo der corasón y el otro», y los de ciento, sujetos por «er deo de las sortijas»; el otro mozo de *espás*, casi jubilado, el alegre Andresillo el del Lunar; el famoso *Llavero*...

Este *Llavero*, marido de la costurera de casa de Rafael, tan empeñado en meterse á torero á las cuarenta y tantas primaveras de su vida, que no dejaba á sol ni á sombra á *Gallito*, á sus amigos y parientes, y á los parientes y los amigos de los amigos y los parientes de Rafael, para que éste lo sacase de banderillero. Ya se sabe cómo se ponen de pesados los hombres cuando les pica esta tarántula. Po-

fin, tanto y tanto hizo, que *Gallito* se prestó «á sacarlo» en Málaga un día de esta temporada. Ma por lo que pudiera tronar, hizo que saliese antes cala con su hermano Fernando, en una novillada que éste toreó el domingo anterior al señalado, para que el *Llavero* hiciese su triunfal salida en la cuadrilla de Rafael.

No quieran ustedes saber. Cuando *Gallito* se bajó del tren, en Málaga, cinco días después de aquel festejo, encontróse con que no se hablaba de otra cosa que del *Llavero*, ni se pensaba en más torero que él para la corrida del otro día.

Conque Rafael lo cogió bonitamente, se lo llevó á la estación y lo facturó para Sevilla, con encargo á la pareja de la Guardia civil de no dejarle bajar para nada en ninguna estación hasta estar á la vista de la Giralda.

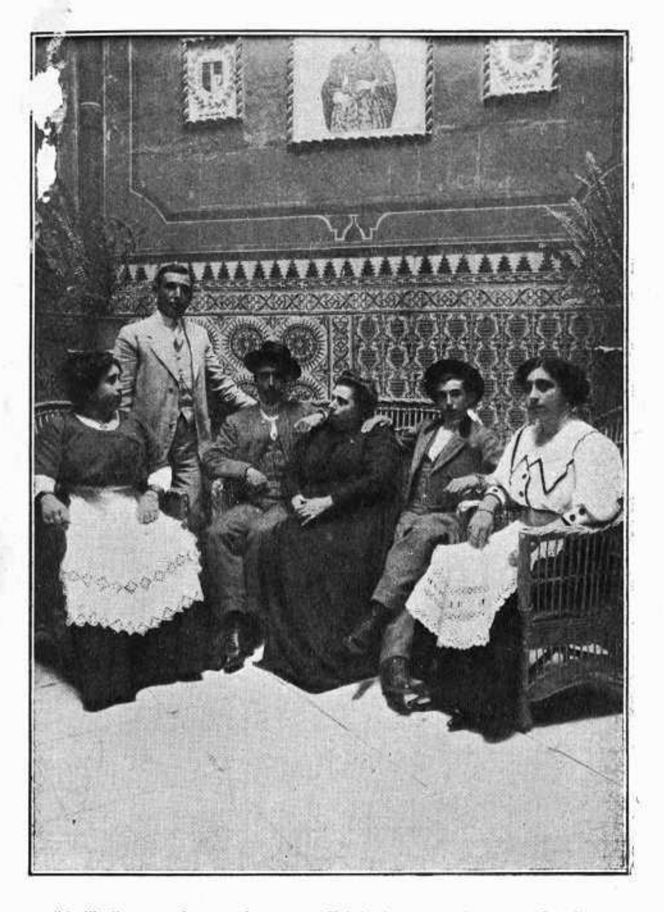
Pocos días después, encontrándose el *Llavero* en casa de *Gallito*, como el íntimo amigo de éste don Federico González Izquierdo le preguntase por sus circunstancias, nuestro hombre contestó esponjándose:

—¿Qué quién soy yo? ¿Yo?... ¡Je! ¡je!... Nadie... ¿Que si yo toreo todavía, eh?...—dejando caer con desdeñosa altivez las palabras sílaba á sílaba—. Yo soy el banderillero de confianza de Rafael.

—¿Usted?

—Yo; sí, señor. Ya vusté, cuando aquí no quea nadie y él se va á toreá, me deja á mí al cuidao de la casa...

Cuando voy por aquí se me figura oir la voz de señó Fernando, aquella tarde que se quedó ronco de gritar á Juan Antonio Mejía para que se fuese de un toro al que estaba hinchándose de capotear, mientras esperaba impaciente el *Gallo* armado de muleta y estoque:



"Gallito", su madre, sus hermanas Trini y Lola, y su hermano Joselito (Gallito IV), en el patio de su casa

(Fot. Dubois, Sevilla.)

—¡Mejía, basta ya!... ¡Bueno está, Mejía!... ¡¡Mejía, déjalo!!... ¡¡Mejía, quieto!!... ¡¡Mejía, vete!!...... ¡¡¡Mejía... que vi á llamá á Don Juan!!!

Pues antes de que ustedes llamen á Don Juan para que castigue estas digresiones, vuelvo á lo mío.

LOS PRIMEROS PASOS

II

«Gallito» y Rubén Darío.—La primera corrida.—Señor Fernando, profeta.—El Fleury, el Epítome y los cuernos.—Ricardo Torres en la conejera.—El aire de familia.—La placita de Gelves.—Escuela de tauromaquia.—«Estornina».—La vaca, la cocinera y la cena.—Artistas y negociantes.

Quedamos en que el *Gallo* nació torero.

Como el Poeta, no el mozo de estoques de *Bienvenida*, sino el otro, nace tal, según nos enseñaron en la clase de Retórica. Y no se me asuste nadie de la comparación, porque es más exacta que un cronómetro de los buenos.

Gallito, con permiso de ustedes, es el Rubén Darío del toreo. Como el ilustre hijo de

... el nicaragüense
sol de encendidos oros,

Rafael se eleva unas veces á las altas y poco accesibles cumbres de la sublimidad, y cae otras en las profundas simas de lo feo; como Rubén Darío, ha inventado nuevas formas, metros nuevos, que al pronto han repelido los espíritus vulgares, pero que luego

se han impuesto con toda la soberanía de su poder de belleza.

Gallito nació torero. No tuvo la revelación de su destino así de pronto é inesperadamente, estando comiendo melocotones, descifrando charadas ó esperando turno en casa del dentista. El se trajo, al nacer, su credencial, y nunca pensó en tener otro empleo que ese que venía á desempeñar.

Rafael hizo su primera escapatoria á los cuatro años, para ir á torear con otros chavales de su edad en la plaza... de Matute, de esta corte, donde á la sazón tenían su domicilio sus padres. Para estar más en carácter y que nadie le disputase el puesto de primer espada, el chiquillo se puso un chaleco de luces de su papá. Colocadas así las cosas, para que las de este torero sucediesen como cuentan las historias que han sucedido las de todos los toreros en estado de canuto, cuando Rafael estaba más entusiasmado tirando largas inverosímiles y dando lances absurdos, ¡zas!, su señor padre... que lo cogió en brazos, se lió con él á besos y se lo subió orgulloso á su madre, á quien se lo presentó con estas proféticas palabras:

—Aquí te traigo un torerazo.

Desconozco el detalle de las demás corridas toreadas por Rafael en aquella época, y sólo tengo vagas referencias, que no me he cuidado de comprobar, de algunas salidas á las plazas de Antón Martín, Santa Ana y del Angel.

Cuando Rafael tenía seis años instaláronse sus padres en la huerta de Gelves. Entonces empezó el chico sus estudios. Los literarios, porque los otros ya los había él emprendido, como acabamos de saber, de su montu de propios, que dice *Blanquito* cuando quiere hablar en fino. Por la mañana y por la tarde aprendía Rafael á leer y hacía palotes en

la escuela, y al mediodía y al atardecer jugaba al toro con sus correligionarios.

Más adelante le puso su padre interno en el colegio de San Lorenzo, de Sevilla, y él siguió aplicándose á las dos ciencias, la de las letras y la de los cuernos, pero mostrando mayor afición á ésta, que practicaba, en el seminario, á las horas de recreo, y en su casa, durante las vacaciones, en un lugar, ya desaparecido, que tiene su importancia para la historia del toreo actual: una conejera.

No os riáis. En esa conejera fueron gazapos algunos de los que luego han salido piezas mayores de la torería. Allí, ante el asombro de los conejos, de quienes no consta que se entusiasmaran ni tanto así, los muy imbéciles, con el toreo de conejera de tanto pichón de torero como acudía á aquel local, estudiaron Ricardo *Bombita*, el desgraciado Montes, *Cigarrón*, *Chicuelo*, Vela, *Mirandita*, *Revertito* y otros varios.

A los nueve años se examinó Rafael «de ingreso», toreando por primera vez una becerra en un tentadero de Pérez de la Concha, á presencia del *Gallo*, padre, y de Machío. La becerra le cogió, y Rafaelito estuvo bastante miedoso. Y decía luego su padre:

—¡Lo que se parece á mí este chico!

A pesar de los revolcones y del miedo de aquella tarde, Rafael siguió mostrando cada vez más afición al toreo y dándose tono, entre sus cofrades de colegio, de torero placeado, y, poco á poco, la becerrita de Pérez de la Concha fué creciendo, creciendo en las conversaciones de los colegiales, hasta convertirse en una catedral, con la que no se había atrevido nadie y solo el hijo del *Gallo* se lanzó á torearla. El prestigio de Rafael entre los escolares de

San Lorenzo llegó á ser mayor que el del jefe de los municipales entre los vendedores del mercado.

Próximo á cumplir Rafael trece años, celebró su padre capítulo con él y con su hermano Fernando.

—¿Ustedes qué queréis ser?

—¡Torero!—contestaron al alimón los dos hermanos.

—Bueno, pues para que no tengáis ustedes que ir de pueblo en pueblo pasando fatigas, os voy á hacer una placita aquí en Gelves, y veremos si servís ó no; y si no os dais maña, estaréis ustedes á tiempo de dedicarse á otra cosa.

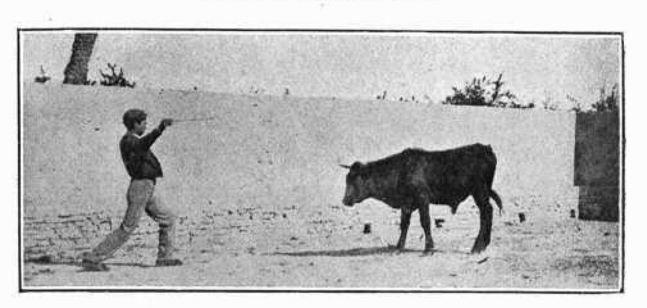
La plaza se construyó en el mismo sitio que ocupaba la conejera, y allí siguieron practicando, ahora con becerros y de vez en cuando con otras piezas mayores que cazaban por las cercanías, casi todos los antes nombrados. Allí dió también sus primeros pasos de torero, cuando comenzó á andar, Joselito Gómez, que se firma ahora *Gallito IV*.

Rafael vió torear dos veces á su padre en esta plaza, la una un becerro y la otra una famosa vaca, *Estornina*, que cogió á *Revertito*, *Chicuelo*, Rafael, Montes, *Mirandita* y Vela. No había más. Entonces el *Gallo* padre quiso enseñar á aquellos chicos algo de lo mucho que él sabía, y en babuchas y enfermo de la enfermedad que había de matarle, puso cátedra de toreo, é hizo de la vaca profesora lo que le dió la gana. Aquella noche, y para repasar la lección que habían aprendido por la tarde, consiguieron los demonios de los chicos capturar y encaminar á la huerta de Gelves, Dios sabe por qué medios, una vaca más toreada que la *Estornina*; pero equivocaron el camino y fueron á encerrarla en la cocina, donde la madre del *Morenito*, el banderillero que fué de *Guerrita*, estaba disponiendo la cena. Y, claro es, aquella noche no se cenó caliente en

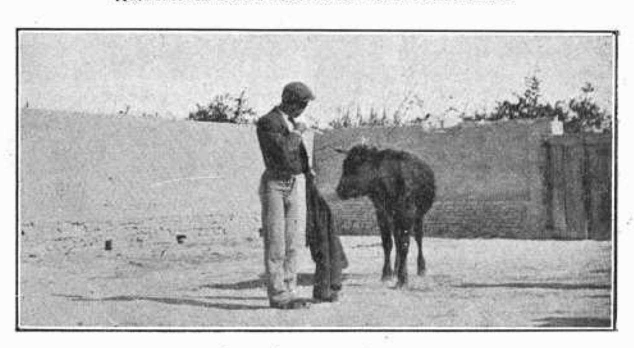
EN LA PLACITA DE GELVES



El "Gallo", padre, viendo estudiar el abecedario á su hijo Joselito (Gallito IV). Fernando Gómez hace de toro



Rafael toreando un becerro de Pérez de la Concha



Las primeras lecciones



Gelves, aunque Rafael y su hermano Fernando se fueron á la cama bien recalentados.

Así, poco á poco, se fué haciendo torero el que torero nació.

Desde que fué cosa decidida que Rafael cursara los estudios tauromáquicos por enseñanza libre en la academia de Gelves, su padre le llevaba á examinarse á todos los tentaderos, y fué el chico aprobando todas las asignaturas de la segunda enseñanza ante diversos tribunales de distintas clases y hechuras, desde el bonachón de Muruve hasta el serio y exigente de Pablo Romero.

Y como los buenos estudiantes, fué precisamente ante el tribunal más difícil donde alcanzó la mejor nota.

En 1897, pocos meses antes de morir su padre, fueron ambos al tentadero de Pablo Romero.

—A ver cómo te portas—le había dicho el viejo.

—Usted verá como le dejo bueno—contestó el chaval.

Así fué. Rafaelillo, que únicamente había visto torear á su padre una corrida en Játiba y otra en Valverde del Camino, y que, aparte muchos consejos y «muchos chillíos» en los tentaderos, sólo recibiera de aquel gran torero dos lecciones prácticas en la placita de Gelves, quiso demostrar cuánto habían servido á sus naturales disposiciones las enseñanzas de su profesor, y toreó en aquella ocasión como toreaba su padre en sus buenas tardes y como luego había de torear él cuando quisiera dárnoslas.

Fernando, que sobre el orgullo del padre que sólo busca en la exhibición de las habilidades de su hijo la satisfacción de una explicable vanidad, había puesto en las palabras que dirigió á su hijo camino del tentadero el deseo, el ansia mejor, de quien se siente morir sin dejar á los suyos bienes ni rentas, de

saber que aquellas habilidades pueden suplir esta falta, siguió anhelante las evoluciones del muchacho, y, contra su costumbre en estos casos, ni le dió voces ni le dijo nada al concluir; pero cuando llegó á su casa, cogió las manos á su mujer, se las apretó fuertemente y, emocionado, la dijo:

—«Gabriela, ya me muero tranquilo porque te dejo un torero que mientras pueda tener un capote de seda en la mano no os faltará que comer.»

El pobre Fernando, el *Gallo*, pertenecía á la raza antigua, y casi desaparecida, de los toreros que practicaban el arte por el arte y únicamente le pedían aplausos y victorias. El dinero era para ellos lo secundario, y sólo les servía para continuar la alegría de una tarde de triunfo. Un torero era entonces un bohemio que ponía en peligro su vida á cambio de unos aplausos; la paga era un accidente despreciable; lo principal era el éxito, los gritos, los aplausos, los olés, las aclamaciones de una multitud frenética.

¡Clarines! ¡Laureles!

Desde que el arte dejó de ser gloria, para transformarse en mina ó mostrador, dejó también de ser arte, y para transigir con los gustos de la multitud, tan difícil á las innovaciones y refractaria á los rasgos geniales, que no se aprecian bien sino á distancia, tuvo que borrar de sus cánones aquel tan sabio de la despreocupación, que ha impreso á tantas obras el sello de la sublimidad, que no pueden tener cuando se pinta, se escribe ó se compone, y permítaseme añadir se torea, para Pérez banquero, camisero, señorito ó panadero.

Líbreme Dios de censurar á ningún artista por pedirle á su arte una riqueza á que tiene legítimo

derecho; creo, por el contrario, que debe hacerlo, mas sin abdicar, sin transformarse de artista en negociante, porque el arte negocio no es arte.

¿Ni cómo va á serlo, si antes que á la única, avasalladora, despótica preocupación de la obra que debe apoderarse con garra poderosa de todas las facultades del artista, tiene éste que atender á aquellos cuidados del reclamo, que tanto ocupan, y á los otros menesteres del otro arte complementario de agradar, que, si distraen el mayor tiempo, son, en cambio, los mejores auxiliares de la obra, que será menos buena, pero que es hecha para más amigos y produce más?

Que es á lo que estamos.

Pero «volvamos en sí», que decía el inolvidable *Sentimientos.*

DE CORAZÓN Á CORAZÓN

III

En la plaza de Reverte.—El primer par.—De una encerrona sale una cuadrilla.—El debut.—«Viva Valensia del Sid»...—El «Gallo», Reverte y «Bombita», peones de los niños sevillanos.—La cigarra y la hormiga.—«¡Compadre mío!»—Muerte del «Gallo».—El corazón de «Guerrita».—¡Avariento!

Pocos días después de estos exámenes, fué Rafael, con su padre y el empresario de la plaza de Valencia, á Alcalá del Río. El último había avisado á Reverte que quería contratarle para torear con Emilio *Bomba* una corrida de Saltillo, y Antonio había contestado invitándoles á comer en su casa y á verle despachar después un toro de Benjumea en su placita.

A mitad del almuerzo, Rafael, animado por los elogios de los comensales y de su padre, le dijo á éste:

—¿Me dejas banderillear al toro?

—Si te atreves, anda—le contestó Fernando.

—Me atrevo á tóo.

Cuando salió el toro, que se traía su respeto, Reverte «le saludó», según la consagrada frase revisteril, con dos ó tres de aquellos recortes capote al brazo que él se trajo, y luego lo lanceó de capa, quieto y valiente.

A la hora de parear, salió por delante el hijo del *Gallo*, y, llegando bien á la cara, puso al cuarteo un buen par, que el pueblo soberano y los inteligentes aplaudieron entusiasmados. Completaron el tercio el *Niño de la Huerta* y Ochoa, y después Reverte muleteó en su estilo, cerca y bien, y mató de un pinchazo y una estocada de las suyas, hasta la mano.

De aquella encerrona salió concertada la formación de una cuadrilla de niños sevillanos, pilotada por *Gallito* y *Revertito*, y pocos días después hacían su primera presentación en público los chiquillos, en la plaza de Valencia.

Tiene *Gallito*, en la afición valenciana, un número enorme de partidarios, lo mismo que los tuvo su padre, y como presintiéndolo, dió Rafael los primeros pasos en su oficio en aquel ruedo, al que tiene extraordinario cariño. Dejo á los investigadores taurinos del género minucioso el cuidado de averiguar la casta y pinta de los becerros, y la fecha de la primera salida de nuestro héroe. Yo sólo diré que el *Gallo* padre, Reverte y Emilio *Bomba* se anunciaron y salieron como auxiliares, á los efectos de autorizar á los chicos y aumentar los ingresos; pero se pasaron la tarde sentaditos en el estribo charlando de sus cosas. De peones actuaron *Blanquito* y el *Barquero*.

Los chiquillos estuvieron bien y los aplaudieron mucho. Los becerros eran pequeños.

Desde entonces siguió Rafael toreando con *Revertito*.

Al mes de Agosto siguiente, toreando en Valladolid, recibió Rafael un telegrama del picador *Pimienta* participándole la dolorosa noticia de la muerte de su padre.

Fernando Gómez, como el poeta campesino que pone en las noches veraniegas las estrofas de su



Señor Fernando (el "Gallo") en el quiebro de rodillas

(Fot. Crespo y Alba, Habana.)



despreocupada canción de alegría, no supo hacer provisiones para el invierno y vió llegar sus últimos momentos arruinado, sin dinero y sin más bienes para sostén de su dilatada familia que aquella huerta de Gelves, que ya no era suya, sino de Dios sabe cuales acreedores.

Y hubó entonces una hormiga que se acordó de la pobre cigarra.

En las horas solemnes en que los ojos ven con toda claridad cosas y personas, en esas crueles noches de insomnio en que el dolor y el pensamiento hacen juntamente su obra de destrucción, desfilaron por la memoria de Fernando mil caras conocidas y familiares de admiradores, compañeros de las juergas alegres y socorridos de sus manos generosas, sin encontrar entre ellas las del amigo que buscaba. Mas cuando el desaliento, la desesperación más bien, comenzaba á apoderarse de aquel corazón, al que mataban sus dolores y los que veía en cercanía para los suyos, surgió ante los ojos de Fernando la figura del torero más grande de estos tiempos, y yo creo, y perdónenme los que así no piensen, que de todos los tiempos, el que fué en una pieza Montes, *Lagartijo* y Guerra: *Guerrita*. El enorme.

El *Gallo* y *Guerrita* estaban reñidos hacía algunos años, como todos saben. Sin embargo, el corazón de Fernando le decía que su desgracia movería un latido generoso en el del otro torero, á quien muchos suponen sin él, porque no ha querido nunca hacer el tonto, y buscó recomendaciones para que Rafael Guerra tomase parte en una corrida á beneficio suyo.

Guerrita contestó noblemente cuando le hablaron de esto:

—Dígale usted al señor Fernando que yo no ne-

cesito influencias para trabajar en su beneficio, porque ese es mi deber.

Bartolo no quiso ceder la plaza de Madrid, y entonces Guerra le dijo al *Gallo:*

—No importa; no se apure usted y déjeme á mí, que le voy á hacer á usted una renta para que viva bien el resto de sus días y tenga hasta coche.

Y comenzó á organizarle corridas de beneficio. Dió una en Barcelona y anunció otras en Sevilla, Nimes, etc.; pero antes de que se verificasen, llamó la muerte á la puerta de Fernando.

El *Gallo*, viendo llegado su fin, angustiado por la situación en que dejaba á los suyos, dictó dos horas antes de morir un telegrama á *Guerrita*, llamamiento anhelante de un corazón desesperado á un alma noble y generosa en la cual pone toda su confianza.

La familia ha conservado copia de este despacho, que firmó Fernando con mucho trabajo. Era así literalmente:

«Córdoba.

Guerrita. Matador de toros.

Compadre, en la hora de mi muerte me acuerdo de usted. No deje sin pan á mis hijos.

Su compadre, *Fernando Gómez.*»

—Ahora ya muero tranquilo—dijo Fernando luego que salió Retamar á poner el parte—. Mi compadre es bueno y no os dejará morir de hambre, mientras Rafael se coloca... Después, con las manos de mi hijo, «tenéis ustedes» bastante pa ser ricos.

Guerrita, en cuanto pudo, se puso en camino para Gelves. Llegó tarde para decir al amigo cuanto po-

día esperar de su amistad, pero á tiempo para dar á la viuda muestra de los hidalgos sentimientos que el *Gallo* sabía en él. Después, en cuantas circunstancias se han ofrecido, *Guerrita* ha demostrado su cariño á la familia del que fué su preceptor.

Cuando el hijo del *Gallo* fué á Córdoba en la ocasión difícil en que los ánimos se hallaban excitados contra los sevillanos, *Guerrita* le tomó bajo su protección é hizo alarde de ello para contener las iras de los irritados cordobeses. Al caer *Gallito* herido en Córdoba el año 1900, *Guerrita* acudió presuroso á presenciar la cura, le asistió solícito y no se separó del hijo del señor Fernando hasta dejarlo bien acondicionado en un departamento de primera clase que le hizo reservar en el tren que había de llevarlo á Sevilla, con recomendación especial al personal del convoy para que atendiese con toda solicitud al herido.

—Como si fuese yo, ¿sabes?

¡Hay que ver lo que significa y puede este *tabou* en Córdoba!



De *Guerrita* ha contado muchas cosas la fantasía y el despecho del *primismo* burlado; pero la verdad es, pese á todas esas invenciones y calumnias, que *Guerrita* dista mucho de ser el hombre avariento y seco de corazón que inventaron, sin duda alguna, los que no encontraron en Rafael la materia explotable que buscaban. El no quiso nunca gastar estúpidamente con parásitos y chupópteros el dinero que ganaba poniendo en riesgo su persona, é hizo perfectamente, porque así disfruta ahora de sus bien conquistados millones. Por este acierto no se puede tildar de miserable á un hombre. Lo dice otro que

no ha sabido nunca ahorrar tres duros. Lo que hay es que *Guerrita* jamás quiso torear fuera de la plaza. Era mucho torero y no necesitaba recurrir á esos procedimientos. El toro, el toro; á él le bastaba con el toro para triunfar.

¡Miserable! ¡Y se presta por propia y noble iniciativa á poner en peligro su cuerpo y su vida diez, quince, veinte tardes, las que hubiese sido necesario para salvar de la ruina á su maestro!

No sé por dónde andará aquel D. Francisco Navarro, empresario que fué de la plaza de Zaragoza, que puede testificar autorizadamente de la avaricia de *Guerrita*. El contará á los que quieran preguntarle cómo Rafael, al verle cargado de hijos y trabajando denodadamente para sacarlos adelante, le había brindado generoso auxilio y le contestaba siempre que le pedía condiciones para torear una corrida:

—A un hombre con tanta familia, le toreo yo en las condiciones que él quiera y cuando quiera.

Y nunca le puso precio, y siempre que le hizo falta salió fiador suyo con los ganaderos, que no le querían dar toros sin cobrarlos anticipadamente, como es uso.

—Ya sabe usted—le decía Rafael—; cuando esté usted apurado, organice una corrida y cuente conmigo para torearla.

¡Seco de corazón! Que se lo pregunten á aquel ilustre periodista, ingenioso revistero de toros, lagartijista acérrimo y enemigo de *Guerrita*, que, después de retirado éste y retirado también de revistero el escritor, fué en cierta ocasión á Córdoba á reponer su salud quebrantada, y él referirá cómo Rafael, viendo que no le ofrecían su casa de campo los que debieran hacerlo, se acercó á él y le dijo:

—Ahí tiene usted las Cuevas á su disposición,

una escopeta y criados. Váyase allá y no vuelva hasta que esté bueno.

No hace muchos años padecieron una tremenda crisis los jornaleros cordobeses, vencidos por la falta de trabajo y el hambre, su cónyuge.

Para buscar remedios al mal, reuniéronse solemnemente las autoridades, los propietarios y las personas más significadas de Córdoba. Ya iban pronunciados cinco ó seis sonoros y líricos discursos, cuando se levantó *Guerrita* y, con su brusca y peculiar manera de expresarse, dijo sencillamente:

—Yo creo que estáis hablando demasiado. Aquí no hay más que unos hombres que se mueren de hambre y otros queremos evitarlo. «Pos es mu sensillo». Nos repartimos á los pobres entre todos los que podemos sostenerlos, hasta que haya trabajo que darles. Unos, cincuenta; otros, ochenta; otros, ciento. «A mí me ponéis siento ú dosientos ú los que me toquen, y yo les doy de comer desde mañana hasta que Dios quiera.»

¡Avariento!

RAFAEL, RAFAEL Y RAFAEL

IV

«Gallito», padre de familia.—Una idea de «Conejito».—«A Rafael el «Machaco». Córdoba.»—El estreno de «Machaquito».—De matadora á bailarina.—«Compañero».—¡Córdoba, veinte minutos!—El valiente Manué er Sagañón, llora y ríe.—El chico de Juan.—González, Gómez y Rodríguez.—Pareja... de tres.—Un vivo.—Salida en Madrid.—«Badila» y «Gallito».—«Lagartijo» el grande juzga al hijo del «Gallo».—De Madrid á Sevilla.

Murió Fernando Gómez el *Gallo* y quedó Rafael de padre de familia, con los quince años que tenía de edad y su buena profesión de aprendiz de torero para hacer frente á las necesidades de tantas bocas como desde entonces corrían de su cuenta.

Hasta Mayo del año siguiente en que cada cual tiró por su lado, continuaron toreando juntos *Gallito* y *Revertito*.

Deshecha la compañía, se vino Rafael á Madrid. En la fonda encontróse con *Conejito*.

—¿A dónde vas, muchacho?—le preguntó Antonio de Dios.

—Voy á Sevilla; á mi casa y á ver si encuentro un chico de mi igual para hacer cuadrilla.

—Pues, ¿y el *Revertito?*

—Nos hemos desapartao.

—Pues mira, en Córdoba hay un chiquillo de tu tipo que mata más que una espá y haría muy buena pareja contigo.

¿Cómo le dicen?

—*Machaquito.*

—¿Y qué es eso?

—Yo no lo sé; pero así le dicen. Yo creo que te conviene.

—Pues entonces—decidió Rafael, que ya se había acostumbrado á caminar solo por el mundo—, que Retamar le ponga un parte y cuando yo vuelva de Sevilla para Valladolid se viene conmigo.

Diez minutos después salió Retamar para el telégrafo y puso un telegrama á «Rafael *Machaquito*, en Córdoba». Yo no he podido encontrar este precioso documento histórico en ningún archivo, ni creo que haya pasado á estas horas al de Simancas; pero pueden ustedes enterarse.

Machaquito no era gente todavía. Hacía un año escaso que había ido á torear á Lora con un novillero cordobés apodado el *Malagueño*, y, como fuesen chiquitos los novillos que echaron, á petición del senado se encargó *Machaquito* de matarlos. Fué su debut de matador y la primera vez que cobró dinero por su trabajo: un duro.

Después lo había llevado en su cuadrilla la matadora Laura López, que toreaba algunas corridillas por los pueblos de la provincia de Córdoba, y en varias alternó *Machaco* de matador con su *jefa*.

Ahora, Laura López es bailarina, y cuando tropieza con su antiguo peón en alguno de los salones o cines donde trabaja, le saluda protectoramente:

—¡Hola, compañero!

Pues el compañero de doña Laura recibió el telegrama de *Gallito* con la alegría del pretendiente que

recibe la soñada credencial. Cogió el parte, se compuso un poco con el traje mejor y único que tenía, y salió orgulloso «calle alante» á buscar á otros respetables personajes de su edad, que como él, vivían de esperanzas, dándose aire de toreros y tratándose seriamente de tales cuando no había personas de suposición delante. No hace falta referir ahora el tono que se dió entonces *Machaco* y las veces que sacó del bolsillo el papelito azul, que le hacía feliz, para exhibirlo ante los ojos asombrados y envidiosos de sus compañeros de ilusiones. Creo que fué aquella ocasión la única en que Rafael González habló cincuenta palabras seguidas. Allí se le ofrecieron al torero afortunado picadores y banderilleros á montones; pero él tuvo que negarse á todos.

—¿No ves tú que aquí no me habla nada de cuadrilla? Pues si yo, «es un poner», me presento con vosotros en la estación, me deja en tierra el *Gallo.*

Pocos días después, al llegar á Córdoba el mixto de Sevilla, descendió de un coche de tercera un chiquillo vestido de corto al cual se acercó otro con igual indumentaria y unos líos en la mano, escoltado por un torerito larguirucho y moreno y otro muchacho como de trece años, de guayabera y gorrilla, que le llevaba una maletita.

—Buenas tardes—dijo *Machaco* al del tren—. ¿Está usted bueno? ¿La familia buena? ¿Usted es el *Gallo*, verdad? Pues yo soy *Machaquito.*

Los dos futuros astros se estrecharon como dos hombres las manos, y *Gallito* hizo en seguida al cordobés los honores del vagón.

—Aquí tienusté sitio. Dejusté aquí ese lío. Venga la maleta. Ahí van los estoques.

—¿Y yo, no podría ir con ostés?—le dijo al *Gallo* el muchachillo de la guayabera, que llevaba la maleta á *Machaquito*—. Le arvierto á osté que yo

banderillo mu bien y soy mu valiente, ¿verdá Rafaé?

—¿Y tú quién eres?—preguntó el *Gallo*.

—Manué er *Sagañón*.

—Pues no pué ser, porque ya vamos tós los nesesarios.

—¡Mardita sea! Mirusté que yo sirvo, que soy mu valiente...

—No pué ser.

—¡Mardita sea!—*Sagañón* rompió á llorar, viendo perdidas sus ilusiones—. Que lo diga éste... Yo... yo... banderillo mu bien... Que... que... que lo diga éste... Y soy mu... mu... mu valiente... Y ahora no... no... no sé cuando vi á toreá...

El *Gallo* se compadeció del comino aquél.

—Bueno, hombre. No nos des la murga. Pondremos un banderillero más. Anda á sacar el billete.

—¿Er billete?—contestó *Sagañón*, radiante de alegría, sorbiéndose de un golpe las lágrimas—. No hase farta. Me meto ahí bajo er asiento y no me ve er revizaó.

—No, no. Esta es una cuadrilla formal y no podemos hacer eso.

—¡Mardita sea! ¡Si no tengo na má é seis perra gorda!...

—Por eso no te apures—dándole plata—. Toma y tráete el cartón.

—¡Olé! ¡Viva er *Gallo* y er pipirigallo, y su pare y su mare, y San Rafaé y er Guardarquiví, y toa su familia!

—Pues yo también quiero ir con vosotros—terció aquí el otro muchachote, alto, delgado y moreno—. Podemos ser tres espás.

—¿No ves que no? ¿Dónde has visto tú una cuadrilla con tres mataores? ¿A ti, cómo te dicen?

—Yo soy *Lagartijo*, el hijo de Juan Molina.



RAFAEL,
RAFAEL y
RAFAEL



—Pues yo lo siento mucho, pero no pué ser, porque ya están puestos los carteles y tóo, y el negosio no da tampoco pa más.

Como se ve, *Gallito* sabía desempeñar su papel de director de compañía. *Lagartijo* se convenció á duras penas, y á regañadientes se quedó en el andén.

Echó el tren á andar y se llevó consigo los ojos de los torerillos que, dentro y fuera de la estación, le veían ir. Cuando Córdoba desapareció de la vista, los coletudillos se sentaron. *Machaquito* en un rincón, «callao, callao»; *Gallito* enfrente y *Sagañón* más allá. *Sagañón* charlaba por los codos. *Machaco* sólo abrió la boca para decirle á su paisano:

—No te olvides que hay que poner parte á mi madre los días de corrida.

—¿Qué es eso de *Sagañón?*—preguntó *Gallito.*

—Es como me llaman.

—No me gusta pa el cartel. ¿Cómo es tu nombre?

—*Sagañón.*

—Yo digo el otro.

—Manué Rodrígues.

—Rodrígues es poco pa un torero—dijo Gómez—. ¿Cómo te pondríamos?

—Le pondríamos—contestó González—, le pondríamos... es un poner... *Manolete*, como su padre.

—¡Olé, ya está! *Manolete.*

A los tres días debutaron los chiquillos en Valladolid con mucho éxito. Mas, apenas comenzada la corrida, apareció entre barreras otro torerito que en seguida comenzó á llamar la atención del público, y cuyo nombre iba corriendo por toda la plaza y emocionándola.

—¡Es el hijo de Juan! ¡El chico de Juan!...

Y como *Lagartijo II* tuvo sin torear tanto éxito como los otros haciendo proezas, y los lagartijistas

mostraron desde el primer momento un entusiasmo loco por esta rama nueva del árbol viejo, la empresa se apresuró á contratarle para la corrida siguiente, y desde entonces continuaron los tres Rafaeles toreado juntos todo el año, hasta que en Vigo se separaron del *Gallo* los cordobeses para formar su famosa cuadrilla.

Así fué como se conocieron el gran estoqueador *Machaco* y el enorme torero *Gallito*.



Aquel año fué defendiéndose *Gallito* con las corridas que toreó la cuadrilla de los tres Rafaeles, aunque el dinero que ganaban ni pagado en calderilla ocasionaba el menor exceso en el equipaje de los tres chiquillos; mas la temporada siguiente comenzó dura para nuestro hombrecito.

El invierno había sido tan malo que hasta la ropa de torear voló. Los vestidos de luces de Rafael han tenido siempre muchas alas. Pero *Gallito*, que es una curiosa mezcla de encogimiento y decisión, se estiró ahora, se vino á Madrid y se metió en casa del picador *Cantares* dispuesto á torear «por el favor» hasta al toro de San Marcos, si no se presentaba otro más manejable. Formó cuadrilla con *Algabeñito* y esperó.

Y saltó y vino el empresario de la plaza de Carabanchel, un famoso señor que hacía dos clases de contratos: Uno, con los torerillos de disposición:

—Tú no tienes que pensar ahora en ganancias, sino en que te conozca el público, que es lo que necesitas. Yo deseo favorecerte. Ahí tienes mi plaza; si quieres te saco el domingo *sin condiciones*—de balde, en castellano neto—. No haría más un padre por su hijo.

El otro contrato, para los que le buscaban á él, era ya un poco más complicado:

—Tengo muchos toreros contratados del gusto del público. Tú no me vas á hacer cartel; antes me quitarás la gente que me traería el Fulano ó el Zutano. Y no es por la ganancia, que yo sé sacrificar un duro cuando se trata de un amigo ó de una persona que me ha sido simpática como tú; pero me disgusta mucho ver la plaza vacía. Mas como quiero favorecerte, si tú «te llevas» tantos cientos de pesetas en localidades, te saco el domingo. Ahí tienes tú; yo soy así. No haría más un padre por su hijo.

Advirtamos que no ha sido este paternal ciudadano el inventor del sistema ni el único que lo ha practicado.

A *Gallito* le hizo este hombre proposiciones de la primera categoría, que el chico aceptó, y como no tenía traje, salió á torear en Carabanchel con uno verde y oro que le prestó *Minuto.*

Tres novilladas torearon los niños sevillanos en Carabanchel Bajo, y aunque esta plaza está á tanta distancia de Madrid como la del más apartado pueblecillo, por más que no lo crean los novilleros impacientes, las hazañas de los chicos llegaron, relativamente pronto, á la calle de Alcalá, y les salió un ajuste para la plaza de la carretera de Aragón.

No vayan ustedes á creer que un ajuste cualquiera. Contratados por los gastos, ¿eh?

El traje que sacó *Gallito* para torear los Veraguas que le echaron en aquella corrida, pertenecía al guardarropa de *Blanquito*, y era grana con modestos adornos de plata pasada por agua. De vez en cuando conviene detallar.

Pero á bien que hay en Madrid un sastre con mu-

cha pupila para adivinar toreros, como uno de los mejores aficionados de España que es, y este zahorí, que se llama Manuel Retana, así que vió torear al *Gallo*, le llamó y le dijo:

—Tú no tienes ropa, ¿verdad? Pues vete mañana á casa á que te tome medida de un vestido y un capote de paseo, y ya me los pagarás en cuanto puedas, que va á ser muy prontito.

Lo mismo que hizo con Antonio Montes en cuanto se enteró de quién era.

Gallito, pues, salió á torear la corrida siguiente con un traje propio, morado y oro.

Es esta una corrida memorable para Rafael. Los toros eran de Concha y Sierra, y el niño sevillano, de Madrid, tuvo que matar cinco por haber cogido uno al *Algabeñito*. También le cogió á él otro, lastimándole la nariz y dejándole, un momento, conmocionado.

Entonces se vió saltar al ruedo á aquel picador valiente y bonito que se llamaba *Badila*, coger al chico en brazos y llevárselo camino de la enfermería.

Pero no está aquí ni en las grandes faenas que aquel día ejecutó Rafael lo memorable de esta tarde, sino en unas palabras de *Lagartijo* el grande, que fué espectador de esta corrida.

—¿Qué te parece el chico del *Gallo?*—le preguntó el inteligente aficionado D. Antonio Abad, que estaba con el califa en un palco.

—Que de tarde en tarde sale un fenómeno en el toreo, y este chiquillo es uno.

Aquella misma noche, cuando llegó á Sevilla la noticia de esta corrida, salió para Madrid un telegrama dirigido á Rafael, proponiéndole una función para el domingo siguiente y preguntándole, como á los toreros á quienes hay que guardar consideracio-

nes: «¿Qué ganado quieres, Concha Sierra ó Villamarta?»

Rafael eligió los toros de la viuda. Y esta tarde cobró *Gallito* el primer dinero de consideración: 5.000 reales, para repartirlos con su compañero.

CAMINITO DE FLORES

V

Sevilla tiene un torero.—La batalla de Córdoba.—«Guerrita protege á «Gallito».—Pitos, pedradas y ovaciones.—El César muestra sus trofeos.—Por qué se retiró el coloso.—¡A la cárcel!—La alternativa.—Los compañeros de Mazzantini y Guerra.—El arrojo de «Piernas de trapo».—El clasicismo de Fuentes y el estilo de matar de «Bombita».—Percance en Méjico.—Toros en Castellón.—¡Arriba, arriba!—¡¡¡Cataplum!!!

De aquí *pa* arriba. Caminito de flores.

En Sevilla hubo verdadero delirio por el *Gallo*. Hasta llegó á llenarse la plaza en días de trabajo, para ver las filigranas, los encajes, el dibujo, los arabescos, las fiorituras del niño prodigio. Los talleres y las fábricas se quedaban desiertos los jueves que él toreaba. *Gallito* y su arte estaban en todas las conversaciones. Sevilla, como Madrid, ha suspirado siempre por tener el número uno de los toreros; pero no un uno por autoproclamación, sino por méritos reales, y Sevilla vió en *Gallito* el fenómeno deseado.

Rafael no era sevillano, pero Sevilla lo decretó hijo suyo. ¿Qué importaba el hecho del nacimiento? La sangre era sevillana pura. ¡Digo! Sevillano lo

quisieron y sevillano lo hicieron. ¿Verían torero en él? El chico llegó á mandar despóticamente en aquella plaza difícil. Tenía desigualdades; pero como allí saben ver, le perdonaban lo malo en gracia á las maravillas con que luego lo borraba.

No fué sólo en Sevilla. Su fama se extendió bien pronto por toda la Andalucía baja, y en todas partes quisieron ver á la pareja de niños sevillanos que contaba con tal fenómeno.

—Es su padre; su padre resucitado—decían.

Gallito recorrió en triunfo casi toda Andalucía.

Por entonces hacía el mismo *record* por el resto de España la cuadrilla de niños cordobeses. El afán de las competencias taurinas hizo nacer bien pronto una nueva: sevillanos contra cordobeses; la Giralda y la Mezquita frente á frente una vez más. ¡Cuánta pasión, qué de disputas, rencores y odios, hasta que la disolución de las cuadrillas y las alternativas de sus componentes, más aún que la memorable batalla de Madrid, aquietaron los ánimos!

Estos habían llegado á tal punto de exaltación, que por poco si la exacerbación del sentimiento localista ocasiona la muerte á los cordobeses en Sevilla. En Córdoba produjo tremenda impresión este atentado, y se dispusieron á vengarlo.

La ocasión no tardó en presentarse. Los niños sevillanos fueron á torear á Córdoba, y los cordobeses, exaltados, les devolvieron el obsequio que á los otros les hicieron en Sevilla. Cien pitos por uno; por cada dos piedras, cuarenta. Cómo estarían los ánimos, que *Guerrita* se creyó obligado á interponer su influencia y tender su manto protector sobre *Gallito*, y fué con su hijo en su coche á buscarlo á la fonda para llevarlo á la plaza.

Pero de nada sirvió. La herida abierta en el amor propio local estaba manando sangre. Cuando salie-

ron las cuadrillas á hacer el paseo, el circo se vino abajo con los silbidos y se volvió á levantar con las piedras que cayeron al redondel. En un palco apareció un cartelón enorme y en él, pintado, un gallo sin plumas. Al pasar *Algabeñito* al tercer toro le dieron una pedrada en la cabeza y tuvieron que llevárselo á la enfermería, de donde no volvió á salir, y *Gallito* tuvo que matar cinco bichos. Hasta el cuarto fué la bronca en aumento.

—¿Pero tiene fuelles de fragua por pulmones esta gente?—preguntaban los toreros.

—¡Nunca creí que hubiese tantas piedras en un pueblo! ¡Y que no miran que nos habemos venío sin paraguas!

Al sonar los clarines para la muerte del cuarto toro, *Gallito* se dirigió á brindar á *Guerrita*. Y los de los pitos y denuestos, sopla que sopla y chilla que chilla. Pero dió el chiquillo el primer pase magnífico, colosal, estupendo, gallístico, y se hizo repentinamente el silencio; dió el segundo, y un clamor inarticulado se escapó de todas las gargantas. Al tercero, una tempestad de olés y palmas atronó los aires, y ya dueño de aquellos aficionados, que ante todo y sobre todo son buenos aficionados, la criatura siguió dando clase de toreo y subyugando con su arte exquisito de gran torero á la multitud, antes enemiga y ahora suya con todo el rendimiento de la admiración. El cartel con el gallo implume fué roto y lanzados al ruedo sus pedazos por los entusiastas del palco, y *Gallito* oyó una de las mayores ovaciones de su vida, mayor aún que la bronca que la había precedido.

Aquella noche fué *Gallito* á visitar al César. *Guerrita* estuvo con él cariñosísimo y le enseñó toda la casa, desde el salón á la bodega, con la complacencia del general que muestra al soldado nuevo, como

cebo de heroicidades, las cruces que ha conquistado su valor. Los muebles, las alhajas, las macetas, el coche, los caballos, los regalos que había recibido durante su gloriosa carrera; nada quedó por ver.

—¿Tú ves todo esto que yo tengo? Pues tú también lo puedes tener—dijo el maestro al principiante.

Concluída la visita á la casa, *Gallito* interpeló á *Guerrita:*

—¿Me va usted á decir la verdad de una cosa como un padre á un hijo?

—Si no es un secreto que tenga que guardar...

—¿Por qué se ha quitado usted de los toros?

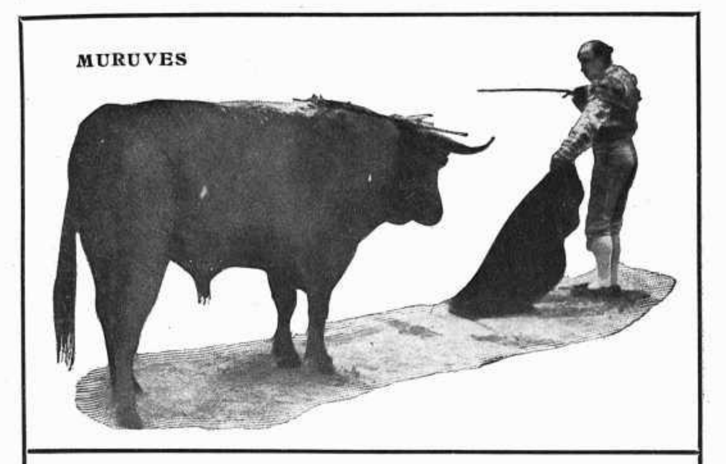
—No me he ido yo. Me han echado los públicos; no los toros, que todavía puedo con ellos.



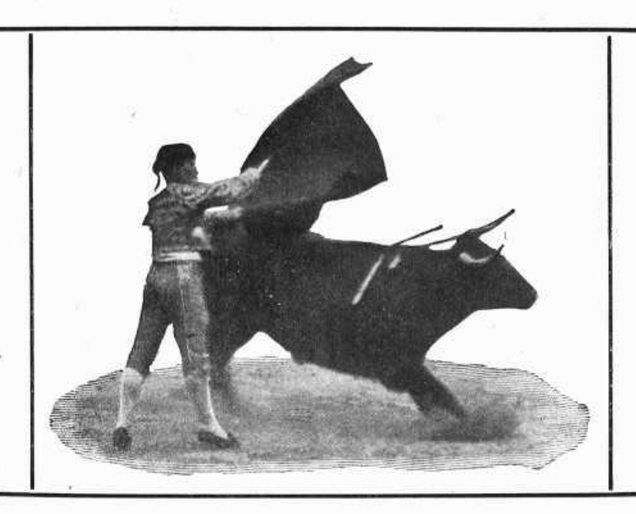
Aquel mismo año, después de la corrida de competencia en Madrid, se deshizo la cuadrilla de niños sevillanos y cada cual de los matadores se fué por su lado.

El papel *Gallito* continuó en alza todo el año siguiente, especialmente en Andalucía; tan en alza, que ocurrió con este torero la cosa más estupenda que yo he oído contar.

Sucedió que, toreando una tarde en Sevilla ganado de Concha y Sierra, se negó Rafael á matar un toro después de habérselo brindado nada menos que al capitán general, que lo era entonces mi buen amigo Don Agustín Luque, uno de los hombres más simpáticos de España. El público armó la que puedes suponer y la presidencia, viendo que no podía reducir al torero á despachar á aquel toro—«Mieo, ¿sabusté?»—, ordenó que *Gallito* fuese conducido á la cárcel en cuanto terminase la corrida, y á la cár-



En el primero de San Sebastián (Agosto 1910)



En el cuarto de la corrida celebrada en Madrid el 25 de Septiembre de 1910
(Fots. Irigoyen.)



cel fué Rafael con traje de luces y embozado en el capote de paseo para que no le conociesen.

A la media hora de ingresar *Gallito* en la trena, se presentaron en ella las empresas de Cádiz y Sanlúcar, con objeto de contratarle para el domingo siguiente. Y como no era posible que Rafael se partiese en dos, y ambos empresarios tenían un interés loco en llevárselo porque él era la seguridad del lleno, armaron tal trapatiesta disputándoselo, que en poco si vienen á las manos y tienen los tres que quedarse á vivir allí una temporadita. A la postre pudo más el empresario de Cádiz.

Aparte este lunar feo, que ya se ve que no rebajó un ápice la buena opinión en que se le tenía, y otras malas faenas con que de vez en cuando se descolgaba, como cada coletudo, *Gallito* hizo una gran campaña.

En Sevilla volvió á torear dos novilladas, y tan contundente estuvo, que de ellas salió su graduación en los estudios mayores.

Bombita el mayor, *Bombita* el mejor, fué el encargado de darle el espaldarazo en la plaza sevillana la tarde del 28 de Septiembre de 1902, á las cuatro y diez y siete minutos, cinco segundos y un tercero derecha. Ofició de acólito el otro *Bombita* (Ricardo), y para probar las armas se utilizaron seis toros de Otaolaurruchi.

Rafael estuvo bien, á secas, esta tarde. A la siguiente, en que se lidiaron toros de Concha Sierra, toreó Emilio *Bomba* por última vez en Sevilla.

¡Con cuánto gusto dedicaría yo aquí unas páginas al torero bonito, al matador valiente que tanta alegría llevaba á la plaza! A tener Emilio *Bomba* la suerte de su hermano Ricardo, y coger, no la época cómoda que éste, sino otra más difícil, sí que hubiera sido el amo de veras; el indiscutible. ¿Cuán-

tos de los ídolos de ahora hubiesen pasado, en la época de Emilio, de la tercera fila, en que vivían semiobscurecidos algunos toreros muy estimables?

Fué mucha época aquella. Al frente de las huestes, SS. MM. Mazzantini y Guerra; el emperador del volapié y el emperador del toreo. Y muy cerca, pisándoles los talones, queriendo con noble deseo hacerse puesto á su lado, luchando, con un corazón muy grande, con lo imposible, Reverte, Fuentes y Emilio, y después el gran torero *Quinito*, y mucho más lejos *Minuto*, con sus trampas de torero enterado y sus arrestos de valiente aquellas dos memorables temporadas que le dió por serlo, y más cerca el Algabeño, que se traía un estilo de matar que levantaba á los públicos, y el *Conejito*, que hubiese llegado muy alto á no ensañarse tanto con él los toros y echarle de la plaza por falta de facultades cuando todavía estaba sobrado de la principal, el corazón...

Por entre toda esta gente ¡que era gente! rompió Emilio *Bomba*, y con su toreo corto, como ahora decimos, pero bello, llegó á colocarse tan inmediato al solio de los dos señores, que á no ser éstos quienes eran, intangibles y únicos, Emilio se hubiese sentado á su vera.

Muy grandes eran los dos, el estoqueador y el coloso de la torería, y al lado de ellos, y con los otros, que achuchaban más que un Miura de sentido, para valernos de un símil completamente del caso, el mejor de los *Bombitas* fué.

Y si difícil era pelear con los dos mayorazgos, Mazzantini y Guerra, no lo era menos competir con el arrojo de «Piernas de trapo»; con el toreo elegante y muchas veces clásico de Fuentes, y, aun en los pocos días que repicaban gordo, con el serio, sabio y á ratos clásico de *Quinito;* y con los tre-

mendos volapiés del *Algabeño*, y banderilleando en sus estilos con Joaquín Navarro y Antonio Fuentes... Contra todo eso peleó Emilio *Bomba* con su toreo fino, bonito y alegre, y, sobre todo, con su preciosa manera de matar, arrancando con los pies juntos, dando el hombro y el corazón y saliendo por el costillar con aquella su peculiar media vuelta...

¡Aquellos tiempos! ¡Aquellos tiempos!...

***

Mas volvamos á nuestro *Gallo*. Con el dinero de las corridas de la alternativa libróse de quintas, y en seguida emprendió su primer viaje á Méjico. Ramón López, que le vió torear en aquella feria de San Miguel, le contrató el mismo día 29 al acabar la corrida para no recuerdo cuántas en los Estados de don Porfirio.

El día de su presentación en Méjico, toreando Rafael reses de Piedras Negras con *Algabeño* y *Chicuelo*, sufrió un percance serio. Había quedado superiormente en su primer toro, y para llevarse á casa más palmas, cogió los palos en el quinto. Citó, y, al dar el cambio, el toro le dió la vuelta con una cornada en la boca que le quitó dos dientes y un pedazo de encía y le hizo trizas el labio inferior. De resultas de esta herida estuvo Rafael dos meses enfermo, sin poder torear, y tuvo que ponerse dos dientes de oro, que deben estar muy bien agarrados, cuando en el naufragio general, de que luego fué víctima *Gallito*, no han tomado tierra en poder de los usureros que han estrujado á nuestro hombre sin duelo ni temor de Dios.

Cuando se repuso de este percance, toreó tres co-

rridas con gran éxito, dos de ellas con Reverte, y aunque le ofrecieron 5.000 pesos, según cuenta Rafael, por trabajar en la corrida á beneficio de Antonio, no quiso aceptarlos por venir á España á torear mano á mano con Fuentes el 22 de Marzo la célebre corrida de Castellón de la Plana, en que los dos toreros artistas estuvieron monumentales.

El éxito de esta corrida determinó al famoso Bartolo á contratarle para tres en Sevilla: Pascua, Corpus y Ascensión, y una en la feria de Jerez.

En la corrida del Corpus hizo Rafael, con un toro de Moreno Santamaría, una de esas faenas emocionantemente colosales que este año de gracia de 1910 ha prodigado. Había brindado la muerte de este toro al ganadero Sr. Urcola. De la faena de muleta todavía se habla en Sevilla. Pases naturales dibujados; los elegantes pases naturales del *Gallo*, en que lleva al toro como enganchado en los vuelos de la muleta, que mueve templándola, templándola, sin soltar al bicho hasta rematar la suerte; esos graciosos pases de su invención que inicia como el ayudado y termina en pase natural; airosos pases de molinete y emocionantes de pecho; todo lo mejor, en fin, de su vasto repertorio de gran artista. Cuando tuvo al enemigo cuadrado sacó el pañuelo, y, con mucho sosiego, á dos dedos de los pitones, limpióse el sudor; lió con toda calma y mató de una soberana estocada, que acabó de enloquecer á la enardecida muchedumbre.

Bartolo solicitó de *Gallito*, aquella misma noche, una interviú para proponerle una corrida mano á mano con Fuentes en la feria de San Miguel. Rafael aceptó, á condición de torear todas las de la siguiente feria, en lo que convino el empresario. Siguió la buena racha; toreó este año muchas corri-

das en las principales plazas de España, al siguiente, treinta ó cuarenta... y al otro, siete.

—¿Cómo fué eso?

—«Porque tuve un final de temporada desastroso. Me daban mieo los toros, ¿sabusté? No m'arrimaba á ellos. Me creía que m'iban á comé...»

SENDA DE ESPINAS

VI

«Gallito» en baja.—El pozo del olvido.—Vencido y orgulloso.—En lo más fuerte de la crujía.—«No toreo».—Una ecuación de enésimo grado.—Matatías y cuadrilla.—Un ciudadano caritativo.—Virtud sin premio.—Sesenta corridas, sesenta duros. Haciendo honor á la firma.—Boleras, loros, tabacos y aduanas.—De todos colores.

Se hundió la Giralda. El papel *Gallito* fué bajando, bajando, hasta no encontrar ni quien preguntase por él. Vinieron los días malos, y tras los días los meses y los años detrás.

1905, 1906, 1907. ¡Lagarto! ¡lagarto! ¡lagarto! y 3.333 veces ¡¡¡lagarto!!!

De las alturas del triunfo y de la gloria bajó Rafael al pozo del olvido. El público le volvió la espalda; los amigos de los días de éxito le abandonaron; se vió completamente solo.

Tachan muchos á *Gallito* de hombre frío y poco afectuoso; le afean por no tener para sus amigos la efusión con que otros toreros tratan á los suyos. ¡Frío, apático!... ¿No será desengañado? Las amistades ya sabe él cuánto duran; los aplausos y la simpatía del público son versátiles como el amor

de una coqueta. ¿Vale la pena de romperse las pecheras y el alma, como *Machaquito*, un año y otro año para ganar al tirano, si al cabo de diez de poner en la pelea valentía, pundonor y respeto al público, éste es tan poco del artista como la primera tarde que salió á pedirle sus aplausos?

Los días malos de *Gallito* fueron terribles. Todos le dieron por cosa perdida. El mismo se dejó dominar del desaliento y, á la par, cosa muy en su tipo y en su carácter, porque él ha sido siempre una extraña mezcla de opuestos extremos, nunca se mostró más celoso de sus prerrogativas. Como si estuviese triunfando. El no hacía realmente nada por conservar su lugar; salía ya vencido á la plaza; pero, más orgulloso que Don Rodrigo, no consentía ceder un ápice de su puesto.

Cuando más necesitado estaba le ofrecieron una corrida de feria en Sevilla.

—No la quiero—contestó—. ¿Ustedes que se habéis figurao? O todas ó ninguna.

Muy apurado, muy apurado, llegó á ceder una vez y aceptó un contrato para torear en la corrida del Corpus. Una modesta corrida con *Morenito de Algeciras* y *Rerre*.

—¡Ya ha cedido el *Gallito!*—contaron por los corrillos de la calle de las Sierpes.

—¿No había de ceder? ¡Menuda hambre desperdician en su casa! El desayuno anda desafiado con la cena y se encuentran la mar de veces juntos en la mesa.

Efectivamente, Rafael estaba en lo más fuerte de la *crujía*. El pan suyo de cada día era cada día más difícil. Las pesetas de la corrida representaban una solución á la ecuación de vigésimo séptimo grado, que todas las mañanas le planteaban los chícharos, los panecillos, la carne y las lechugas.

El mismo día del Corpus no había en la casa un real... y, sin embargo, Rafael no quiso torear.

¡Poco que se iban á reir los *amigos* así que le vieran haciendo el paseo! No; no. Aceptar aquel contrato había sido una debilidad de un mal momento. ¡Sálvese la categoría aunque perezca el estómago!

No salió. Dió por pretexto un lío de puyas y tuvieron que sustituirle con otro.

Y Rafael Gómez Ortega *(Gallito)*, poco antes de la hora de la función, mandó á empeñar el único traje pignorable que le quedaba para comprar un billete de la corrida.

—Ese no ha venío por mieo—dijeron los *enterados*. Y todo el mundo pensó como ellos, porque ya nadie creía en él.

Es decir; quien creyese en él siempre hubo. Existe en muchas plazas un reducidísimo núcleo de buenos aficionados que saben colocarse por encima de las impresiones y apasionamientos del momento y ver á distancia. En una tarde desgraciada descubre su vista certera a un buen matador, ó en una mala faena, á un torero. Alguno de estos inteligentes siguió esperando en *Gallito*. Pero hubo otro grupo de adivinadores que, sin ser aficionados entendidos, y aun sin necesidad de haber asistido á ninguna corrida de toros, supieron descubrir antes que el eclipse de *Gallito* era cosa transitoria, y que el que todos daban por caído no estaba tal, sino acostado, y acudieron solícitos á socorrerle en cuanto le vieron en necesidad. ¿Hace falta designar á estas buenas personas por su título profesional de usureros? ¡Almas generosas!

Ellos tejieron alrededor de *Gallito* una red tan tupida y tan apretada que, si no ahogaron á toda la familia en uno de los tirones, fué indudablemente

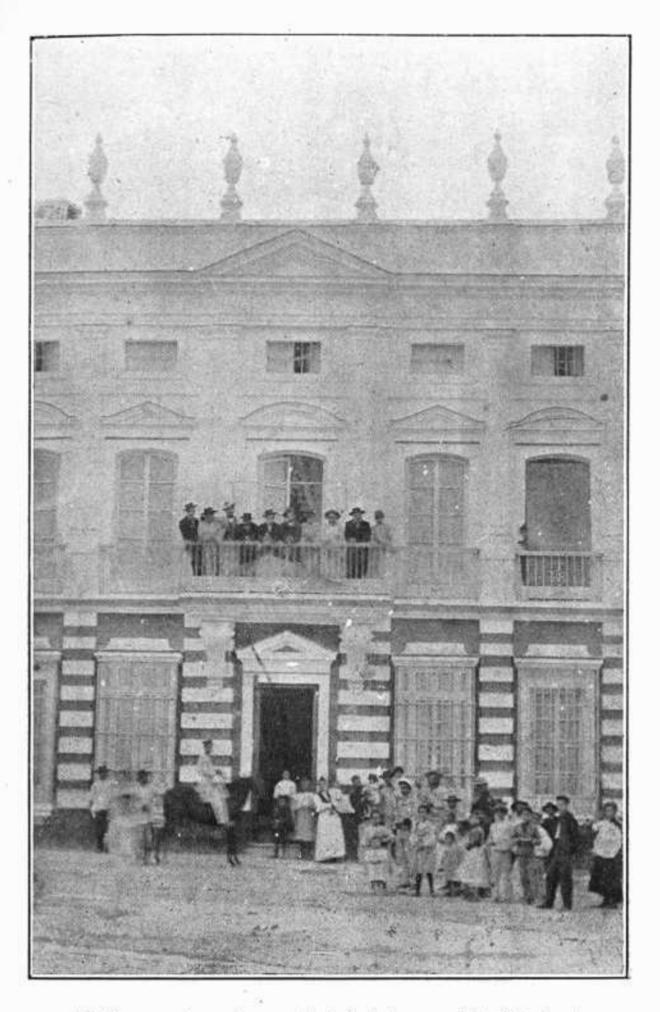
porque, así los Gómez como los Ortega, tienen el cuello de hierro.

—Me armaron tal lío—dice Rafael hablando de esto—, que ya no daba yo ni con mi casa, y me tuvieron dos años dando vueltas de campana, que, si llegó á sonar, dejó sorda á toda la cristiandad y á la judería de diez leguas á la redonda.

De los diferentes contratos que celebró Rafael en aquella época—contratos de préstamo, ¿eh?, porque de los otros...—hubo uno que merece los honores de la publicidad para enseñanza de prestamistas desprendidos.

Gallito había ido salvando del desastre dos vestidos de torear. Eran las herramientas, y aunque sólo de tarde en tarde las usaba, había que conservarlas cuidadosamente para cuando el caso llegase. Mas vinieron unos días peores que los otros, en que la ecuación á resolver no era ya de trigésimo, sino de quinientos cincuenta y sietesésimo grado, y uno primero, y otro después, salieron los dos trajes de casa del *Gallo* para la de un honrado prestamista que tuvo la largueza de dar á Rafael ochenta duros por uno y cien por el otro, á su bueno y acostumbrado sesenta por ciento anual. Pero, además, se agregó al contrato una clausulita por virtud de la cual se obligaba *Gallito* á no salir á torear con otro traje que cualquiera de éstos, ni propio ni ajeno, mientras los tuviese empeñados. El prestamista á su vez, para corresponder noblemente á esta obligación de Rafael, contrajo de su propio y generoso impulso la de facilitar á *Gallito* uno de estos trajes suyos siempre que lo necesitase... por el módico alquiler de cincuenta duros postura.

Y para que vean ustedes lo que son las injusticias humanas: de tantos premios á la virtud, á la abnegación y al heroísmo como reparte anualmente



"Gallito,, y varios amigos en el balcón de la casa de José Redondo (el Chiclanero), en Chiclana

la Real Academia de la Lengua, todavía no le ha tocado ninguno á este buen hombre prestamista, todo sacrificio y abnegación.

Todavía está Rafael pagando réditos y más réditos, sin acabar de desenvolverse del lío de cuentas que le armaron en estos días terribles.

Calcula tú que este año de 1910, después de toreadas 59 corridas, se ha retirado nuestro hombre á sus cuarteles de invierno con sus buenas 200 ó 300 pesetas por junto...

Y así para toda la vida. «La perpetua». Yo he enterado á Rafael, cuando me ha referido estas cosas, de sus derechos; le he leído las disposiciones de la ley contra la usura, que le conciernen y parecen escritas para él; le he explicado bien claramente lo que tiene que hacer para zafarse de tanta y tan cruel sanguijuela...

—¿Y mi firma?...—me ha contestado—. Yo no puedo negarme á pagar lo que he firmado que debo.

Han sido inútiles cuantas reflexiones le hemos hecho otras personas y yo. El se ha encerrado en lo mismo:

—Yo no puedo despreciar así mi firma.

Este es el hombre de cuyas informalidades cuentan y no acaban sus *amigos*.



Toreó *Gallito* el año 1906 diez y ocho corridas, cuatro de ellas en Portugal y dos en Canarias.

La víspera de regresar de Tenerife á la Península, ocurriósele entrar á Rafael en un café cantante, donde había una partida de cantadoras y boleras sevillanas. *Gallito* no es aficionado al cante, pero por algo le llevó allí su suerte. Apenas le vieron, cantatrices y bailatrices, admiradoras del tore-

ro como buenas cañís, acercáronse á saludarle, y de saludarle pasaron á referirle sus penas. El dueño del café no les pagaba; el negocio iba mal, ó, al menos, así lo aseguraba el hombre, y ellas continuaban echando coplas y dando pataditas sobre el tablado, porque así tenían siquiera la esperanza de encontrar algunas noches la cena... comida y desayuno en una pieza. Algunas conservaban también la de volver á España; otras, por perderlo todo, hasta habían perdido esta ilusión.

Rafael, que tiene un corazón muy sensible á la desgracia ajena, tuvo un rasgo generoso:

—No apurarse ustedes. Mañana os llevo á todas á España.

Recuerde el lector la escena análoga de *La patria chica* y habrá visto ésta.

Entre el pasaje de las bailaoras, los tabacos y unos pájaros que se compró «pa un orsequio» consumió *Gallito* todo su pequeño capital, y cuando llegó á Cádiz, como no tenía para pagar los derechos de Aduanas, tuvo que echar á volar los pájaros y dejar los tabacos á la Hacienda, que no perdona nada. Le prestó un amigo el dinero para el tren y se reintegró á su casa, á seguir pasando las verdes, las *morás*, las azules y las amarillas.

LÁZARO RESUCITA

VII

Dos corridas en cinco meses.—Un telegrama para torear un «pompurrín».—El toro de Carvajal.—Vuelve la fe.—La corrida de Gama.—Competencia.—«No todo han de ser glorias, Don Ricardo».—Un acto de «Bombita» y muchas palmas.—27 de Octubre.—Los gallistas «farrucos».—«En Nueva York hay un tranvía»...—Invernada en Méjico.—De vuelta.—Veraguas, viento y otras cosas.—El hombro y la vejiga.—En alza.—Enfermo.—Un toro al corral.—1910.

La suerte se le mostró á *Gallito* más contraria que nunca en los comienzos y al mediar la temporada de 1907. Las empresas no se acordaban del santo de su nombre. Tuvo una corrida el 14 de Julio en Cádiz, donde tanto quieren al gran torero, y otra el 4 de Agosto en Alicante, y volvió á obscurecerse. Su situación era cada vez más desesperada. Ni dándoles tratamiento y hablándoles en papel sellado, conseguía que le oyesen sus *protectores*. Las pesetas estaban por las nubes, los duros más altos; los billetes de Banco llegó á creer *Gallito* que eran invención de algún fantasioso hiperbolizador. Los últimos amigos habían hecho *mutis* hacía mucho

tiempo; no le quedaba más amistad leal que la del viejo Retamar.

Un día, á principios de Septiembre, recibió un telegrama de su apoderado: «Dime si quieres torear Madrid, día ocho, cinco toros Carvajal; uno Miura ve correráse primero para alternativa *Corchaito.*»

Paseando por las Delicias, consultó *Gallito* el caso con su fiel Retamar.

—Mira lo que jases, Rafaé; que eso es un pompurrín que tiene que soná mal. Toros de varias casas; presios con rebaja, como los billetes de baños... Una novillá con pretensiones. Yo no iría.

—Pues yo, sí. Más apagao que estoy, no pué ser; peor, no pueo estar. Vi á Madrí á ponerme bien. Me da er corasón que por ahí va á vení la buena.

No se engañó. En aquella corrida en que Vicente Pastor dió la alternativa al cordobés *Corchaito* volvió á sonreirle la fortuna.

Salió el segundo toro, y lo recibió *Gallito* con unas preciosas verónicas é hizo luego dos ó tres quites de esos que él solo tiene el secreto, heredado de su padre. Después ejecutó con la muleta una faena colosal, enorme, estupenda. No hay para qué referirla aquí; en la memoria de los que la presenciaron está viva; los buenos aficionados que no asistieron á esta función, la saben también; para los que no habían nacido todavía, baste decir que tan grande fué, que, á pesar de haber pinchado mal varias veces é intentado el descabello otras tantas, el público, después de muerto el toro, hizo una ovación formidable al torero.

Entonces comenzó á volver la fe á los antiguos creyentes y la sintieron nacer muchos nuevos.

Esta labor le valió á *Gallito* ser contratado para dos corridas en Octubre. Tienen las dos extraordinaria importancia, tanto por sus lances como por-

que aquí comenzó la competencia entre *Gallito* y *Bombita*, entre el toreo bullidor de éste y el lancear tranquilo y clásico de aquél. La Giralda y la Torre del Oro frente á frente.

Lidiaron toros de Gama en la primera de estas dos corridas, que se celebró el 24 de Octubre, *Bombita*, *Gallito* y *Relampaguito*, que tomaba los grados mayores.

En el primer toro, bravo, como todos los de esta corrida, comenzó la competencia. *Bombita* hizo un gran quite de oportunidad, vista y poder al *Salao*, que iba en los cuernos, y el *Gallo*, en la tercera vara, ejecutó otro precioso, que repitió en la última. Al salir el segundo toro, recibióle *Gallito* con unos lances con el capote muy recogido. Con la muleta hizo luego una faena desconfiada en su primera parte, y estuvo cerca, pero movido, en la segunda. Yéndose al entrar, dió media perpendicular y atravesada, y hubo palmas tan frías como la tarde, según contó en *El Mundo* mi antecesor en revisteo taurino, á quien, por no querer relatar de memoria, he elegido por su antigallismo para seguirle en este relato.

En el tercer toro hubo dos grandes quites á cargo de los dos competidores. Luego estuvo Ricardo mediano muleteando, salvo en un pase ayudado por bajo superior. Una vez le atropelló y derribó el bicho, sin consecuencias, por suerte. Cuadrado el enemigo, dió *Bombita* una gran estocada, entrando muy valiente. Le ovacionamos.

En el cuarto se le volvió el santo. Pasó encorvado y movido, pinchó mal varias veces y le silbaron.

—«No todo han de ser glorias, don Ricardo»—le dijo el compañero de referencia.

En el quinto, dió *Gallito*, de rodillas, una limpísima larga cambiada, y luego...

Tiene la palabra el aludido crítico taurino, que siempre ha estado, como todos saben, muy lejos, muy lejos del gallismo:

«Sale á matar *Gallito* y recoge al quedado toro dando un pase en redondo verdaderamente piramidal. ¡Bravo, Rafael!»

«El *Solitario* se apenca en las tablas y en ellas entra el espada con la mar de valentía, metiendo hasta el codo en todo lo alto, quedando el estoque ido. Es la primera vez que le he visto entrar á matar como entran los hombres. Vaya un aplauso sincero y merecido, Rafaelito.»

Y después: «Resumen: *Bombita*, bien en uno. El *Gallo*, soberbio.»

Me he detenido en detallar las hazañas y lances de este día porque ellos motivaron un acto de *Bombita*, que yo quiero consignar y aplaudir aquí por espíritu de justicia, este espíritu de justicia con que siempre me ocupo de él y de todos.

Bombita había ascendido á amo. Fuentes tenía ya tomado el billete para irse, y, fuera del inocentón de *Machaquito*, no tenía Ricardo competidor visible. Hasta los que antes le censuraron duramente, negándole condiciones para colocarse en primera fila, por no saber matar, olvidaban ya este *pequeño defecto*. Todo iba, pues, magníficamente para él, cuando de pronto, nuevo Lázaro, resucitó *Gallito*. La tarde del 24 de Octubre la suerte se mostró más propicia con el resucitado que con el vivo, y Ricardo, que había visto cómo aplaudían más al otro que á él, quiso ir al desquite.

Para el día 27 había anunciado la empresa seis toros de Guadalest, á los que Fuentes y *Gallito* habían de poner en disposición de dar substancia al cocido de las casas de huéspedes de «á ocho con». *Bombita* tenía este día en Barcelona una de esas

corridas de Saltillos por las cuales se pirran los toreros, pero despreció pundonoroso los toros fáciles por venir á torear la revancha, y pidió á la empresa que añadiese su nombre al cartel, como se hizo. Por este acto de *Bombita*, yo, que no tengo ninguna animadversión contra Ricardo y siempre le hago justicia, quiero poner aquí únicamente aplausos al hablar de la función del 27 de Octubre.

En esta corrida estuvo Rafael superior en un toro y muy mal en el otro pinchando. Como torero tuvo una gran tarde. La competencia iniciada en la corrida anterior se acentuó en ésta más, y los gallistas salieron de la plaza completamente farrucos. Habían ganado.

—Lo más grande que he hecho yo en el toreo—dice Rafael, cuando habla de estas funciones—ha sido encerrarme á torear estas corridas con Fuentes y *Bombita*, teniendo una llaga en un pie, que venía dándome que hacer desde algún tiempo antes.

Quedáronle á *Gallito* libres, de estas dos corridas, ochenta duros para él y su familia para todo el invierno. Con que se fué á Sevilla, y como allí no encontrase la silla que iba buscando, tornóse á Madrid en demanda de dinero para trasladarse á Méjico á la ventura. El actual gerente de la plaza de Barcelona, don Luis Castillo, le dió á *Gallito* mil quinientas pesetas; dejó Rafael á su madre tres mil reales, cogió unas maletas con ropa, cogió á Retamar, cogió el tren, y á Méjico por Nueva York.

Para Retamar fué este viaje una excursión á un país maravilloso. El movimiento de Nueva York, la ciudad de los 4.766.883 habitantes no le pareció una cosa estupenda, aun reconociendo que es mucho. «¡Pero mire usted que aquella Puerta del Sol, y, sobre todo, aquella calle de las Sierpes!...»

Durante la estancia en Nueva York, salvo algún

tropiezo desgraciado con alguna «mis mis guasona», todo fué lo mejor que pudo ir; mas llegó nuestro hombre Retamar á la estación del ferrocarril de Méjico, y allí empezó á ser ella. Para esperar su coche, acertó á sentarse delante del púlpito desde donde un empleado, con una gran bocina giratoria, que convierte la voz en fragoroso trueno, avisa á los viajeros que deben acomodarse en su tren.

Retamar, que no se había enterado de la maniobra, acertó á levantarse con sus maletas en la mano en el preciso momento que el del púlpito lanzaba el sacramental «Viajeros al tren», y recibió la descarga en pleno cogote. El cañonazo hizo dar vuelta y media y sentó de golpe en el suelo á Retamar, que se quedó mirando, con ojos espantados, al voceador, mientras *Gallito* reventaba de risa.

—¡Gachó!—exclamó el viejo sin abandonar la postura, cuando pudo hablar—. ¡Aquí quisiea yo ve á tóos aquellos fantesiosos de la Alamea de Hércules, que en cuanto van á Utrera se ponen d'hinchaos que no se les pué aguantá!

Aquel viaje fué una delicia. Para que pidiesen de comer en el vagón-restaurant, el intérprete del hotel en que se alojaron en Nueva York les había hecho una lista de platos en inglés y en castellano; pero cuando llegó la hora del almuerzo, se encontraron con que habían perdido la lista. Eligió, pues, en la del restaurant, cada uno un plato al buen tuntún, y á *Gallito* le trajeron una caja de jalea y á Retamar mostaza para aderezarla. Pero bueno es éste para apurarse.

—Ahora verás tú—le dijo al *Gallo*, y se fué en derechura para la cocina. Allí, con certero golpe de vista, descubrió en seguida un magnífico trozo de apetitoso jamón en dulce y lo hizo su presa; pero aquello no era Sevilla, ni siquiera Betanzos. Se

apercibió de la maniobra el cocinero, un negrazo enorme, y después de arrebatar el jamón á Retamar, cogió al atrevido por el cuello, le puso en el pasillo, le atizó dos puntapiés rotundos en el lugar que con tanta sabiduría ha hecho mamá Natura saliente y blando para estos casos, y el pobre hambriento midió bonitamente el suelo.

—¿Has visto qué desaboríos, Rafael?

Probaron á comer, pidiendo por señas de los platos que veían pasar, y como hizo su mala suerte que les tocasen unos condumios intragables, aun para estómagos españoles hambrientos, tuvieron que contentarse con comer manzanas; y con manzanas al mediodía, manzanas por la noche y manzanas al levantarse, pasaron hasta llegar á Ciudad Juárez, en los Estados de don Porfirio.

Hecho arqueo de fondos al llegar á la fonda, resultó que sentaban su planta en tierra mejicana con cinco centavos por todo capital para «entrambos á dos».

Y unos capotes y unas muletas que son, siempre que quiere Rafael, una mina de oro.

Ahora lo fueron también. La empresa de Ciudad Juárez, en cuanto llegó *Gallito*, le ajustó para una corrida, y, toreada ésta, para cuatro más. En total, tomó entonces parte en veintidós corridas en Méjico y en los Estados.

Aquí empezó á agudizarse la enfermedad que venía padeciendo.

De vuelta en España, toreó *Gallito* la corrida de Pascua en Bilbao, con el desgraciado *Pepete* y *Cocherito* y toros de Palha, y al acabar la función se vino á Madrid, para salir á torear al día siguiente, con *Bombita*, seis toros del duque en la primera de abono.

De esta corrida se habló mucho entonces, se ha

hablado luego y seguirá, por lo visto, hablándose durante una temporadita. Bombistas y gallistas esperaban que su ídolo respectivo anonadase al contrario, y el público independiente, que había visto apuntar una interesante competencia, confiaba también en pasar una gran tarde. Pero...

En los chiqueros había encerrados seis torazos veragüeños; soplaba un fuerte viento, que es el enemigo más temido de los toreros; *Bombita* se fué á la enfermería con una contusión en el hombro derecho, que *cogió* al matar el primer toro, y ya no volvió á salir, y *Gallito* tuvo que despachar los cinco mansos que le quedaron, y los liquidó, á pesar del viento y de un tan fuerte ataque de su enfermedad de la vejiga, que lo echaron de ver, por señales indudables, todos los espectadores.

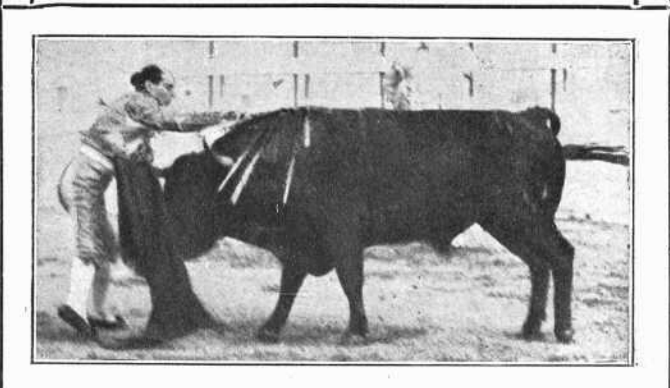
Regularmente á su primero, mal el segundo, muy mal el tercero, bien el cuarto y mal el último, *Gallito* fué matando, uno tras otro, los cinco regalos con que le obsequiaron. Pudo también, y con razón, haberse ido á la enfermería, pero se quedó en el redondel aguantando el temporal. Sus enemigos le cuentan ésta como una de sus peores tardes. Puede que tengan razón; pero, ¿qué hubiésemos dicho de él si le deja el obsequio al sobresaliente?

Cuarenta y una corridas toreó este año, y al acabar tornó á Méjico. De allí regresó en un lamentable estado de salud. La enfermedad que venía padeciendo habíase agravado considerablemente. Los médicos le recomendaron descanso. No debía, no podía trabajar; pero, ¿de qué iban á comer él y los suyos si el dinero que trajo de Méjico era un garbanzo para el ollón de los usureros?

Hasta fines de Junio fué tirando; mas al llegar Julio tuvo que rendirse y abandonar los toros para atender al cuidado de su salud.



Cambiando de rodillas á un toro de Martinez (Madrid, 1910)



En la última corrida que toreó en Madrid en 1910 (toros de Martinez)

Tres meses estuvo sin torear, y á principios de Octubre salió en Madrid á tomar parte en una corrida de Moreno Santamaría con *Algabeño* y Vicente Segura. No podía. Su cara y su cuerpo denotaban su mal estado de salud. Le echaron un toro al corral... Yo cometí la crueldad de escribir censurándole: «Cuando se está enfermo, no se sale á torear...» Después, cuando me dijeron que para Rafael era aquella corrida las medicinas y el pan para el invierno, y que se alzó del lecho para vestirse el traje de luces porque no tenía aquella mañana una peseta ni más camino de alcanzarla que poner en peligro su cuerpo consumido por la fiebre, he sentido remordimiento de haber escrito aquello.

El doctor Martínez Uzal, que tanto quiere á Rafael, me ha referido sus angustias de aquella tarde:

—Cuando yo vi á *Gallito* salir á hacer el paseo, contra mi mandato expreso y terminante, que le prohibía levantarse de la cama, sentí un escalofrío de terror. «Ese hombre sale á que le mate un toro», dije. Luego, cuando se acercó á dejar el capote y vi desde mi delantera del uno su cara demacrada, sus ojos hundidos, que brillaban febriles, y sus manos temblonas por la fiebre, no pude resistir y me salí fuera y estuve paseando toda la tarde por el pasillo, cerca de la enfermería, esperando angustiado oir el alarido de la muchedumbre, anunciador de la catástrofe que yo temía y que, afortunadamente, no vino. Hay que creer en los milagros. Uno bien patente salvó aquel día á Rafael.

El invierno comenzó terrible para *Gallito*; pero, poco á poco, la ciencia del ilustre doctor Lluria y de su ayudante, el no menos ilustre, aunque su modestia le mantenga en segundo término, detrás de su maestro, doctor don Rafael Martínez Uzal,

uno de los médicos jóvenes que más honran la Medicina española, y el cuidado de algunos buenos amigos de Rafael, fueron devolviéndole la salud, y, casi curado, pudo comenzar y concluir la brillante temporada de 1910, que acaba de finalizar cuando estas letras se trazan.

Brillante he escrito y no quiero borrarlo, porque es la verdad; brillante, por lo que respecta al héroe de este libro; brillante, porque ha servido para que se revelasen con luz propia toreros como Rafael, Pastor y *Bienvenida*, á quienes se quería tener apagados; brillante, porque el arrojo de *Machaquito*, á quien también se quería borrar del mapa, ha vuelto á emocionarnos todas las tardes; brillante, sobre todo, porque la afición ha triunfado de los que intentaban llevarla por caminos que, si no eran los de la conveniencia de ella, eran los del provecho de ellos; y la verdad se ha impuesto al fin, como se impone siempre; han surgido pujantes los bandos, que ya parecían cosa olvidada; ha vuelto á tendidos y gradas la pasión, que andaba huída. ¡Hay fiesta!

Mas aquí debo poner punto, para no ir demasiado lejos en estos ni memorias ni estudio, sino sencillos apuntes biográficos, que otros ampliarán con más arte, en los que acaso se haya relatado un hecho posterior antes que el que le ha precedido, porque no he cuidado mucho ni poco la fastidiosa comprobación de fechas. Pero todos son exactos de toda exactitud y están referidos con absoluta imparcialidad, porque yo no he escrito este libro para dar bombo á *Gallito*, sino para presentar, tal como ella es, esta interesante y principal figura taurina, un poco ó un mucho desconocida por los desfiguramientos de relatos interesados y la fama de leyendas equivocadas.

Debo consignar aquí especiales alabanzas á la sinceridad con que *Gallito* me ha referido los lances de su vida, sin olvidarse de los adversos para contar solamente los favorables.

Por mi parte nada he callado. Yo te creo convencido, amigo lector, de que, como te dije al principio, no quemo incienso en los altares de ningún ídolo. Entre otras razones, porque no lo tengo.

Sólo sirvo á la justicia.

PEQUEÑO CAPÍTULO DE COGIDAS

VIII

Una.—Dos.—Tres.—Cuatro.—Y cinco

En esto hay que reconocer la inferioridad de Rafael. No se puede negar. Ni el mayor gallista de todos puede resistir á la evidencia.

Gallito no cuenta sus cogidas graves por docenas. Es su defecto. El es un torero que burla á los toros con la muleta ó el capote, y no se deja coger. ¡Habráse visto!

Por eso este capítulo tiene que resignarse á unas pequeñas proporciones.

Primera cogida.—En Sevilla, en una novillada á beneficio de la Cofradía de la Virgen de la Esperanza: «La novillá de la Macarena». Cornada en la ingle izquierda. Mes y pico de cama.

Segunda cogida.—Octubre de 1900. En Córdoba. Al intentar descabellar un toro de Arribas. Después de un pinchazo y media estocada, el enemigo le cogió y le volteó, y en la voltereta se le clavó el estoque á *Gallito* en la pierna derecha y se la atravesó. Tres meses de asistencia facultativa. Fué entonces cuando *Guerrita* asistió al hijo de su maestro con solícitos cuidados.

Tercera cogida.—La ya relatada que sufrió en Méjico.

Cuarta cogida.—Jerez de la Frontera. Un toro de Otaola le ocasiona una herida de cuerno en la mano derecha y otra de estoque en la testa; un casi descabello. Dos meses imposibilitado para dedicarse á las labores propias de su sexo taurino; y

Quinta cogida.—En San Sebastián, un toro de Moreno Santamaría le rasgó la muñeca izquierda. La cosa le entretuvo un mes.

Y se acabó. Por mucho que he buscado, no ha sido posible pasar de la quinta cogida.

Ha sufrido también algunos puntacillos, que no he podido estirar á puntazos.

Las cicatrices de *Gallito* no llegan á la media docena.

¿Será torpe?



Cogida de "Gallito„ en la corrida celebrada en Madrid en 1910, á beneficio del "Montepio de toreros„ (Fot. Irigoyen.)



HOMO, HOMINIS

IX

¿...? ¡Yo que sé!—Frío y caritativo.—Metidito en un rincón.—Los amigos de «Gallito».—«Para aprender á vivir»...—Haz bien.—El hombre de las leyendas.—Ni canta, ni toca, ni baila, ni bebe, ni juega.—¡A casita!—«¡Amor, amor!»...—Una juerga alborotá.—«No cantes más «La Africana».—Gallos y caballos.—El único vicio de «Gallito».—Torero y sólo torero.

—Bueno. Esa es la historia del torero, ó, mejor dicho, unos apuntes para su historia. Pero, ¿cómo es el hombre?

—Pues el hombre, lector mío, es un tipo singular. Mentiría si te dijese que he penetrado en su interior hasta conocerle. *Gallito* es impenetrable. Parece un hombre frío, sin interés por nada y poco afectuoso, y, sin embargo, es tan abierto de manos para socorrer toda lástima que se acerca á él, que lo que salva de los usureros se le va en los pedigüeños, y acaba su mejor temporada, como antes te dije, con sesenta duros, una botonadura de amatistas y brillantes, dos caballos y un coche.

Y los empresarios dándole usía.

Cuando un torero ha tenido una tarde buena, se exhibe por la noche en los teatros y sitios donde

se reúnen los aficionados. *Gallito*, como pueda, escapa de estas exhibiciones, coge un amigo de su confianza ó alguno de su cuadrilla y le dice:

—Vámonos los dos á hablar de toros—. Y escondido en cualquier rincón se pasa la noche charlando de lo único que le agrada.

No es que rehuya los amigos. Tiene un grupo de íntimos, á los que trata con cariño y tiene en mucha estima; da el mejor acogimiento á las amistades que vienen á él, pero no hace nada por aumentar su número, que, sin embargo, crece cada día.

Yo creo que Rafael Gómez es un desengañado. En los días de su desgracia ha podido contrastar la ley de las amistades del artista, enterarse de que el afecto personal, salvo contadísimas excepciones, no entra para nada en ellas, sino la atracción del brillo del triunfo, y como sabe que los partidarios se los han de dar los toros y no los amigos, al revés de otros toreros, que hacen sus mejores faenas fuera de la plaza, *Gallito* guarda su habilidad para cuando está á su gusto frente á los toros. Tres años de soledad y olvido le han enseñado á ser escéptico.

Para aprender á vivir,
no hay nada como morir...
y resucitar después.

Y, sin embargo, del naufragio de sus ilusiones y confianzas, Rafael ha salvado la compasión, el dolor del dolor ajeno. Bien lo saben los de su raza y los que no lo son. Hace el bien sin ostentación; naturalmente, sencillamente. Hasta que no se ve sin dinero, no se entera de lo caro que cuesta ser caritativo. Entonces casi se altera durante unos mi-

nutos, y reniega un poco, aunque sin extremos, de su blandura.

—¡Por vía e...! Ma dejao Fulano sin dinero... ¿Pero qu'iba á jasé, si están muertesitos de hambre en su casa?

O á lo mejor viene un torero á pedirle que «lo saque» en substitución de alguno de sus cuatro banderilleros, imposibilitado momentáneamente de torear, y lo saca y con buenos honorarios.

—No me hace falta, porque ya tengo á diario un hombre de más; pero si está el pobre parado...

¿Te explicas ahora que este hombre acabe la temporada sin dos pesetas?

—¿Y no hay vino, ni juergas, ni tapete verde que pellizquen en ese dinero de *Gallito?* Porque se dice...

—¿Quieres callar? Rafael es el hombre de las leyendas. Ya tú sabes que en las conversaciones de muchas de las gentes que se ocupan de toros, la lógica está de más. Para ellas, los buenos movimientos no existen; todo se ha de explicar por segundas ó terceras causas, absurdas y bajunas, como sus malos pensamientos. Se habla bien ó mal de los toreros ó se les aplaude ó silba por dinero ú otras dádivas; ellos no conciben la admiración y el entusiasmo; los toreros se hacen ricos casi robando; no hay hombres, ni artistas, ni escritores, ni empresas, ni públicos, serios... Acaso los que más hablan así son los mismos toreros. Los celos, las envidias y las competencias profesionales llevan á estos y otros peores extremos.

Las liberalidades de Rafael era mejor explicarlas por malas razones que por las buenas y honrosas que quedan apuntadas, y se le hizo jugador, borracho y juerguista.

—¡Oh, el cante! El cante le trae loco...—Y ni canta, ni toca, ni baila, ni bebe, ni juega, ni se juerguea.

Como un cronómetro, esté donde esté, á las doce en punto de la noche, se levanta, se despide y se va para la camita. Esta del método en las horas de descanso es la única prescripción facultativa que atiende.

Tiene sus aventurillas amorosas, que para eso es joven y brilla y le buscan las mujeres; mas todos los indicios acusan que torea estas corridas con la misma tranquilidad y parsimonia que pone en las faenas que ejecuta á su satisfacción en la plaza... Pero, ¡guarda, Pablo!, que esta es materia de orden vedado, que tampoco debe ser tratada en un libro dedicado á estudiar á un torero, sino de paso y para testimoniar el sexo.

Más seguro parece que todas las frialdades de Rafael se conviertan en calor y pasión al mirar de unos ojos garzos y...

Mas, silencio otra vez.

Dejemos al amor sus glorias ciertas.

Por lo que toca á los naipes, ni la brisca. Le aburren todos los juegos.

Pues en cuanto á beber, yo te diré que los apuntes para este libro se han tomado mano á mano con unos refrescos de limón, porque acá tampoco tenemos garganta para la *bebía*; y te contaré este otro sucedido, para que veas cómo se forjan las leyendas.

Al anochecer de un día de verano, después de un paseo que *Gallito* se dió en coche, completamente solo, por las deliciosas Delicias sevillanas, mandó al cochero hacer rumbo á la famosa venta Eritaña, la del vino alegre y las juergas ruidosas. Rafael se metió en uno de los *apartamentos*, tocó palmas y acudió diligente un camarero.

—¡Ole, Rafael! ¿Vino? ¿cazalla? ¿coñac?

—Un mantecado.

Poco después apareció por allí un ganadero amigo del *Gallo*.

—¡Hombre, Rafael! Vamos á bebernos una botellita de Jerez y á charlar un rato de toros.

—No; ya sabes que yo no bebo.

—Pero si es que te quiero convidar.

—Pues tomaré otro helado.

—Tendrá usted que beber conmigo, señorito —apuntó el camarero.

—Vaya, pues tráete la botella para mí y un helado para el amigo.

Hasta las doce de la noche se estuvieron en la Venta, hablando de toros, *Gallito* y el ganadero. Rafael llegó hasta el tercer mantecado. Y como en Sevilla, lo mismo que en Madrid, se sabe todo lo que se quiere saber, y todo lo que no debe saberse, corrió aquella noche por tertulias y mentideros taurinos, que vienen á ser una sola y misma cosa, la noticia de que Rafael se estaba corriendo una juerga *alborotá* en la Venta.

—Buena nochecita ayer ¿eh?—le decía todo el mundo al día siguiente—. ¿Hasta qué hora?

—Poco; hasta las doce.

—¡Guasón! Serían de esta mañana...

—¡Si no han sonado todavía!...

—¿Y eso qué importa? ¿Y qué tal? ¿Mucha garata?

—Vaya... pues... una cosa regular.

—¿Ves tú? En eso se te va el dinero y luego te asan los enemigos malos. Lo menos te habrás gastado...

—Seis reales.

—¡Guasón! ¡Qué gracia tiene! ¿Habéis visto ustés?... ¡Seis reales!... Con tres ceros detrás, lo menos.

También cuentan que Rafael tiene una afición tan desmedida al cante, que ha habido quien atribuyó á una sesión de guitarra y gorgoritos flamencos la pérdida del tren, que le imposibilitó de llegar á Madrid á tiempo para la corrida del 14 de Mayo, cuya suspensión dió origen al memorable escándalo y casi motín de que fué teatro la plaza de Mosquera.

No hay tal. Yo sé, porque así se lo he oído referir al diputado provincial miembro de la Comisión de la corrida de Beneficencia, que estaba aquellos días en Sevilla, que Rafael perdió el tren porque se descuidó charlando en la Alameda de Hércules con dicho señor diputado y otros señores.

Rafael no es aficionado al cante, ni puede serlo, porque tiene peor oído para las cosas de solfa que un sordo. Desde su más tierna infancia mostró esta buena disposición.

En una de las tientas de don Felipe de Pablo Romero, de que se ha hablado antes, hubo su rato de cante, á cargo del famoso Chacón, que estaba entonces en candelero y era el *cantaor* de moda. Cuando llegó Rafael á su casa, su hermano Fernando, que es quien se pirra por la música flamenca, le pidió noticias del concierto, mientras se desnudaban para acostarse en la misma alcoba donde dormían ambos.

—Canta muy bien—contestó Rafael, despojándose de la chaqueta—. Le han aplaudido la mar. Cantaba una malagueña preciosa... Decía... ¿Cómo era?... ¿Cómo era?... Verás tú—cantando desentonado y sin gracia, ayudándose con una bota que tenía en la mano:

Por mi mare son los llantos...

No, no. No era así. Verás:

EN CHEZ MAXIM



(Fot. Dubois, Sevilla)

"Gallito„ en su gallera, con Retamar

Por mi mare...
Por mi mare...

Tampoco, tampoco, Espera—sentado en la cama y cada vez más desentonado:

Por mi mare...
Por mi mare...

—¡Niño!—saltó el señor Fernando, que oía á los chicos desde su alcoba, inmediata á la de ellos—. ¡Deja ya en paz á la probesita é tu mare y métete con tu pajolero pare!...

No se sabe que Rafael haya vuelto desde entonces á cantar nada: ni flamenco ni ópera.

Dicen también que tiene mucha afición á los gallos. Por lo menos, él tiene una gallera. Los grados de esta afición yo no he podido calcularlos, porque nunca le he oído seguir una conversación sobre este tema. Pero, en fin, parece que le divierten los gallos, y ahí le tienen ustedes en su gallera para probarlo.

Más, me parece que le gustan los caballos. También la caza le agrada cuando se presenta ocasión y un buen monte donde practicarla.

Pero su único vicio, su verdadero vicio, es el tabaco. Un buen cigarro habano es para él la gloria.

—¡Caramba! amigo mío, pues si en su afición á los gallos y á los caballos no pone pasión, y no es juerguista, ni bebedor, ni jugador, ¿quieres decirme á qué le tiene afición esta criatura?

—A los toros, buen hombre; á los toros. Si es que *Gallito* no es más que torero. Le gusta como nada hablar de toros, ir á las tientas y á todas las operaciones ganaderiles, echar sus capotazos, de-

rribar... En una palabra, estudiar bien sus asignaturas.

Cree *Gallito* que el torero no debe tener otra preocupación que su arte, en la plaza y fuera de ella, y dentro y fuera ser torero y sólo torero, y parecerlo además.

Acá, para *inter nos*, te diré, lector amigo, que este libro, del cual le he dado á conocer buena porción para el debido confronte y conformidad, sobre todo en la parte de interviú que sigue á ésta, no le gusta, «porque tiene muchas chirigotas y coplitas, y de toros hay que hablar en serio y no en broma». Sobre todo lo de la malagueña de su niñez que acabo de referir, y que á mí me contó su hermano Fernando, le ha sacadó de sus casillas.

—El torero ha de vestir bien—dice—, pero conforme á su esfera y clase, y no adoptando modas y figurines que no le pintan.

El se hizo un traje casi de señorito, como si dijéramos de medio paso, la primera vez que fué á Méjico, porque le dijeron que allí había que vestir de este modo; pero se miró al espejo cuando ya estaba así trajeado, vió que iba á hacer el paso entero, se desnudó, se puso de corto y salió á la calle al natural.

—¡Y toa la calle paesía suya!—dice aquí Retamar—. ¡Como que en donde está un torero bien vestío!... ¿Pero quierosté callá, cristiano, si jasta en Nueva Yó yamó éste la atensión? ¡Mira tú en Nueva Yó!... Pues en Nueva Yó... ¡Le miraban aquellas gachís!... En inglés, naturalmente; pero paesía español, según lo bien que se las entendía. ¡Si donde va un torero que sabe serlo es el amo!

Gallito es eso: torero. Es inútil buscar en él otra cosa; el torero absorbe al hombre. Esto explica muchas de sus acciones. Torero y sólo torero, y

por encima de todo, torero, sin deseo de parecer otra cosa.

Con agregar que es en su trato modesto, afable, prudente, atento y simpático, está dicho cuanto hay que contar de su persona.

LA "IMPERIO" Y "GALLITO"

(ELLA CUENTA SUS AMORES)

X

Pastora, Benavente y los Quintero.—«La patria chica».—Cinematógrafo.—Benlliure, el marajah, el obispo y el mono.—El escopetazo.—Mientras sirve de modelo.—Tres mil duros por una «pose».—«A la Habana vino un barco»...—«Gallito» y la tiple. Achares.—La «Imperio» quiere ser monja.—«Guerrita» profeta.—¡Este gallo que no canta!...—¡¡Al fin!!—La duda.—En marcha hacia la felicidad.

En prensa este libro, nos sorprende una mañana el telégrafo anunciando la desaparición de Sevilla de la hermosa Pastora «Imperio» al mismo tiempo que la de *Gallito*.

¿Un rapto? ¿Una fuga? Sí; una fuga. Pastora «Imperio», la gentil bailadora á quien ni amor, ni oro, pudieron jamás vencer; la que llamaban en todas partes «La Imposible», había rendido al fin su corazon al amor de un torero y huído con éste como medio de vencer las resistencias que se oponían á su felicidad.

En este libro reporteril en que se da noticia de la vida y persona del gran torero, no puede, no debe faltar el relato cabal y verídico de la historia de estos amores, que durante unos días han tenido—tienen aún cuando se escriben estas líneas—intri-

gado á todo el país ocioso y se han referido en la prensa extranjera como una página viva de la España pintoresca que sueñan los escritores y los burgueses románticos de los Pirineos para allá.

¿Y quién mejor que la graciosa protagonista de la historia podía contarla? Rafael, que no comprende que tenga interés para el público la persona del artista, y quisiera que en este libro se hablase solamente de toros y del arte del torero, se ha opuesto; pero más en la realidad que Rafael, Pastora Rojas, que este es el apellido de la que será la esposa de *Gallito* cuando salgan á luz estas páginas, la ha referido toda.

La «Imperio» no se contenta con ser una mujer bonita; es además, y todavía más, una mujer inteligente y discreta. Los viajes la han afinado y, sin desnaturalizarla, han dado cierta espiritualidad á su gracia andaluza. Tiene el arte de la conversación, y sus palabras, animadas, pintorescas y expresivas, dan color de vida al relato de sus amores, que cuenta con una espontaneidad é ingenuidad encantadoras.

—¡Qué admirables interviús debe usted haber hecho por esos mundos!—le dice el periodista.

—Algo sé de tocar los palillos—contesta con cierta vanidad—. A mí me ha llamado Benavente para hacerme hablar, porque los Quintero le dijeron que valía la pena de oirme... Son amigos míos. Yo soy la Pastora de *La patria chica*, claro que sin el inglés ni todas las demás historias; soy la persona, vamos, como el pintor es Zuloaga y Españita... Bueno, no hay para qué meter más gente en este cuento.

Y así, mezclado á la novelesca historia de sus amores, referida entre lágrimas y risas, va desarrollando un interesante y rápido desfile cinematográ-

fico, en el que forman con Mariano Benlliure, á quien sirvió de modelo para unos ángeles, el marajah de Kapurtala «con sus dientes como platos»; la «Gardenia», Romero de Torres—que acaba de enviar á Roma un precioso cuadro al que da vida Pastora—y Villegas—que también pidió á la «Imperio» unas horas de quietud para componer unos cuadros. «Doce mil duros le dieron por ellos en Bruselas y D. José me regaló tres mil.»—René Luí, el empresario de la Gran Opera de París y el tití *Machaquito*, el minúsculo monito de Pastora; *Guerrita* y el obispo de Oviedo, los periodistas mejicanos y habaneros y qué sé yo quién más; gente de acá y gente de allá; medio mundo de este mundo y del otro, donde se alzan la Habana y Méjico.

La novela de su corazón empezó en Valencia, en ese divino Valencia del cielo, las flores y las mujeres, que tanto papel desempeña en la historia de *Gallito*.

—Yo—cuenta Pastora—estaba bailando, hace siete años, en el teatro de Apolo de aquella ciudad. Todavía era una chiquilla que bailaba vestida de hombre, con traje corto. Una noche entraron en el teatro este malage, Fuentes y *Bombita*. ¡Me acuerdo más bien! Este llevaba un traje corto de hilo crudo. Yo, al verle, sentí así como una alegría, y sin poderme contener, le dije á mi mamá: «Mira, mamá, qué torero más bonito.»

—¿Se hablaron ustedes entonces?

—Ni palabra... Pero yo me quedé ya presa. Era mi sino. Yo no le había dicho nunca á nadie mis sentimientos, ni yo misma los había descubierto todavía, y ya todos, viéndome resistir las declaraciones y los ofrecimientos, anunciaban: «Con esa no se puede. Esa se tiene que casar con un torero de su clase.»

Poco después me fuí á trabajar al teatro Pizarro, y él fué allí una noche, entró en el escenario y se puso á hablar con una chicuela más desaboría... ¡y chata! ¡Uf! Yo, de rabia que me dió, sin saber por qué, me encerré en mi cuarto y no quise salir mientras este hombre estuvo en el teatro.

Luego nos volvimos á tropezar por ahí varias veces. Yo, cada vez más chalaíta, chalaíta, y este reservón como si no. No había quien le sacara una palabra de la boca.

Iba yo entonces mucho á los estudios de Benlliure y Villegas, que me habían pedido que les sirviese de modelo para algunas obras. Mientras trabajaban solían charlar de toros. Los dos hablaban con mucho entusiasmo del padre de Rafael... pero cuando lo hacían del hijo, le ponían bueno. Y yo, así que oía hablar mal de éste, empezaba á moverme y no me podía estar quieta.

—Pero, muchacha, ¿tienes jormiguillo?—me preguntaban.

Lo que yo tenía metido dentro era el querer y no podía oir que me maltrataran á mi *Gallo*. ¡Bueno! ¿mío?... Yo no sabía si era mío; más bien creía que no; pero tenía allá, en el último rinconcito de mi pensamiento, una lucecita que alumbraba mis esperanzas. Tenía que ser mío, ¡ea!... ¡Digo! Ya se ve.

—¿Tardó mucho en decírselo á usted?

—¿Qué? ¡Si todavía no me lo ha dicho! Pero lo sé.

—Las mujeres—tercia aquí una amiga de Pastora que asiste á la conversación—no necesitamos que nos cuenten esas cosas para saberlas.

—Por aquel entonces, hará cuatro años—continúa la «Imperio»—, se me ofreció una buena contrata para América. Yo ganaba muy buenos sueldos en España: 20 ó 25 duros diarios, lo que no le dan á ninguna tiple. Tenía para vivir bien; pero

nada más. En España, para tener lujo y alhajas y ahorros hay que ser mala, y yo no he querido serlo nunca. Ninguna mujer de mi nacimiento lo es. Acepté el contrato de América y «para allá» me fuí con mi madre, que nunca se ha separado de mí, mientras he trabajado en el teatro.

Debuté en la Habana, con un éxito loco—déjeme usted que me dé bombo— y con cien duros diarios de los de acá, de sueldo, y mi buen beneficio. Una mañana vino mi madre á mi cuarto á decirme que habían desembarcado unos toreros. A la Habana vino un barco cargado de... maletas. Por la tarde estaba yo durmiendo la siesta y volvió á avisarme que estaba allí el hijo de Gabriela.

—¡Pues que se muera!—contesté yo. ¡Le tenía más rabia! Para darle achares, no quise salir... pero le estuve viendo por el ojo de la cerradura. En seguida se fué á Méjico y no volvió á despedirse.

Al mes siguiente debutaba Pastora «Imperio» en el teatro Principal, de Méjico. La primera noche fué este buen señor á saludarnos y á mí se me metió más en la cabeza. Yo le vi entonces decidido; esperaba que de un día á otro iba á romper y, de pronto, se me enamora de la tiple de la compañía. Mientras ella estaba en escena, él se la comía con los ojos; cuando salía yo á trabajar, el muy... se levantaba y se iba del palco...

—No ponga usted eso—salta aquí Rafael.

—Sí, señor; póngalo usted. Usted, ahora, no tiene que atender más que á lo que yo le diga, que soy su colaboradora. Los demás están aquí de espectadores. Sigo. Los que se habían enterado de mi guilladura me tenían lástima. Yo creía que eran achares; pero la procesión iba por dentro; todos los pasos de la Semana Santa, con nazarenos y soldados romanos, me andaban á mí bailando por la cabeza.

La novia de éste se había hecho muy amiga mía y yo de ella, para estar más al tanto de lo que pasaba. Ella tenía muchos enamorados que la escribían cartas, que venía á leer á mi cuarto, y rompía luego en pedacitos, que tiraba debajo de la mesa. Yo, así que se iba, los cogía, y luego, con alfileres y con una paciencia de cartujo, los iba reuniendo hasta poder leer la misiva. Yo esperaba encontrar alguna carta de este asesino; pero, ó no la escribió ninguna, ó no las quiso leer en mi cuarto.

La cosa se puso tan seria, que cuando yo me vine para España creí que era un hecho la boda de Rafael y la muerte de mis ilusiones. Aquí todos sus amigos y parientes dieron por seguro el matrimonio. Y yo, tanto lo oí afirmar, que le dije á una persona de su familia:

—Yo he ganado lo bastante para dejar bien á mis padres. A mí me gusta Rafael, y si se casa con otra, me meto en un convento.

Pero no se casó. En cuanto salí yo de Méjico—luego lo supe—aquello cayó en un pozo. «Eran achares»—me dije entonces con certeza—. Y esperé á que rompiese á hablar... ¡Ay, Dios, y qué torpe de lengua es el señor! Mucha miradita, mucho azúcar en la conversación; pero, de lo otro, nada.

Hace unos meses fuí á trabajar á Córdoba. Allí tuve, como en todas partes—siga el bombo—, mucho éxito. Yo había sacado una copla, que me hacían cantar todas las noches:

Aquí nació el gran *Guerrita*,
er *Manene* y *Torerito*,
er malograo der *Bebe*
y er valiente *Machaquito*.

Y una tarde que entramos en el Club Guerrita,

Rafael, para corresponder á mi recuerdo, le dijo á un pollo que me estaba galanteando:

—Vamos, déjala ya. Que esa muchacha no se ha hecho para ti, sino para ser la mujer de un gran torero como *Machaquito* ó *Gallito.*

—Tu boca sea de profeta—me dije yo—. *Machaquito* no es pa mí, y tiene que serlo *Gallito.* Y mire usted: al día siguiente recibo una carta de Sevilla anunciándome que en casa de éste iba á haber una fiesta y que me esperaban para celebrarla.

—¿Y allí?...

—¡Nada, todavía! ¡Uf, qué guasa! Conversación y coplas.

—Usted le cantaría alguna al *Gallo.*

—Yo, á Rafael, le cantaba en el teatro una que también la había *sacado* yo.

—¿Cómo era?

—Así:

Ar *Gallo* no hay quien le iguale
en capote ni en muleta.
¡Cuarquiera le quita ar *Gallo*
la cresta que tiene puesta!

¿Qué tal?

—Bécquer. Pero ¿usted ha visto torear á Rafael?

—¡Ay, no; por Dios! Nunca.

—Adelante.

—Pues adelante fué, que, como yo quiero mucho á su familia y me son muy simpáticas sus hermanas, iba, desde entonces, todas las tardes á casa de Rafael á visitarlas... Bueno, y á ver á este señorito... ¡Ay! Dos meses de fatigas y el señorito nada. Al fin. ¡¡Al fin!! el día 7 de Febrero me escribió una carta!

—¿Una carta? ¿Rafael ha escrito una carta? ¡Qué cosas se ven! ¿Qué la decía á usted?

—No ha sío eso de «Señorita, er amor me mata», ni cosa así, porque eso no es lo mío. Rafael no me decía más que quería verme.

—Y aquella noche, en la reja...

—Déjese usted de poesías. No hubo rejas. Nos hablamos en su casa. Cuatro palabras: «¿Tú me quieres?»—me preguntó él, así, de sopetón... Y yo, ¿qué le iba á decir, si se me estaba saliendo el cariño por los ojos?—«¿Tú eres capaz de venirte conmigo á Madrid?»—me volvió á preguntar. En un momento pensé más que en diez años. Le miré á los ojos y le contesté:—«¡Sí!» porque yo tenía confianza...

—¿En él?

—No señor. En mí, en mí—enérgicamente, expresivamente.

Yo vi claro. Rafael tiene muchos enemigos; yo, también. ¿Qué artista, que valga algo, está sin ellos? Dios sabe lo que en los oídos de Rafael hubiese podido vomitar la envidia. Había algo, que yo comprendí claramente, que se oponía á nuestra felicidad. Rafael es un hombre muy corrido, que sabe lo suyo. Un poco raro, muy callado, que no le gustan las tirillas, las conversaciones finas, ni las comidas de los hoteles; que tiene las costumbres de los toreros antiguos: el puro, las camisas flojas y al toro, y, sobre todo eso, es muy bueno y muy celoso de su dignidad, como deben ser los hombres.

Yo he sido una artista muy festejada y muy solicitada. He ganado honradamente mucho dinero, y tengo un saco así de brillantes, porque siempre he cobrado magníficos sueldos. He tenido mucha suerte, porque como he sido siempre honrada y muy buena para mis padres, Dios me ha abierto todas las puertas. Todo el mundo sabe quién soy yo, porque yo siempre he vivido entre cristales... ¿Pero no podía la envidia y la malquerencia destruir mi felicidad?

¿Iba yo, que había estado tantos años suspirando por ella, á perderla dejándome vencer por los enemigos malos? ¿Qué mujer enamorada, firme y segura de sí, no hubiese hecho, en mi caso, lo que yo? Yo he dado este paso conscientemente, con un dolor muy grande de mi corazón, porque me dejaba á mi padre, á mi pobre padre de mi alma, paralítico en la cama—Pastora rompe á llorar—; pero yo no tenía valor para volver la espalda á la dicha; yo sabía que mi pobrecito viejo me perdonaría al fin; pensé muchas cosas más, y firme y decidida, volví á contestar «¡Sí!» cuando Rafael repitió su pregunta.

—Mañana, á las cinco, te espero detrás de mi casa con un coche. Salimos para el Empalme y tomamos allí el expreso para Madrid.

—Mañana, á las cinco, vamos á donde tú quieras; á donde haya que ir para que tú seas mi marido y yo tu mujer.

Cuanto más lo medité durante aquella noche y la mañana siguiente, más me afirmé en mi resolución. Pensé en salir temprano de mi casa. Estaba intranquila, no sabía lo que me pasaba; pero, después de comer, me llamó mi padre:

—Ven. No salgas. Léeme un rato un libro—. No sé qué libro era, ni lo que leí. Sin mirarlas, veía yo marchar las manecillas del reloj, que, á veces, se me antojaban caminando lentamente, siglos por minutos, y otras con asustadora rapidez. De vez en cuando daba la campana una hora y el corazón se me saltaba. Las tres, las cuatro, las cuatro y media...

A las cinco menos cuarto me levanté, fingiendo tranquilidad. Pretexté que me esperaban en casa de Gabriela. Besé á mi padre. El alma se me salía por la boca, y tuve que hacer un esfuerzo para no denunciarme. Llamé á la criada y salí. A pocos pasos de mi casa me encontré con una persona respetable

de nuestra amistad. ¿Le habían dicho algo? No podía ser, porque sólo nosotros lo sabíamos; pero, sin duda, sospechaba alguna cosa, porque me estuvo dando consejos: «Pastora, hija, ten mucho cuidado. Tú has tenido siempre muy buena fama. No la eches á perder en un mal momento.»

Cuando me separé de él y volví la cabeza y miré mi casa estuve por volverme atrás; pero en seguida pensé: «Si no voy, es peor; Rafael no creerá en mí y creerá...» Y fuí. En la cancela de su casa despedí á la criada.

—Señorita, ¿por dónde voy para la plaza de San Francisco?—me preguntó.

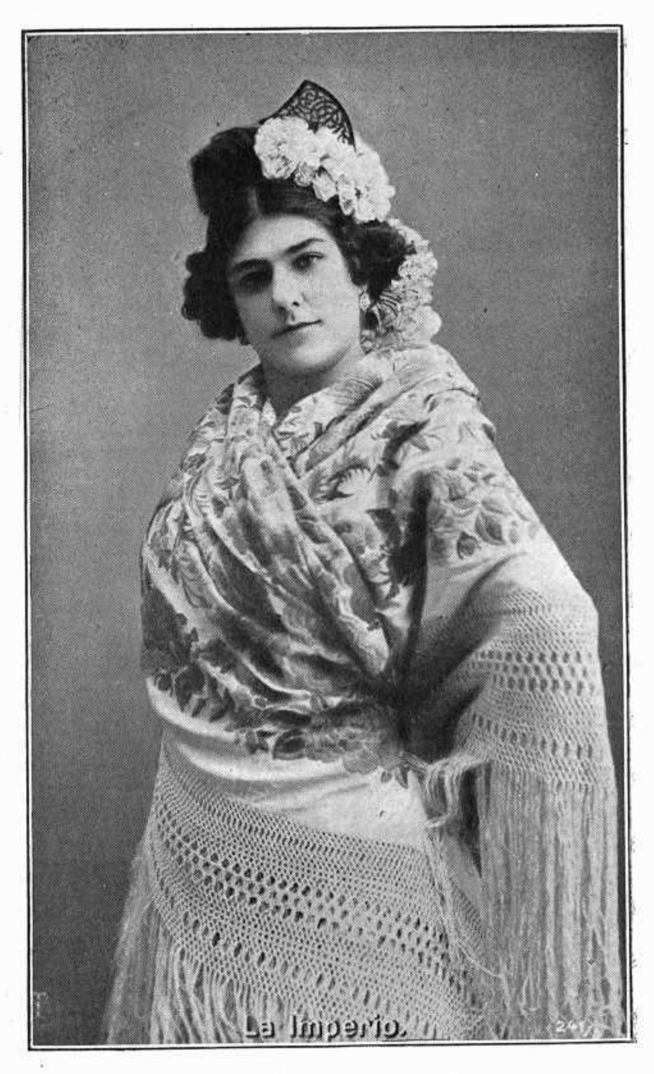
Era nuestro camino; se iba á descubrir todo si nos veía. La dí las señas equivocadas; la envié para la Macarena, y cuando desapareció, salí en busca de Rafael.

Allí estaba esperándome, metido en el coche, desde las tres de la tarde. Con nosotros vino un pariente suyo. Echamos á andar. No hablamos nada. Poco antes de llegar al Empalme despedimos el coche para no dar que sospechar, y nos fuímos andando. Yo iba envuelta en el boa, tapándome la cara por miedo á ser conocida. ¡En el campo y á la luz de la luna! Rafael iba disfrazado: de gabán y gorrilla.

—Quítate el boa—me dijo—. Vas á coger una sofocación. ¿Quién nos va á ver aquí?

Pero no hice más que desembozarme y ¡zás!, tres jinetes. Uno de ellos el *Algabeño*. José, al vernos, se sorprendió y paró la jaca de un tirón; pero, en seguida se repuso y, prudentemente, sin decir palabra, echó á andar.

No quisimos esperar el tren en la estación y nos metimos en casa del guarda del encerradero del Empalme. Rafael mandó hacer café. Yo no pude



PASTORA IMPERIO

tomarlo. No me atrevía á mirar á nadie. Mire usted qué cosa: no veía más que la corbata del pariente de Rafael, una corbata colorada rabiosa que me crispaba los nervios. Le llamé aparte y le dije: «Quítese usted esa corbata de alegría, que no pega en este momento, y tírela.» Y me eché á llorar, escondiéndome de Rafael, pensando en mis padres, en mi acción, en mis ilusiones, en mi amor...

¿He sido valiente? ¿He sido cobarde?

Yo sólo sé que quiero ser feliz.

Quien no sepa lo que es querer con fatigas, que se abstenga de juzgarme.

Han dicho que yo saqué de mi casa mis alhajas. No es verdad. Salí con lo puesto. Sólo me traje estos pendientes de brillantes y este medallón, que llevo siempre conmigo, porque si me los quito hubiese dado que sospechar.

....

Rafael y Pastora se han casado ya.

Y yo quiero repetir aquí las palabras sacramentales de final de historia que escribí en otro lugar hace dos días, para que sean colocadas por remate de este capítulo en la milésima edición de este libro, que deseo que sean para ellos bendición de perpetuas venturas:

«Se casaron, vivieron muy felices y tuvieron muchos hijos, y... uno de éstos, más juncal que su madre, fué mejor torero que su padre, que su abuelo y que *Guerrita*.»

"GALLITO", CRÍTICO

(INTERVIÚ CON RAFAEL)

PASEO, PRIMER TERCIO Y BANDERILLAS

XI

Cómo entiende «Gallito» el toreo.—Las novedades de «Bombita».—«Gallito» no conoce á Julio Verne. De política, ná. De literatura, ná. De música, ná.—La ciencia de «Gallito».—Rafael no es exclusivista. El arte de la lidia es cosa circunstancial.—La inspiración.—El capote y la muleta.—En la lidia manda el toro.—La suerte de varas.—Los picadores.—¿Qué hacemos con las banderillas?—«Bombita» opina y «Gallo» le contradice.—Banderilleros y peones.—La familia.—La presidencia.

Ahora es *Gallito* quien va á hablar. ¿Cómo entiende Rafael el toreo? ¿Qué juicio le merecen los demás toreros? ¿Está bien el toreo como se halla ó necesita innovaciones: supresión de unas suertes, como la de banderillas, á que se inclina *Bombita*, aunque sin atreverse á decir que del todo; ó ascenso del apéndice del descabello á suerte principal y á la categoría del volapié ó la estocada recibiendo, como también quiere Ricardo?

De todo el trabajo preparatorio de este libro, el de este capítulo ha sido el más agradable y entretenido. *Gallito* habla admirablemente de toros; es, quizá, el torero que mejor lo hace, aunque por explicables razones de modestia y discreción se

haya negado resueltamente ahora á subirse al púlpito y poner cátedra y se encierre en una «prudente reserva», muy parecida á la que usan los políticos, que son toreros de otro ruedo, en las ocasiones solemnes. No ha querido decir *Gallito* en ésta todo lo que sabe. Es de sentirlo; pero con lo que ha hablado hay, sin embargo, bastante para leer y comentar. Por otra parte, él comprende que este libro de entretenimiento no es un tratado de tauromaquia, y como esta materia del arte y manera de torear no es para expuesta en breves líneas, y por incidencia, se ha limitado á decir lo que en su buen sentido—que lo tiene y mucho, aunque muchas veces no sepa utilizarlo en su favor—cree necesario. Y ha dicho bastante.

Gallito, hombre apasionado por el arte del toreo y sin más saber que éste, cuando habla de toros se convierte en un conversador amenísimo é interesante, á quien no se cansa uno de oir. No le habléis de ninguna otra cosa, de arte, de literatura, de música... El es torero, sólo torero, y os confesará que no entiende una palabra de nada de eso... ni quiere tampoco dárselas de entendido ni aun de aficionado. En literatura no ha llegado ni á Julio Verne, el deleitador de nuestros últimos años infantiles. Ahí tienen los bombistas una superioridad de su ídolo con que aplastar á este infeliz.

—Yo sólo leo la Prensa—dice Rafael—; pero no la sección de política, ¿eh?—como si creyese ofensivo que se le supusiera con tan mal gusto—. Sólo leo los toros y algunas veces los sucesos. De música ná. He oído á Caruso en Nueva York, y en Barcelona á Battistini, pero como si no. Del teatro, me gustan las piececitas con música y las de risa; los dramas, no.

El cree que el torero debe preocuparse sólo de

su arte; torear en cuantas ocasiones se presenten y hablar siempre de toros. Cuando no tiene con quién hacerlo, se encierra en su casa con su madre, que no los puede ver, y se pasa las horas muertas monologando con ella de su afición.

Es de lo único que sabe Rafael; pero, ¡eche usted ciencia! Yo siento no acertar á traducir aquí todo lo que con un expresivo lenguaje de palabras, símiles y gestos me ha dicho *Gallito* sobre este tema. Cuando yo le he preguntado opiniones y le he pedido juicios sobre los toreros de ahora, Rafael no ha vacilado en formularlos claros y sinceros. Por lo menos, no es hipócrita ni exclusivista. Para vivir él, no juzga necesario borrar á los demás. En el mundo hay muchas plazas de toros, y en ellas caben todos los que tienen algo dentro y lo saben poner en el escaparate cuando llega el caso. Celebrada esta interviú poco después de publicado el libro de *Bombita*, era natural que yo le preguntase al *Gallo* su opinión sobre algunas de las novedades con que á estas alturas se nos ha venido el revolucionario Ricardo Torres. Rafael ha contestado con palabras expresivas, lapidarias, que más adelante leerá el que tenga paciencia para llegar hasta allí.

Lo que no quiere hacer *Gallito*, á lo que se niega con toda su fuerza de resistencia, que es muy grande, porque es la única que tiene, es á dictar reglas generales sobre el arte de la lidia. Y tiene razón. El toreo es una cosa circunstancial, y el torero tiene que ser necesariamente oportunista. En los toros, como en el tresillo, no hay dos jugadas iguales. ¿Quién es capaz de hacer una acertada y completa clasificación de las condiciones de los toros, si, aun cuando éstas pudieran someterse á un régimen de encasillado, habría que sumar luego á los factores internos—de intención, que decimos los penalistas—

las aptitudes externas del toro, y á estas disposiciones, las psíquicas y las físicas del torero, que, al combinarse en un momento dado, varían hasta lo infinito las circunstancias de la lidia?

No hay más reglas generales para el juego de reses bravas que la media docena de todo el mundo conocidas, que no es cosa de repetir aquí sin grave ofensa de la pequeña ciencia del más reciente de los aficionados á toros. *Gallito*, pues, hace muy bien en no querer presentarse como definidor.

Es preferible decir poco y decirlo bien, como él lo hace.

—¿Hablar de mi toreo? ¿No le parece á usted que lo dejemos para luego, dentro de diez años ó doce, cuando yo me haya retirado? Yo creo que hasta entonces no debe hablar uno de estas cosas, ni puede hacerlo, porque continuamente está aprendiendo é inventando. Haciéndose, vamos. Hasta que llega un día que no tiene nada que saber ni que inventar, y se va á su casa. Ahora me parece que no tengo autoridad para hablar de mi arte.

¿Mi toreo? Pero si yo mismo no me doy completamente cuenta de cómo es. Unas veces toreo mejor que otras, con mayor ó menor distinción, según como anda uno de voluntad. Esta es todo. El toreo es un arte en que para estar bien tiene uno que estar inspirado. Es una cosa que se siente y se hace, pero que no la sabe uno explicar. Si á mí me preguntasen, cuando cojo el capote y marcho al toro, lo que voy á hacer, no sabría contestar. Lo que me salga, lo que me dicte la inspiración en el momento. ¿Estoy inspirado? Lo hago bien. ¿No? Pues no.

Yo le tengo más afición que á nada á torear de capa, porque es lo que hago con más facilidad. Es para mí lo más sencillo, y es natural que sea á lo

que más me aficione. Con el capote voy más tranquilo á los toros que con la muleta. Yo no recuerdo que me haya cogido ningún toro con la capa en la mano. El año pasado me caí delante de uno en Madrid, y ya vió usted cómo en el suelo me libré de la cornada, haciéndome yo mismo el quite con el capote.

—¿Qué es lo que más le gusta á usted hacer con él?—pregunta la minuciosidad reporteril.

—Todo. No tengo lances preferidos. Hago lo que se me viene á la imaginación ó á la memoria, según piden las circunstancias. En la lidia manda el toro; el torero debe hacerse rápidamente cargo de cuál es la que necesita, y darle en seguida la que pide.

Yo me abstengo de preguntarle sobre cosas del *Catón* y el *Fleury* taurinos, como aquello de cuáles toros deben torearse, en qué terreno y de qué modo, etc., para no agraviar á los lectores, al torero y á mí mismo, y dejo al lidiador que hable lo que quiera, siguiendo el orden natural de los tercios de la lidia.

—¿Qué voy á decirle á usted de nuevo de la suerte de varas, que no sepa? ¿Que es importantísima y que es una lástima que el público no la conceda toda la atención que merece? ¿Que los toros se ahorman con los picadores y nada más que con los picadores, y el papel del torero durante esta suerte debe ser el de un mero ayudante del picador?... Librar y ayudar; esa es su obligación. Al toro que se deje picar debe toreársele lo menos posible, y á punta de capote...

Ahora que una cosa es la que se debe hacer y otra la que obligan á ejecutar las exigencias de los públicos, que están por ese modernismo que ahora se estila en este tercio. Hoy se lleva la suerte de

varas de una manera completamente distinta de como se hacía antiguamente, y en especial durante los años 1881 á 87.

La lidia que se daba entonces á los toros en el primer tercio era una lidia corta. Hoy se alarga más con los floreos, que tanto entusiasman á grandísima parte del público, y los capotazos que tienen que darse después para colocar de nuevo á los toros en suerte, y llegan éstos al último tercio quedados y sin bravura. De cada mil llega uno bueno al trance final, por causa de este sistema de lidiar, del que no puede culpársenos exclusivamente á los toreros, sino á la moda que se impone hasta en los toros.

—Y de eso de las puyas ¿qué?

Gallito se descubre; intenta taparse la calva con los pelos de la trenza; escupe; enciende un cigarro, y al fin contesta:

—¿Quiere usted que hablemos de otra cosa? Esta de las puyas es una cuestión muy difícil; hay muchas voluntades encontradas, y como yo no quiero perjudicar con lo que diga á toreros ni á ganaderos, prefiero callar. Pregúnteme usted de todo lo que quiera, y le contestaré; pero de esto... A otra cosa.

—Bien. ¿Eso del peón á la derecha...?

—¡Hombre! Dentro del toreo hay á lo mejor algunas conveniencias...

—Comprendido. ¿Cómo deben de ser los picadores?

—¿El picador ideal? Torero á caballo; su nombre lo está diciendo. Que sepa andar á caballo, ir á los toros, doblar la cintura con el palo sobre los bichos, medir el castigo. Que sea un artista, vamos.

—¿Cuál es el mejor de los que hoy tenemos?

—*Zurito* es un gran picador; uno de los mejores

que ha habido. *Agujetas* también. Hay varios picadores muy buenos, cada uno con su estilo, como los toreros. *Arriero*, *Salsoso*, Manuel Carriles y otros que ahora no recuerdo son de esos. Moreno es un picador serio, sin elegancia á caballo, pero seco y continuo. El *Chano* es superiorísimo. Hay otros también buenos.

—¿Los quites?

—Los quites deben acomodarse á lo necesario; á las exigencias de momento y nada más. Ya lo dije antes. En materia de toros, Pero Grullo es el mejor teorizante. Aburrir á los bichos á capotazos; llevárselos á los medios sin necesidad, para que luego los capotes vuelvan de nuevo á marearlos para reintegrarlos á su sitio; todo eso que se hace con los toros, buscando aplausos, se debería reducir á la mitad de la mitad, y aun menos. Lo preciso y nada más. A ser posible, que no lo es siempre, librar y dejar en suerte.

—Bueno. Pasemos á otro tercio. Mas, antes de sacar el pañuelo para hacer la señal, dígame usted lo que hacemos con la suerte de banderillas. ¿La suprimimos, como quiere nuestro amigo Ricardo Torres, ó la mantenemos en toda la integridad y extensión de sus derechos y haberes?

—La suerte de banderillas ha sido suerte toda la vida. Las suertes que hay en el toreo son cuatro: torear, picar, banderillear y matar. Las que no están consideradas como tales ni lo han sido nunca son el cachete y el descabello. No se debe suprimir ninguna suerte. Hay que estar á las duras y á las maduras, y el torero que gana de cinco mil pesetas para arriba, tiene, con mayor motivo, que aguantarse cuando un toro se pone malo porque lo banderillean mal. No hay que suprimir nada en el toreo, ni siquiera el descabello y la puntilla, que no

son suertes, sino una sílaba más que se le ha añadido, un recurso, como el golletazo ó la estocada á la media vuelta.

Querer abolir la suerte de banderillas y reducir á tres las de la lidia, cuando siempre han sido cuatro, es querer hurtarle algo al toreo. ¡Suprimir la suerte de banderillas! Con igual fundamento se puede pedir la supresión de la de matar.

Advierto al lector que yo me limito á copiar, sin ponerles más aliño que el de la literal traducción al castellano, las palabras de Rafael, con la satisfacción consiguiente á quien ve confirmada su opinión por la de profesor de tanta autoridad.

El *Gallo* es tradicionalista, como lo somos la inmensa mayoría de los aficionados, los que no nos dejamos embaucar por los prediques de estos revolucionarios á la moderna, que siempre llevan preparadita su sardina en espera de ocasión, que no desperdician, para arrimarla á cuantas fogaratas van encontrando.

Volvamos á las banderillas. A *Gallito* le parece bien esta suerte tal como hoy se practica. Es muy bonita, y, precisamente por esto, no se explica que se pida su desaparición.

—Hay una porción de maneras de parear preciosas—sigue diciendo—. A mí me gusta más que ninguna el cambio, bien hecho, y luego el cuarteo, que tiene también mucho mérito.

—¿Cuáles son los mejores banderilleros para usted?

—Para mí sólo hay un hombre en banderillas, *Blanquito*. Es al que mejor he visto parear al cuarteo. Reconozco que hay otros muy buenos; pero *Blanquito* es el que me ha llenado más.

Hay otros que, además de buenos banderilleros, lo son también peones de brega. Mi hermano Fer-



"Gallito„ en el patio de su casa, en Sevilla
(Fot. Dubois, Sevilla.)

nando se ha hecho un buen bregador. Como torero, me gusta Enrique Alvarez una enormidad; es magnífico. Patatero también me gusta mucho, así como el *Barquero*. Estos son la flor y nata. *Cantimplas*, Blanquet, *Recalcao*, *Morenito de Valencia*, *Posturas* y *Pinturas* les van cerca, y dentro de dos ó tres años serán también de primera.

—Muy bien. ¿De modo que usted no cree necesaria ninguna innovación en la lidia?

—En materia de innovaciones, sólo soy partidario de una, que hace años hice pública. Yo creo que el presidente de las corridas no debe ser quien decrete el cambio de suerte, sino el espada que ha de matar el toro que se esté lidiando. Ni los toreros ni la lidia deben de estar á merced de la presidencia.

—A otro tercio.

—Espere usted, criatura, que es mucha cuesta para subirla seguida. Déjeme descansar un momento mientras los peones capotean al toro para fastidiar al matador.

EL ÚLTIMO TERCIO

XII

Las cosas que se le censuran á «Gallito».—Dónde han de hacerse las suertes.—«Eso de las espantás»...—La cara y las piernas.—Apagao.—Lo que llama «Bombita» cargar la suerte.—Toreo de piernas y toreo de brazos.—Una lección de «Guerrita». — El secreto para torear. — La muleta. — La suerte de matar.—El descabello.—«Bombita» dice que sí, «Gallito» dice que no.—Una frase contundente.—¡Niño, llégate á la enfermería!

—Aquí le espero á usted.

—¿Usted solo?

—Matando, amigo mío, es donde se le discute á usted más; se le censuran muchas cosas: su falta de decisión al herir, su desigualdad en las faenas, su afán de torear en los tercios y sus huídas. Sobre todo sus huídas. En un libro de verdades y de sinceridad, como éste, hay que decirlo todo y explicarlo todo; lo favorable y lo adverso.

—Todo se dirá como es.

—Pues venga de ahí. Empecemos por el principio. Se le ha censurado á usted mucho por torear en los tercios, y cuando, como en aquel toro colorado de Olea, tan hermosamente trasteado por usted

aquí en Madrid, á principios de esta temporada de 1910, no ha habido otro pero que poner á la faena torera, se le ha señalado esta tacha.

—Muy mal puesta, señor. El sitio de practicar todas las suertes es los tercios. Para torear de capa debe colocarse el torero en los tercios; para picar, en los tercios; para banderillear, en los tercios, y en los tercios para muletear y matar. Por excepción, se debe torear en los medios ó en las tablas á los toros que allí se emplacen ó acojan y no quieran salir, y únicamente á éstos. Fuera de tales casos, debe el torero torear siempre en los tercios, que es, vuelvo á repetirlo, el lugar donde han de ejecutarse todas las suertes.

—Suficientemente explicado. Vamos ahora con las huídas.

—Verá usted. Eso de las *espantás* es *mieo*. Las cosas por su nombre. *Mieo*. ¿Me quiere usted más sincero? Cuando se pierde la cara á los toros, ya sabe uno á donde va á ir, y como yo no quiero que me manden al tendido sin billete... En la suerte de matar, yo pierdo muchas veces la cara á los toros, porque es la suerte que menos hecha tengo, la que me cuesta más trabajo, y como no quiero volar, antes que hacer de pájaro á la fuerza, me meto en el callejón... Si algún día logro dominar esta suerte, verá usted cómo se acabaron las *espantás*... Pero es la que más dificultad me ofrece, por mi corta estatura... Y luego que yo no tengo cartel de matador de toros. Crea usted que todo es eso. Otros toreros, como no le pierden la cara á los toros, se pueden quedar; pero yo, no, y como no soy ningún lila y sé lo que me va á pasar si me quedo allí esperando la convidá...

—Bueno; eso es matando. ¿Y al pasar de muleta?

—Muleteando, pocas veces me sucede. Unicamen-

te cuando un toro me achucha y no me deja reponerme, como no tengo piernas...

Aquí tercian unos amigos del *Gallo*.

—Ponga usted que el mismo torero de las *espantás*, inmediatamente después de una de ellas vuelve al toro y se arrima como el que más. De manera que...

—Consignado, y adelante.

—¿Qué más quisiera uno—sigue diciendo *Gallito*—que estar bien todas las tardes? Pero torero que torea mucho, tiene que estar bien y mal.

—A ti lo que te sucede—interviene otro amigo de Rafael—es que te descorazonas en cuanto aplauden al que va delante y crees que ya no quedan palmas para ti.

—No, señor. A mí el único que me descorazona es el toro. Me sale uno que hace cosas que no me gustan, y como no me embista como yo quiera, estoy mal, me desconfío, huyo y hago cosas feas. Del vértigo que me da cuando, después de una ovación á otro, me sale un toro como yo no quiero, me apago. Pero, ¿soy yo el único que tiene tardes malas?



Cuando esta interviú se celebra, *Gallito* no ha leído el libro de *Bombita*. Yo le explico la nueva teoría de este torero sobre lo que él llama cargar la suerte para justificar su esparrancamiento al torear de muleta. No hay en esto el menor afán de pedir censuras, sino el deseo de contrastar opiniones, poniendo teorías frente á teorías.

—Yo toreo con los brazos—dice Rafael—, porque no puedo valerme de las piernas. Pero, aunque pudiera, seguiría toreando lo mismo, porque en el toreo no son los pies los toreros, sino los brazos,

Torear es parar y cargar la suerte *naturalmente sin violencia del cuerpo*, teniendo separados los pies ó abiertas las piernas, naturalmente también, y en lo que exige la necesaria base de sustentación, lo cual no es lo mismo que torear despatarrado.

También se puede torear con los pies juntos. Así doy yo ese pase ayudado que han bautizado con el nombre de «pase de la muerte»; pero la posición natural de las piernas para torear es... la natural. Será una perogrullada, pero es la manera más clara de decirlo. Cargar la suerte no es abrir desmesuradamente el compás y esparrancarse todo lo que permite el tamaño de las piernas. Eso es escurrir el bulto.

En el toreo, lo principal es la colocación. A mí no se me olvida la lección que me dió *Guerrita* en su club la noche de un día que toreé en Córdoba muy atropellado á un toro bravo de los Castellones.

—Has estado mal—me dijo—, porque no te has colocado. El secreto para torear es ese: la colocación. Tu padre me dió á mí la mejor lección de todas enseñándome á colocarme.

—Y yo—vuelve á hablar *Gallito*—procuro no olvidarme de esta enseñanza paterna que vino á mí por conducto del más grande torero moderno.

En cuanto al toreo de muleta digo lo que del capote. Es cosa de inspiración. A veces, cuando sale un toro bueno, parece como que se emborracha uno toreando y no tiene prisa por concluir. Yo recuerdo aquella tarde que *Guerrita* tropezó con un hermoso toro y no acababa de decidirse á entrarle.

—Me da lástima matarlo—dijo á los que estaban cerca—. ¡Está tan bueno!... Voy á darle tres ó cuatro pases más antes de despacharlo...

Pues alguna vez nos pasa lo mismo á todos.

—¿Con este toro de ahora también?

—¡No! Con este, no. Acabemos ó recurro al golletazo.

—Aún queda tela. Paciencia. ¡A matar!

—El matar es un acto de decisión.

—Sí. Muchos son los llamados y pocos los decididos.

—Yo voy encontrando poco á poco la muerte de los toros. Si algún día la encuentro toda, soy feliz...

Ahora refiero yo á *Gallito* el juicio de *Bombita* sobre el descabello, sobre los riesgos de este recurso, en los cuales parece fundamentar Ricardo su elevación á la categoría de suerte ejecutable á voluntad.

—¡Hombre, riesgo...! Desde que echan el cerrojo, así que hacemos el paseo, todo es riesgo durante la corrida. El descabello es sólo un recurso á emplear con los toros que no se dejan meter el brazo, ó los muertos que no se echan. No siendo en estos casos, no es lícito descabellar. Más vale *juí* y tirarse por la barrera de cabeza, que estar descabellando y descabellando... «¿Eres matadó ó descabelladó? Cuando un toro está vivo, sá menesté matá.»

¿Eh? ¡Qué frasecita! Napoleón... en la Bombilla.

—¿Usted cree—continúa Rafael—que el público no agradece el que se entre á matar? Yo he visto, y todos hemos visto á algún torero pinchar cuatro ó cinco veces y llevarse otras tantas ovaciones. Al toro que está en orden de lidia se le debe entrar á matar... Y ande usted ya, y deje que vengan las mulillas.

—¡Quiá, mi amigo! Usted se está quieto en la plaza, que no se ha concluído la corrida y todavía nos queda un toro por lidiar.

—¿De mucho poder?

—Regular. Tiene usted que hacer ahora de crítico. ¿Qué juicio le merecen á usted los toreros de primera fila?

—¿Qué quiere usted hacer conmigo?

—Los toreros se ven con los toros difíciles.

—Pues vaya por usía y por la compañía, y que nadie se ofenda, que á nadie quiero ofender. ¡Niño! Llégate á la enfermería y di que preparen el árnica, que allá voy yo en seguida que acabe esta faena.

LOS OTROS Y LOS TOROS

XIII

«Lagartijo» y Fernando el «Gallo».—El más completo, «Guerrita».—Su educación.—El clasicismo en el toreo.—Antonio Montes, torero clásico de capa. Descansen en paz los muertos.—Mazzantini.—El «Algabeño».—La manera de «Machaco» y el estilo de Vicente.—El toreo de Pastor.—El arte de Fuentes.—La sabiduría de «Quinito».—La muleta de «Bombita».—La seguridad de «Cocherito».—El toreo de «Bienvenida».—¿Y eso del número uno?— Los toros.—La superstición y el pelo.—Hay que torearlo todo.

—Yo no he alcanzado á los dos grandes toreros clásicos, *Lagartijo* y mi padre. A éste sólo le he visto torear dos veces, en sus postrimerías, una en Játiba y otra en Valverde del Camino. A *Lagartijo* no he tenido la fortuna de alcanzarle; pero sé de los dos por estas palabras que me dijo *Guerrita* en Córdoba cierta vez, contestando á preguntas mías:

—A tu padre le he visto torear más toros bien; pero yo no sé qué tenía *Lagartijo* cuando estaba bueno, que nos borraba á todos.

Y mi padre, una vez que le pregunté «¿Cuál es el torero más grande que ha habido?», me contestó:

—*Lagartijo.*

Yo he admirado mucho la valentía del *Espartero*, á quien vi torear de niño, y la de Reverte; pero mi torero es siempre *Guerrita.* Ha sido el torero más completo, el mejor educado, porque se educó entre los dos colosos: *Lagartijo* y mi padre. Yo le he oído contar á éste que *Guerrita* tenía un ansia muy grande de aprender y que siempre aprovechaba las lecciones que le daba.

En una ocasión, á poco de ingresar *Guerrita* en la cuadrilla de mi padre, estando jugando éste al rentoy con *Lagartijo*, que acababa de tomar de banderillero al *Torerito*, le dijo Rafael Molina:

—Ese muchacho que te has traído no es capaz de matar... ni á mí en calzoncillos blancos.

—Yo no te digo á ti si va á matar ó no—le respondió mi padre—. Lo que sí te aseguro es que es tela que se deja tejer y escucha todo lo que le dicen.

Y era verdad; mi padre le chillaba mucho; pero él le oía atentamente y muchas veces le tiraba de la lengua.

—Todavía—le he oído en varias ocasiones á Rafael—tengo en los oídos los *chillíos* de tu padre; pero, anda, que bien me han servido.

Aunque *Guerrita* no era clásico, su educación fué clásica. El conjunto de *Guerrita* no lo ha tenido ningún torero. Yo he procurado imitarle en todo lo que he podido.

—Hay que explicar lo que entiende usted por clasicismo en el toreo.

—Pues, hombre, el clasicismo es... lo bien hecho y *rematao.* Un torero clásico es el que sabe hacer y ejecuta una faena completa, conforme á las tradiciones de las buenas escuelas. Se puede dar un lance ó varios clásicos; mas para que una faena

sea clásica es necesario que todos sus lances ó suertes lo sean. ¿Se dan cinco pases, por ejemplo? Pues los cinco han de ser completos, *arremataos der tó;* pero si se dan dos de éstos y los demás no, la faena no es clásica, manque luego se le meta al toro la barriga en los pitones: sólo son clásicos aquellos dos pases. Los toreros clásicos son los que han hecho esas faenas inmortales de tarde en tarde, pero que ahí quedaron.»

Yo no sé si resultará clara esta explicación de *Gallito*, ni el juicio que merecerá á las demás escuelas filosóficas su teoría sobre el clasicismo en el toreo. Tal como él me la ha dictado, exactamente con sus mismas palabras, así la consigno. Lo importante es que él es clásico al ejecutar.

—El único torero—sigue diciendo él—á quien he visto torear clásico de capa ha sido Antonio Montes.

No creo necesario hacer la crítica de los muertos, ¿verdad? Están ya con Dios y no son cosa nuestra.

—Cierto. Hablemos de los de ahora. Es más interesante, más gallardo y más valiente. Capítulo primero. Los matadores:

«—De los matadores que yo he conocido, el que más me ha gustado es don Luis Mazzantini; pero como ya se ha ido de los toros, no hay para qué hablar de él. Era la misma verdad matando al volapié.

»De los de ahora, el *Algabeño* ha sido un matador de toros bueno, bueno. No hay que darle vueltas: sabe matar muy bien, pero muy bien.

»*Machaco* y Pastor, los dos espadas que ahora se disputan las preferencias del público, son dos matadores de cuerpo entero. Cada uno tiene su manera, que no se parece á ninguna otra. *Machaco* tiene un estilo alegre, vistoso, emocionante. El de

Vicente es otra cosa: un estilo serio, bueno de veras.

»Yo no quiero establecer comparaciones ni demostrar preferencias. Los dos me gustan mucho, y hablo juntamente de ellos porque hay que hacerlo así.

»*Machaquito* me ha llenado muchísimo. Quitando á Mazzantini es el que más me ha gustado. Ha tenido otra alegría para los públicos y mucha decisión. Es un torero á quien le han partido mucho los toros las pecheras de la camisa. Un *Frascuelo* en miniatura; un martillo muy continuo; un reloj muy fijo, que, desde que echó á andar, no ha variado.

»Vicente Pastor llama la atención sólo hace dos ó tres años. Tiene, como dije antes, un estilo de matador de lo bueno, bueno.»

Al llegar aquí, algún apasionado muestra su disconformidad y saca á relucir la ya desterrada teoría del tranquillo-salto. Rafael protesta.

—¿Qué es eso de tranquillo? Cuando se llega con la mano al pelo, como hace Vicente, no hay tranquillo. Todo el que llega con la mano al morrillo es buen matador. Lo que hay es que cada estoqueador, como cada torero, tiene un estilo especial. Vicente ha cogido el suyo, y hay que ponerlo entre los buenos estilos. A mí es un matador que me gusta mucho, mucho, y quien niegue que es de los buenos, buenos, tan bueno como el mejor, ó le ciega la pasión, ó no sabe lo que se dice.

—Muy bien. Pero ahora nos ha resultado Pastor un torero. ¿Qué le parece á usted en este aspecto?

—Que es un torero en el estilo de *Frascuelo*. Porque *Frascuelo*, según lo que yo le oí contar á mi padre, era un torero bueno. Lo que hubo fué que le cogió con *Lagartijo*... Vicente se defiende muy bien

toreando. Da, con los toros que le salen á su gusto, tres, cuatro ó cinco pases, completos y parados, superiores... Y matando, no se les olvide á ustedes: un matador de lo bueno entre lo mejor.

—Hablemos de los de la otra categoría.

—Pues, mire usted, *Quinito* es un torero de mucha dura. Puede estar toreando toda la vida. Es un torero muy sabio y un banderillero muy bueno.

Fuentes es un torero corto, pero todo lo que hace lo hace muy clásico. Banderilleando, ha sido para mí un fenómeno. Banderillea clásico; da dos ó tres pases de la misma escuela; torea derecho, estirado, elegante, artístico, sin mover más que la cintura; es buen matador.

Es el único torero de escuela que hoy queda. No hay quien mejore lo que él hace. Hay un quite exclusivamente suyo; en los lances de capa, es superior. Yo le admiro mucho, mucho, mucho.

Bombita es un torero poco clásico, pero hace mucho por los toros, tiene muy buenos arrestos y domina muchísimo con la muleta.

(El gallinero—¿no es este el nombre que le cuadra?—se alborota. Los incondicionales del *Gallo* ponen sus más y sus menos—mejor sus menos—á estas palabras de Rafael; pero éste les para los pies.)

—Desengañarse ustedes. Sin tener y ser algo, no se puede llegar á donde Ricardo ha llegado.

Cocherito es muy significativo (?) y muy seguro para las empresas. Es un buen torero, que apunta todo el toreo muy bien.

Bienvenida conoce todo el toreo. Como matador, es uno de los muchos que somos. Es un banderillero largo. El más largo de todos los banderilleros ha sido *Guerrita;* Fuentes, mucho más corto, ha sido clásico en el cambio; el único que ha cambiado derecho, sin abrir el compás... Manuel Mejías es un

banderillero que banderillea bien en todos los sitios. Es, además, un gran torero...

(Otra vez vuelve á alborotarse el gallinero. *Gallito* lo reduce al silencio.)

—No vayáis ustés á creeros que *Bienvenida* es un torero *asín asín*. No es clásico ni es creador, pero no tiene el toreo secretos para él. Todo lo intenta y todo lo hace bonito. Es torero más fino que *Bombita*, más conocedor y más largo banderillero. En cambio, Ricardo domina más con la muleta que él, que yo y que todos los toreros que hay en España. Se apodera más pronto de los toros...

—¿...?—¡Qué cómodo es esto de los puntitos y las interrogaciones cuando se escribe una interviú, ¿verdad?—¿...?

—Una cosa es apoderarse de los toros y otra torear. Nosotros toreamos de otro modo que él.

—Examinados ya los méritos de cada cual, y consignados palabra por palabra tal como usted me los dicta, ¿á quién le adjudicamos el número uno?

—Eso del número uno está por ver. Hoy por hoy, no lo tiene ninguno. Eso se tiene que discutir en uno ó dos años. Se está discutiendo entre cuatro ó cinco toreros. Hasta que no acabe el debate, no se puede decir nada... Y ¡gracias á Dios que se ha concluído esta corrida!

—¿Está usted loco? ¡Si todavía queda otro toro!

—¿Otro?

—Naturalmente. El más toro. Los toros, ¿cuáles prefiere usted?

—Todos. El torero debe torear todo lo que le echen, siendo de casta, claro está; lo mismo Muruves que Aleas, Saltillos y Peláez, Martínez, Miuras y Félix Gómez, Villagodios, Conchas, Carreros, ersétera, ersétera, ersétera. Para eso es matador de toros. ¿Que salen buenos y se arrancan bien? ¡Mag-

nífico! ¿Que no? Pues á sufrir con paciencia y á esperar que salga el bueno.

—Por ahí se cuenta que tiene usted superstición con algunos pelos, y que hay pintas que no las quiere usted ver ni envueltas en billetes de Banco.

—¡Historias! No ha visto usted hombre á quien se le atribuyan más cosas que á mí sin más razón que porque sí. Ni yo tengo esa superstición ni Cristo que lo fundó, ni á mí me preocupa que los toros sean andaluces, colmenareños, navarros ó salamanquinos.

Lo que hay es que, como yo no soy torero de café, sino de afición, me ocupo de las cosas del toreo, y sé cuáles son los pelos buenos de cada casta y cuáles los lunares, y, naturalmente, cuando voy á torear me preocupo de si hay encerrados toros de la pinta buena ó de la contraria. Así, me gustan los negros de Muruve, Santa Coloma y Parladé; los negros y cárdenos del Saltillo, única casta que, como la navarra de Zalduendo, conserva pura y sin cruces la sangre originaria; los barrosos y negros del duque y algunos berrendos; los negros y cárdenos de Olea, Adalid y Urcola...

—¿Y de Miura?

—De Miura es difícil elegir porque tiene todos los pelos y en todos de todo. A lo mejor sale un colorao dificilísimo y otra vez otro magnífico de la misma ropa, que parece Muruve. Dios no da con los pelos de Miura. Aquí está la esencia de todo. Lo mejor de lo mejor y lo más malo.

En la sangre saavedreña, lo malo son los castaños y los coloraos. Acaso haya nacido de aquí la leyenda de que yo tengo superstición con los pelos coloraos.

Los toros que me gustan como ningunos, por fá-

ciles de torear y bravos... quitando los que salen mansos, son los de Muruve.

—¿Y después?

—Como matador de toros, mi obligación es matarlos todos. ¿Se acabó?

—Se acabó.



Esto es fielmente, *literalmente* reproducido, quiero hacerlo constar una vez más, cuando me ha dicho *Gallito*.

El ha dictado y yo he escrito, sin quitar ni añadir punto ni tilde.



"Gallito„ en traje académico

EL ARTISTA

XIV

El toreo y las mujeres.—Las tardes malas de «Gallito».—Sucedió en Pamplona...—Los volapiés de Mazzantini y una faena de «Lagartijo».—«Nos borraba á todos».—Las tardes buenas de «Gallito».—La alegría de «Gallito» y la acera de enfrente.—La gracia de su toreo.—Un juicio de Fuentes sobre «Gallito».—Lo que va á destapar Vicente Pastor.—«Gallito» R. I. P.» «Gallito» vive y triunfa.—El poder, el arte y la ciencia.—Dime el pelo y te diré la calidad.—Unos toros de Miura que no quería ver nadie.—Cuando «Gallito» quiere.—¿Quién pincha más? El miedo y el valor.—Una teoría de Enrico Ferri.—De cabeza al callejón y metido en los pitones.—¡Que vivan todos!—El amo.—Unos versos de Rubén Darío.

¡*Gallito* torero! ¡El toreo del *Gallo!*...

Hay muchas clases de toreo, y cuenta cada una, las malas inclusive, con la devoción de incondicionales que, generalmente, lo son, más que del arte ó del sistema, del torero que lo practica.

Pero con el toreo sucede lo que con las mujeres, y á ver quién me niega que es adecuada la comparanza. En último término, las facultades de atracción de la mujer se reducen á dos: suma, compen-

dio y esencia de todas las cualidades que producen nuestra admiración y nos conmueven. Hay mujeres bonitas y mujeres graciosas... lo mismo que hay toreo bonito y toreo gracioso. Las mujeres bonitas deslumbran y entusiasman á simple vista y á vista compuesta; la mujer graciosa, sin esa primera y tumultuosa impresión de deslumbramiento, cautiva más, es más agradable y se adueña mejor y más definitivamente del hombre, porque hay en su gracia mil secretos de belleza que se van descubriendo poco á poco, dan una continua sensación de novedad y causan una suave y dulce emoción; una deliciosa y permanente emoción, que nada tiene que ver con aquella otra momentánea que produce el solo hecho de unas facciones dibujadas correctamente y bien entonadas de color ó la apariencia de un trapío rechamante. La mujer bonita causa una repentina y pasajera turbación del ánimo; la graciosa, enamora.

Bueno; pues el toreo de *Gallito*, salvo las naturales diferencias, es como una mujer muy bonita y muy graciosa; ambas cosas en alto grado; pero todavía mucho más graciosa que bonita.

Ya sé, ya sé; no te precipites, lector rabiosillo y descontentadizo; ya sé que hay días en que nuestro torero no tiene nada de bonito, ni mucho menos de gracioso; pero también tienen ellas unos días de enfurruñar la cara, torcer el gesto y sacar las uñas, que... ¡lagarto, lagarto!

Y, sin embargo...

No recuerdo qué año toreaban en Pamplona *Lagartijo* el Grande y Mazzantini. Estaba éste en todo el apogeo de su juventud y de su fuerza, y el coloso en todo el de su mandanga. De cada cuatro quites, hacía tres y medio Mazzantini; se comía los toros á volapiés: aquellos volapiés suyos; ponía mag-

níficos pares de frente, y era, en fin, la animación, la alegría y la vida de aquellas corridas. La gente estaba loca con él; la Comisión empresaria se desvivía por complacerle; la contrata para el año siguiente era cosa descontada por segura, aunque de ello no se había hablado palabra; los aficionados sólo tenían lengua para elogiarle... Del cordobés nadie se acordaba si no era para execrarle y censurar á la Comisión por haberle contratado. «Aquel tío no podía ya ni con la bula. ¡Los viejos, á descansar!»

Pero llegó el último toro del tío Carando, un bicho de la Patilla, para más detalles, y...

El propio Luis Mazzantini me lo ha referido:

—No puede usted imaginarse faena de muleta más asombrosa. Yo no he visto en mi vida nada semejante. No hay manera de describirla. Estupenda, colosal, maravillosa. Y llega la hora de matar y el tío lía, ¡y sin paso atrás! entra á herir y deja una estocada soberana... En fin, yo no me pude contener, y en mitad del ruedo le tendí la mano y le dí un apretón con toda el alma. «Bravo, Rafael—le dije—; este es el toro que le he visto á usted matar mejor». Y él, con ese orgullo de los viejos de brillante historia, me replicó: «Pos yo creo que he matao muchos así».

Allí desaparecieron pares de frente, valentía en los quites, volapiés estupendos, y todo lo que hicieron los demás, y tanto entusiasmó al público. No hubo más que *Lagartijo*, *Lagartijo* y *Lagartijo*. De los contratos del año siguiente, sólo se hizo el del Califa, que, corriendo entre barreras, se acercó á pedirle, más que á ofrecerle, el presidente de la Comisión, apenas concluída la pasmosa faena. Otros tenían más tardes buenas que él; pero...

—Cuando *Lagartijo* estaba bueno—has leído aquí que ha dicho *Guerrita*—, nos borraba á todos.

Algo así—¡perdón, señores!—se puede decir del *Gallo*. Y si ustedes no quieren que sea tanto, él no borra á nadie; pero sus tardes buenas borran todas las tardes malas que ha tenido y otras tantas que pueda tener.

Con lo cual quedan todavía tantos á su favor.



Hay en el toreo del *Gallo* una serenidad, un reposo, una gracia que rinden al más duro de convencer. No es toreo bullidor, de colorines, ni de alegrías... pero es el más alegre de todos.

El toreo del *Gallo* es, además y sobre todo, verdad. Yo no sé, siendo como son necesarios tantos distingos y afirmaciones, tanto pesado remachar el clavo cuando se habla de toros, si necesito poner aquí, para los tontos que no se hayan enterado todavía, que cuando se habla de las excelencias de un arte no se acuerda uno para nada de los momentos de desacierto del artista. Si así no fuese, no se escribiría una línea de éste, del otro, ni del de más allá.

¡*Gallito* artista! ¡Cómo se puso la acera de enfrente cierta vez que lo dije! «Afán de exhibirme. Pretextos y posturas para llamar la atención», dijeron... Y, no pasados muchos días, los mismos que horas antes atribuían á exageraciones ó á *posse* mi afirmación, llamaban á *Gallito* «el grande, el inmenso artista», rendidos á la soberana belleza de su estilo.

Yo he visitado á Antonio Fuentes en su casa de Sevilla no hace mucho tiempo. ¿De qué se va á hablar sino de toros con un torero que conserva tanta

afición como el que fué un día el Petronio, el *arbitrer elegantiorum* de su época? De torero en torero, vinimos á parar á *Gallito*.

—¡Ese es un artista, ese!—dijo Fuentes. Yo salté de gusto en la silla al oir que boca tan autorizada formulaba su juicio del mismo modo que yo lo había hecho; con las mismas palabras que yo empleé hace meses.

—¿Qué dice usted?—exclamé maquinalmente, por gusto de volverle á oir. Y Fuentes, interpretando en otro sentido mis palabras, me argumentó:

—Artista; sí señor. Artista, aunque usted no quiera, y muy grande. Ninguno tiene hoy ni su modo, ni su variedad, ni su inspiración. *El toreo de* Gallito *es la estética del arte*. Luego por ser artista, lo es hasta en esa rectificación que ha hecho este año de sí mismo. *Gallito* era un torero muchas veces medroso. Ahora, no. Yo no conozco nada más extraordinario; porque el torero que es cobarde, que no se arrima, no se arrima nunca; es cobarde siempre y sigue siéndolo toda la vida, y éste, no. Este lo fué antes, y ahora está valiente. Yo le he visto este año hacer cosas de bravo. Antes no mataba, ahora mata. ¿Y torear? ¡Qué clasicismo, qué elegancia, qué arte!

Si hay quien se atreva, que no faltará porque los hay para todo, niéguele á tan gran torero autoridad para formular este juicio; pero, digan lo que quieran los termómetros locos, Fuentes habla como hablaría el sabio Salomón si volviese á este mundo y tomase casa en Madrid y una barrerita del uno para pasar las tardes de los domingos, con alguna de las gachís que él camelaba al lado.

Nadie ejecuta hoy como *Gallito* esos lances reposados, detallados, completos, clásicos, que se saborean movimiento por movimiento. No corre la mano,

la lleva. No hace suertes relámpago ó tren expreso cuando más despacio, sino lentas, instante por instante, si me permiten decirlo así. Tiende la muleta ó el capote delante del toro, y con gallarda y majestuosa lentitud—lo que es lentitud en el toreo—va llevando al enemigo sujeto en los vuelos de la tela hasta rematar el lance, sin dar ese violento tirón con el que muchos cortan la suerte y escriben «fin» antes de llegar á la última página. *Gallito* no suprime ningún trámite; sigue el pleito por todos los que marca la ley y por sus pasos contados hasta la última palabra de la ejecutoria que le pone término. Que es á lo que se llama torear clásico.

Ha surgido ahora un torero con un sistema de torear quieto, estirado, natural y serio, Vicente Pastor, que, si lo sigue practicando, va á destapar muchos toreos. Pues bien, con *Gallito* no va nada. De todos los sistemas y procedimientos que hoy se practican, de todo ese cargar la suerte y demás cosas que se dicen y se hacen, veremos lo que queda, si trae Vicente en buen hora la deseada de las verdades. Cuando ésta suene, el toreo del *Gallo* permanecerá.

Porque no tiene nada que rectificarse, porque es verdad, porque es oro de ley, esmeraldas transparentes, perlas del más puro oriente y fastuosos brillantes que lucen como el sol.

¡Cuántas veces se le ha dado por concluído, por muerto! «*Gallito* no quiere. *Gallito* no puede. *Gallito* se acabó», hemos leído en mil ocasiones. «Esto es hecho. Falleció *Gallito*. R. I. P.», escribió este mismo año, al comenzar una corrida de Miura, cierto revistero. «Falleció *Gallito*. R. I. P.» ... y al otro toro las campanas se echaron á volar solas, tocando á resurrección y á victoria.

Tiene muy dura la piel este torero sin fuerzas,



¡OLÉ!

En la corrida de la Prensa de 1909 (Miuras)

El pase de la muerte

En el toro de la Guerrero (Sevilla, 1910)

sin salud, sin piernas y con los riñones averiados, para *diñarla* así como así. Lo que le falta de poder en las piernas para correr y bullir, le sobra de arte en los brazos, de agilidad en la cintura y de ciencia para conocer al enemigo y manejarlo á su antojo y como el arte manda: toreando, no dejándose torear.

Para los que niegan á *Gallito* el agua, el fuego y la sal, yo escribo aquí esta pregunta: ¿Cuáles han sido los grandes toreros? ¿En qué se les ha distinguido de los demás que son buenos toreros, que ganan legítimamente aplausos y billetes de Banco, pero que no llegan á la grandeza de los otros?

Los grandes toreros son los que han inventado alguna suerte ó lance, ó han dejado un estilo bueno y legítimo con su sello personal. El *Gordo*, el quiebro en silla; Fuentes, la bellísima preparación para banderillear al cambio; Reverte, los recortes capote al brazo; *Bombita* el mayor, su estilo de arrancar á matar con los pies juntos... No contemos nada del amo *Guerrita*, Mirabeau, Napoleón, Edisson y Goya en una pieza, ni de sus maestros, el coloso *Lagartijo*, el de la divina larga, y *Gallo I*, el del quiebro de rodillas; ni de Hércules *Frascuelo*, el de las estocadas arrancando... Los grandes toreros son esos á quienes hay que citar siempre cuando se habla de otros. «Dió una larga estilo *Lagartijo*». «Puso un par estilo Fuentes». «*Atizó* una estocada frascuelina...»

Pues *Gallito* tiene suyas la larga cambiada por arriba, afarolada que dicen los técnicos y repetimos los casi ídem; el pase de molinete ayudado; el que inicia ayudado y concluye en natural; el de la muerte; y en cosas de vistosidad, pero de menos importancia, los pares de trapecio... y ¿qué sé yo

que más, si, como los chicos traviesos, «siempre está inventando»?



Gallito es inteligente y conocedor como pocos de las condiciones de los toros. Quizá demasiado. Sobre todas sus buenas cualidades toreras sobresale ésta.

Antes de la corrida, cuando vuelven del sorteo su apoderado ó sus banderilleros, no pregunta por los pitones ó el tamaño de los adversarios, que no digo yo que no le interesen, pero en segundo ó tercer término, sino por el pelo, señal de la sangre, que es lo principal, y lo que á un buen torero, enterado de las cosas de su oficio, debe preocuparle. La cuestión no está en la estatura ni en la medida de las armas, sino en la calidad de la persona.

—Que embistan bien—dice gráficamente *Gallito*—. ¿Me embiste bien un toro? ¡Vengan palmas! ¿Que no?... A juí y á jasé cosa feas.

Mandó el señor Miura este año á Madrid una corrida, esa á que he aludido antes, que tenía preocupados á los toreros desde antes de nacer los toros y ellos. A algunos de los animalitos les habían puesto el veto y fueron rechazados de algunas plazas andaluzas «porque desigualaban».

—Fulano no viene. Mengano tampoco.

—Mosquera no tiene quién le toree esta corrida.

No se oía otra cosa quince días antes en la calle de Sevilla é islas adyacentes. Al leader del gallismo en el Inglés, que se atrevió á afirmar una tarde que Rafael vendría á torear esta corrida, á poco se lo comen con sombrero y bastón. Pero llegó la víspera de la fiesta, y á la hora del lleno hizo *Gallito* su aparición sensacional en la fábrica de mentiras.

Como por encanto se hizo el silencio al entrar el torero.

—¡Caramba, Rafael! ¿Tú por aquí?—le gritó Retana para que lo oyesen todos—. Decían que no venías.

—¿Yo? ¿Por qué?—contestó *Gallito*, sin darle importancia á la cosa.

—Como están esos miuras en los corrales...

—Déjate tú de eso. A mí no me dan mieo las divisas. Si me embisten bien los toros, los toreo á mi gusto; y si me embisten mal, no me paro á preguntarles de quién son pa juí...



Para saber lo que *Gallito* va á hacer con un toro, fijaos en él cuando se abre la puerta del chiquero. Rafael concentra su vista en el enemigo y le va siguiendo atentamente en sus primeras correrías. Como, después de este examen, le veáis que se le alargan los rasgos fisonómicos, ya os podéis volver á mirar á las mujeres de la grada ó á charlar con los acomodadores. En el ruedo no veríais más que fealdades y desaboriciones. Mas si, por el contrario, se le alegra al hombre la cara y le veis avanzar decidido hacia los tercios, preparaos á ver cosas buenas.

Aprovechando el primer viaje de la res, se hincará de rodillas, tenderá el capote para dar una larga y cuando el bicho se le arranque le veréis empaparlo en la tela, llevarlo á jurisdicción y, en el momento preciso, cargar la suerte y cambiar el camino de la fiera con precisión matemática. Se pondrá en pie, y con el capote recogido, no extendido á todo vuelo, y citando de frente y no terciado, como suele hacerse para tomar ventajas, dejará llegar y,

estirando los brazos, sin mover los pies, despedirá airosamente al toro, y cuando le haya dado los lances precisos, meterá un par de navarras bonitas y acabará el discurso con una larga afarolada, que pondrá el colmo al entusiasmo de las tribunas. Después hará en los quites preciosidades. Saldrá abanicando hasta volver á colocar al astado en suerte, llevándole en los vuelos del capote, templando éste y conduciendo á aquél, no dejándose llevar del bruto, que no es lo mismo.

Porque, observad con cuidado cuando se haga esta suerte: hay toreros con muchísima vista, y más piernas, que saben ver cuando un toro se va á ir solo de una vara y aprovechan el momento preciso para salir como saetas á colocarse en la cabeza del animal é ir corriendo delante de él, sacudiendo el capote, aprovechando su viaje de extremo á extremo de la plaza.

Y no es eso.

Como *Gallito* siga viendo al toro en buenas condiciones, cogerá los palos, hará la monadita del trapecio para citar y al cuarteo colocará un par ó los tres pares, unas veces bien y otras regular.

Y cogerá la muleta, retirará la gente, no sin un poco de resistencia por parte de su hermano y de *Blanquito*, y con el brazo izquierdo caído y arrastrando la tela como al desgaire, comenzará á rodear al toro, que irá volviéndose siguiendo con la vista al bulto que le pasea por delante, y así que tenga al enemigo á su gusto, juntará los pies, tomará la punta de la muleta con la del estoque y quedará con las armas caídas delante de su cuerpo. En esta actitud desafiará al contrincante, que se arrancará á él; mas, al llegar á jurisdicción, Rafael, sin moverse, le tenderá con ambas manos la muleta en el momento preciso de engendrar el

cornúpeto el derrote, le empapará en ella y librará el embroque con el pase famoso que llaman de la muerte los doctores de la calle de Sevilla. Un ¡olé! estruendoso atronará la plaza, y comenzarán á caer sombreros alrededor del artista cuando éste dé inmediatamente un gracioso pase natural, llevando al toro amarrado á la muleta y pasándolo por delante de su cuerpo, sin soltarlo hasta haber completado el lance. Vendrán después los pases de rodillas, y los ayudados por bajo, y los cambiados con la derecha, que acabará rascando el testuz al adversario, y el público se volverá loco y, como ocurrió este año en Sevilla, aplaudirá hasta la fuerza pública de servicio en la plaza esta faena, en que *Gallito* asombrará á la concurrencia por la firmeza del dibujo, el atrevimiento de la invención, la aristocrática fastuosidad del hacer, la armonía, el desgaire, la elegancia, y el poder y soberanía de la expresión.

Cuadrará el bicho, se limpiará *Gallito* el sudor de la calva, á dos dedos de los pitones, liará y...

—¡Alto ahí, señor mío! Y se hartará de pinchar como...

—¿A quién vas á nombrar?

—No iba á nombrar á nadie, sino á citar corridas.

—No te molestes. Yo te las diré. Como en aquel toro de Carvajal que mató en Madrid, del cual hemos hablado antes. Y le ovacionaron. O como en el otro de Gama de la misma época. Y le ovacionaron. O en el colorao de Olea, toreado en la primera temporada de 1910 en Madrid. Y le ovacionaron en la plaza y siguieron aplaudiéndole en la calle. ¿Quieres más? Pues ahora te recordaré los días que se ha roto las pecheras, como *Machaquito*... Esta misma temporada de 1910, sin ir más lejos, con un Pérez de la Concha difícil, que le enganchó

por el pecho al matarlo muy requetebién. Por estas páginas anda la fotografía. Te recordaré también el otro toro de Gama, de que antes hice mención, que tantos picores produjo, muerto archisupradespampanantemente; y el toro de la Guerrero, y el de Miura de Sevilla, ahora por San Miguel, y el de Muruve aquí en Madrid, y...

Créeme que en esto del pinchar... Si hubiese algún pacienzudo benedictino capaz de ajustar y comparar cuentas de pinchazos, veríamos si era mayor el haber de Rafael ó si otras sumas superaban á la suya.

Por otra parte, *Gallito* va encontrando manera de matar. ¡Si te digo á ti que este año de 1910 ha sido el de las revelaciones! *Gallito*, casi matador; Vicente Pastor, torero... Además, él mismo lo ha dicho, y esta es una realidad que no puede negarse:

—Como matador, soy uno de tantos, quitando *Algabeño*, *Machaco* y Pastor.



—Pero no me vas á negar—te oigo decir, lector recalcitrante—que *Gallito* es miedoso. ¡Mira que cuando le da por tirarse de cabeza al callejón, por romper la barrera con el pecho, como dicen los bombistas!...

—Despacio, despacio, que quien todo lo quiere todo lo pierde. Oyeme con calma hasta el fin y no te alborotes antes de tiempo, no vaya á pasar ahora lo que con los otros alborotos de cuando dije que *Gallito* era un artista, que acabaron por convertirse en el reconocimiento pleno y absoluto de su grandeza, de «su inmensidad», del acierto con que yo le había calificado.

¿*Gallito* es miedoso? ¿Quieres tú que sea miedo-

so? Pues mayor su triunfo, ¡ea! Precisamente por ser miedoso, es Rafael Gómez Ortega uno de los toreros más valientes que pisan la plaza. No se trata de una paradoja, sino de una teoría clara y concluyente, que tienes que escuchar con respeto porque no es mía, sino de un sabio de fama universal... y admitirla sin réplica, porque es convincente. Es una teoría del gran penalista italiano, el ardiente socialista Enrico Ferri.

Van dos oficiales con su tropa á tomar posiciones frente al enemigo. El uno es un muchacho alegre, despreocupado, que vive bien, y, acaso por esto, no ha pensado en lo que vale la vida, como el que ha nacido rico no conoce el valor del dinero. Es el otro un pundonoroso militar, de ánimo un tanto apocado, que disfruta aquellos días las dulzuras de la luna de novios, y sale á cumplir su deber dejando en la ciudad sus amores, su vida entera: su mujer y un hijito que acaba de venir al mundo para completar la felicidad de su padre.

A mitad de camino, el enemigo, que ha visto á la tropa, comienza á cañonearla. La primera granada, que cae cerca de los oficiales, aunque sin herirles, provoca una carcajada, un rotundo taco y unas injurias á los adversarios del despreocupado, que sigue avanzando. El otro oficial retrocede instintivamente.

—¡Mi hijo, mi mujer!—exclama, y este recuerdo oprime su corazón hasta impulsarle á la huída. Mas el sentimiento del deber le detiene, le obliga á retroceder, le hace avanzar hasta la cabeza de su tropa y, aunque con voz un poco trémula, dar órdenes á sus soldados para la defensa ó el ataque. Y allí en primera línea permanece durante todo el combate, con el alma angustiada y el pensamiento en su hijo y en su esposa, temiendo morir á cada

momento, pero firme en su puesto de peligro y de honor.

—¿Quién es más valiente?—pregunta Ferri—. ¿El que no para mientes en el peligro y lo afronta con toda inconsciencia, ó el que sintiendo su corazón invadido por el miedo se sobrepone á este sentimiento, y á sabiendas del peligro, que acaso le agranda su imaginación, permanece pundonoroso y firme en su puesto?



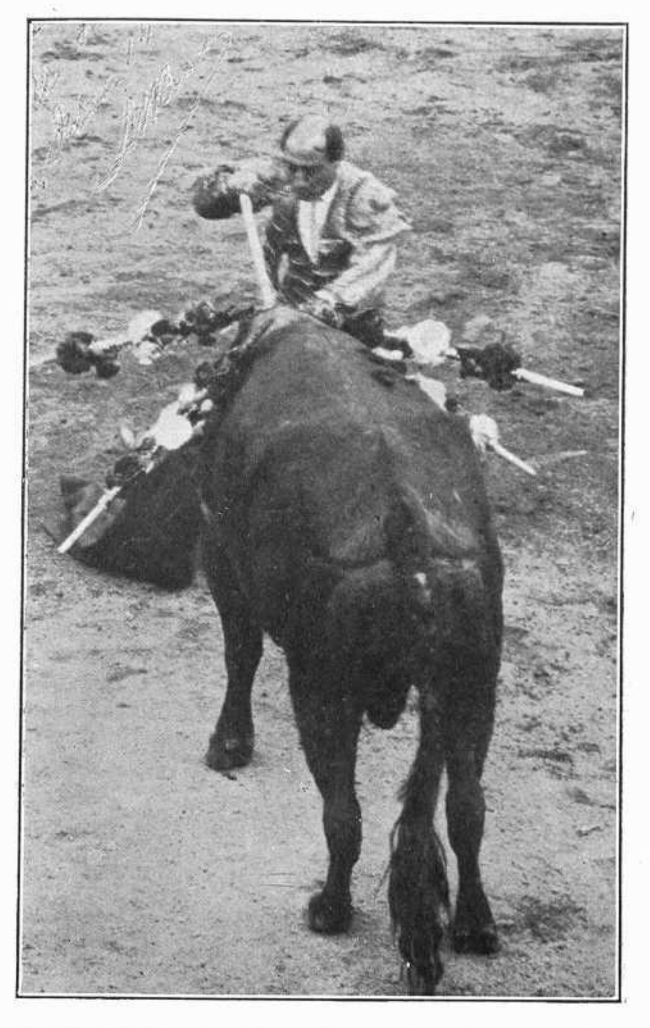
¿Pero es miedo, así en absoluto, ó, más exactamente, cobardía, la del *Gallo?*

Cuando se le ve tirarse de cabeza al callejón, abandonando en la fuga muleta y estoque, se inclina uno á contestar afirmativamente. ¿Mas qué decir cuando á renglón seguido le vemos meter al toro la muleta en el hocico y al torero que acaba de dar esa huída colocarse á dos dedos de los pitones? ¿Cómo compaginar estas dos acciones extremas ejecutadas en el mismo segundo?

¿No es más razonable explicarse ese primer movimiento por la causa lógica de una justificada desconfianza, nacida de su carencia de facultades, que no le permiten, como á otros, librarse por pies y correr delante del toro, cuando llega el caso, sin necesidad de cometer la acción fea de acercarse á la trinchera?

Todos los toreros conservan, cuidan y procuran aumentar sus facultades; Rafael, no, y esto es lo censurable. Como no tenga cacería ó tentadero á donde ir, permanece las horas muertas sentado en el café ó en su casa, fumando y hablando de toros; ó, mejor aún, tendido en la cama, rodeado de las gentes de su predilección, oyéndolas hablar, ó ha-

MIRANDO AL MORRILLO



"Gallito,, matando un toro de Campos Varela, en la corrida de su beneficio, en la Plaza de Toros "El Toreo,, (México), el 14 de Febrero de 1909

ciendo como que las oye, distraído el pensamiento en las espirales de humo que salen de su boca.

Cierta vez, alguien, creo que fué *Minuto*, le convenció de la necesidad de ir al gimnasio. Rafael le hizo caso; pagó su mensualidad y puntualmente asistió todas las tardes, á la hora de los toreros, á la sala de hacer fuerzas... á tomarse un refresco, mientras sus compañeros se cansaban haciendo planchas y flexiones.

—¡Gaché, lo que habéis trabajao!—les decía luego.

—¿Pero tú no quieres hacer gimnasia?

—¿Yo? ¿Pa qué?

*
* *

Es verdad. ¿Para qué, si su toreo no es de eso? ¿Para no huir?... ¿Es él solo quien huye?

¿Que sus huídas son más feas y menos disimuladas que las de los otros? Por lo menos, no es hipócrita.

Y además, está así más en carácter, ¡ea! Es tan artista, que es extremado en todo: en lo bueno y en lo malo.

Pero ¿á dónde iríamos á parar? ¿qué sucedería aquí si Rafael no tuviese esas alternativas, esas desigualdades y ese mezclar los más opuestos extremos, ese claroscuro, ú obscuro solo, como gustéis, con que acusa vigorosamente lo mucho, lo enorme de bueno que hay en él? ¿Quién iba á vivir aquí si *Gallito* estuviese superior todas las tardes?

¡Todavía no le van á agradecer que tenga la caridad de estar mal algunas veces para que coma cocido todo el mundo!...

*
* *

Completamente en serio. Yo creo que no se ha juzgado bien á Rafael, mejor dicho, que no se le ha conocido hasta ahora. *Gallito* ha estado trabajando los tres últimos años en condiciones de inferioridad por su mal estado de salud, ignoradas porque él ha querido guardarlas secretas creyendo evitarse perjuicios.

Pero ha comenzado á volverle la salud, y, aunque no recuperada del todo, *Gallito* ha tornado á ser el *Gallito* de sus buenos tiempos, y ha sido para él, para el toreo y para la afición, uno de los mejores este año de gracia de 1910, que empieza en el famoso «toro de la Guerrero», como dicen en Sevilla cuando se refieren á la colosal faena brindada á la insigne actriz en la feria de Abril, y pasando por el colorao, de Olea, y las faenas de San Sebastián, Valencia, Zaragoza, Cádiz y las demás que ahora no recuerdo, termina en el Muruve, de Madrid, y en el Miura, de la feria de San Miguel...

¡Clarines! ¡Laureles!

Le dieron por muerto y vuelve vencedor. Este año ha sido la quiebra de los que habían profetizado la ruina de Rafael, de los doctores que le extendieron la partida de defunción. El ave Fenix, surgió de sus cenizas, poderosa y espléndida, y, contra viento y marea, se colocó en su lugar. En el suyo; en el que se ha ganado peleando y venciendo en la plaza, con la fuerza de su arte, que ya sólo se atreven á negar los ciegos cuando hablan con los distraídos.

En el puesto del mejor torero clásico de esta época, del que hace arte toreando, del árbitro de las elegancias.

¡Gallito! ¡Gallito!

¡Clarines! ¡Laureles!

Y pitos alguna vez. Varias veces. Muchas veces. ¿Y qué? Cuando le da la gana, el amo. El torero artista.

Tenía que triunfar y ha triunfado. Le dieron por muerto y vuelve vencedor.

«Los áureos sonidos
Anuncian el advenimiento
Triunfal de la Gloria.
Dejando el picacho que guarda sus nidos,
Tendiendo sus alas enormes al viento,
Los condores llegan. Llegó la victoria.

....

¡Clarines! ¡Laureles!»

SE ACABÓ.

TATÍN *(n'as Mariñas de Betanzos), Outono 1910.*

ÍNDICE




176.


PÉREZ
EL TORERO
ARTISTA